Marqués de Custine

Rusia, ayer como hoy

Astolphe de Custine, marqués de Custine, nació el 18 de mayo de 1790. Su juventud fue brillante, alternando en París con las figuras más relevantes de las letras y el mundo social. Emprendió grandes viajes, escribiendo de todos ellos sus impresiones y anécdotas, y explora diversos géneros literarios. Custine murió en 1857 en el castillo de Saint-Gratien. *Rusia, ayer como hoy* es el alegato de un hombre culto y sincero que recorrió el antiguo imperio de los zares hace más de ciento diez años. El lector advertirá el sorprendente parangón que existe entre lo que vemos y sabemos de la U. R. S. S. y lo que en 1839 observó Custine. A la perspicacia de este escritor se une un profundo instinto profético, todo lo cual ha motivado que el revuelo producido por esta obra sea extraordinario. La feliz mezcla de lo pintoresco con lo impresionante, —el mundo de los Zares, la vida de la Corte, estampas de costumbres llenas de colorido, anécdotas vividas — asegura para *Rusia, ayer como hoy* un éxito duradero.

epublibre
X ANIVERSARIO

Marqués de Custine

RUSIA, AYER COMO HOY

Áncora & Delfín - 80

ePub r1.0
Titivillus 26.01.2024

Título original: *La Russie de 1839*
Marqués de Custine, 1843
Traducción: Joaquim de Camps i Arboix
Prólogo: Joaquim de Camps i Arboix

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Koriel por el original
ePub base r2.1

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

La comprensión de un problema nos sitúa a más de medio camino de su solución. Con razón decía Spinoza que es preferible comprender a llorar o a indignarse.

En los aciagos días que vivimos, el gran nexo de las preocupaciones mundiales se condensa en la perturbación provocada por la política de la U.R.S.S. en la escena internacional. El mundo de occidente tiene el convencimiento de que la guerra y la paz dependen de las reacciones del comunismo, que recibe del Kremlin su inspiración y sus consignas. Pero no basta saber que Rusia es el «deus ex machina» de una mística que pretende substituir los conceptos de civilización que profesamos por otros tan antitéticos como repulsivos. Importa y es preciso saber cuál sea la génesis del mal, a fin de emplear para combatirlo aquellos métodos que constituyen su más apropiada terapéutica. Por ello, la cuestión previa que se plantea de manera inmediata y lógica consiste en discernir la naturaleza y causa del fenómeno, es decir, saber si nos hallamos en presencia de una escuela comunista que sigue su línea evolutiva natural, o si la ola de fondo que agita las aguas encrespadas es el acervo racial que se sirve de un comunismo sui géneris con finalidades imperialistas.

Para discriminar ese enunciado disponemos hoy de abundante literatura clarificada por la crítica; disponemos de numerosos relatos de los rusos que «han escogido la libertad»

y otros debidos a los extranjeros que conocen a Rusia. Pero tales testimonios, por valiosos que sean, pueden ser tachados de parcialidad por apasionamiento o faltos de perspectiva en el tiempo y en el espacio. A fin de obviar en parte este posible inconveniente ofrecemos, al transcribir las páginas del Marqués de Custine, el alegato de un hombre culto y sincero que recorrió el antiguo imperio de los zares *hace más de ciento diez años*. Lo más sorprendente en la narración de sus impresiones de viaje, es que el autor emplea un lenguaje que, por sus modismos y sus conceptos, podría figurar sin retoques como artículo editorial de un diario publicado en la mañana de hoy.

A través de nuestra transcripción, el lector tomará contacto con un pueblo más asiático que europeo, cuyo ciudadano tipo, mejor, su vasallo tipo, encarnaba ayer, como encarna hoy, todas las características del hombre-masa definido por Ortega y Gasset como «un primitivo resbalando en la vieja escena de la civilización».

El lector podrá inventariar el sorprendente parangón que existe entre lo que vemos y sabemos de la U.R.S.S. y lo que en 1839 vio y observó Custine en la Rusia imperial. Así, podrá constatar cómo a la ominosa sumisión al zarismo corresponde el oprobio del actual hombre soviético; a los horrores de la autocracia de Iván el Terrible, la divinización cruenta de Stalin; a la desconfianza de antaño, el telón de acero de nuestros días; a la superstición, hija de la ignorancia de siempre, el fanatismo del camarada; a la imitación servil de Europa a partir del siglo XVII, la hodierna fascinación que sienten los bolcheviques por el capitalismo de masas de Norteamérica.

El testimonio del Marqués de Custine es, pues, una rica cantera de referencias y una fuente de enseñanzas sugestivas; a través de unas y otras llegaremos a la conclusión de

que el propósito de bolchevizar el mundo no es un fin improvisado, y que el rusismo stalinista al levantar la bandera del comunismo realiza el mayor escamoteo que registra la historia de todos los tiempos.

* * *

La perspicacia de Custine es la condición sobresaliente del relato de su viaje a Rusia. Destaquemos algunas de sus anticipaciones para mejor justificar los móviles de nuestros propósitos al publicarlas.

El íntimo designio de la Rusia eterna lo expone Custine en estos términos: «*... la gloria, el botín que ansía, la distraen de la vergüenza que la invade, y para lavarse del impío sacrificio de toda su libertad publica y personal, sueña, esclava arrodillada, en dominar al mundo*».

El diagnóstico es certero. Por si alguna duda subsistiera acerca de la índole del mal, la desvanecerá el hecho cada día más tangible de la constante e implacable deformación con que el rusismo stalinista se ha ido desviando del comunismo; con ello se repite, aunque en dirección contraria, la adulteración, por la política europeísta de Pedro el Grande, de las esencias rusas creadoras con Iván el Terrible del imperio moscovita.

¿Cuáles son los signos principales del desviacionismo stalinista? Tanto el marxismo como el leninismo sostienen los siguientes principios: abolición de las clases sociales e igualdad de condiciones entre ellas; supresión de la familia, de la propiedad individual, de la religión, del comercio y de la moneda; mantenimiento de la democracia cuantitativa en el seno del partido comunista; supresión progresiva del Estado como una institución con el tiempo inútil; dictadura del proletariado; táctica de la revolución permanente. Stalin

lo ha subvertido todo, en parte, claro está, por la cantidad de utopía que muchas de aquellas reivindicaciones contienen dando con ello prueba de buen sentido, pero la mayor parte de esa rectificación es debida a un imperativo telúrico, por ser consubstancial con el genio ruso y emanar de las entrañas más profundas de su tierra.

Es archisabido que Marx y Lenin concibieron su escuela con sus dogmas y sus liturgias como una religión laica, pero lo curioso de la evolución stalinista es el compromiso pactado entre el Estado soviético y la iglesia ortodoxa, compromiso que supone no tener ya a la religión como opio para el pueblo sino utilizarla al servicio del régimen mediante la reproducción del ukase de Pedro el Grande al instituir el Santo Sínodo.

¿Quién habla hoy en Rusia de igualdad social? Aquella revolución octubrina que había de ser piedra milenaria de la historia, ha producido en este orden el modesto resultado de todas las revoluciones: un simple cambio de poseedores. Todas las clases sociales del zarismo, escalonadas en el «tchinn», estaban compuestas por estamentos a los que se pertenecía a precario, pues bastaba un sólo gesto del autarca para precipitar a un individuo de la primera clase a la catorce; lo mismo ocurre con la política caprichosa y vindicativa del Kremlin, como podemos comprobar con las purgas a granel que endémicamente castigan a los díscolos y con los «mea culpa» obtenidos en los procesos públicos por procedimientos tan brutales como inconfesables.

¿Dictadura del proletariado? La frase ha caído en tal desuso que ya ni sirve de *slogan* de las demagogias oficiales. Los «Politburó» y los «Kominform» son la cabeza infalible y el motor de acción, sin réplica, sin protesta, usando y abusando de todos los favoritismos propios de un clan tribal, e inaccesibles como un cónclave teocrático. Instituido este es-

tatismo gigantesco, desciende de él la escala jerárquica, de complicada estructura, donde se calibran minuciosamente los atributos y funciones de cada cual con los infinitos controles que le rodean y con un criterio de casta digno de las más obscuras épocas feudales. Como remoto peldaño, allá abajo, la masa proletaria, en lugar de ser la gran beneficiaría de la empresa acometida como auguraban los profetas, está privada de todos los derechos y armas de combate —la huelga es vitanda— y sufre una explotación del hombre por el Estado cien veces más ruda que la explotación del hombre por el hombre.

De todo ello se deduce esta paradoja: si, de una parte, Stalin, con inconmovible saña ha venido condenando por desviacionismo y tibieza revolucionaria a un sinnúmero de correligionarios, por la otra, él es el primer desviacionista de la doctrina marxista a la que había tributado sincera fe y prestado adhesión sin límites.

Como cúspide de esta construcción se yergue un socialismo estatal absorbente que, como dice Lippmann, exalta los fines del Estado para olvidar los límites del hombre, y se orienta por una economía planificada en vistas a una acción guerrera; entre los pilares de dicha economía se dan estas dos consecuciones que son otros tantos signos de desviacionismo: no reconocer un trabajo igual ni satisfacer retribución idéntica.

* * *

Conocido el mal conviene aplicar los remedios que le son antídotos. En el orden de los principios, Custine señala la práctica de la libertad, representada en nuestros días por la democracia auténtica; en el orden de las tácticas proclama

la unión europea y cerrar al enemigo de nuestra civilización los accesos al gobierno de los pueblos occidentales.

Como quiera que el rusismo de hoy osa titularse democracia popular, es conveniente perfilar conceptos para no confundirnos y denunciar así mejor sus groseras mixtificaciones. Importa, por tanto, afirmar que al hablar de democracia nos referimos a la democracia como régimen que condensa aquella voluntad de comunidad que se establece mediante la ley como elemento de un orden y de una disciplina; que aspira a la continuidad mediante la substitución del móvil de la obediencia por el móvil de la responsabilidad; que emplea la solidaridad social para crear una cultura y un común destino; que, como Ortega y Gasset proclama, es la generosidad suprema y el más noble mensaje que haya escuchado jamás la humanidad. Nos referimos a aquel concepto de democracia como estado de civilización y etapa del perfeccionamiento popular, que no se adquiere con una etiqueta o un programa, sino que se obtiene cuando se merece a costa del esfuerzo y del civismo, es decir, que se da no como un azar sino como una consecuencia. Nos referimos a aquel conjunto que, según Hayek, tiene el mérito de reducir al mínimo los problemas que no se pueden resolver por amigable composición, confirmando en cierta manera la frase de Röpke cuando asegura que en última instancia la sociedad organizada en régimen democrático y de economía libre recurre al alguacil, mientras que la organizada en régimen de despotismo y de economía dirigida ha de recurrir al verdugo.

En consecuencia: después de pulir los conceptos democráticos de doctrina y acción, se han de inculcar como substrato de nuestro patrimonio espiritual colectivo y como programa siempre más fecundo que el intento de unir a los hombres de buena voluntad alrededor de una bandera nega-

tiva, pues los anti-algo llevan siempre en su seno gérmenes de ineficacia y, finalmente, de discordia.

* * *

Europa es la segunda idea-fuerza. Custine, a más de cien años de distancia, preconiza la necesidad de crear la Europa unida en estos términos: «*Rusia ve en Europa la presa que le será librada tarde o temprano a causa de nuestras disensiones; fomenta entre nosotros la anarquía con la esperanza de aprovechar la corrupción favorecida por ella; es la historia de Polonia en mayor escala y desde hace años en París se publican periódicos revolucionarios, en todos los sentidos, pagados por Rusia. Europa, dicen en Petersburgo, sigue el mismo camino que Polonia: se enerva con un liberalismo vano, mientras nosotros continuamos siendo fuertes precisamente porque no somos libres. Tengamos paciencia bajo el yugo que ya haremos pagar a los demás nuestro oprobio.*»

Con visión que podría calificarse de profética, el autor proclama que la unidad de Europa ha de basarse en la alianza franco-alemana en estos términos: «*Las alianzas no pueden basarse en opiniones contra intereses y en Europa la analogía se da entre franceses, alemanes y los pueblos que como satélites están dentro de la órbita de estas dos naciones. El destino de una civilización progresiva, sincera y razonable se decidirá en el corazón de Europa; todo cuanto tienda a apresurar el perfecto acuerdo entre la política alemana y la francesa es deseable, como todo cuanto retarde esta unión, por comprensible que sea la causa, es pernicioso.*»

Como si presintiera las quintas columnas de los parados domesticados por el Kominform, Custine añade: «*He aquí el peligro de dejarles inmiscuir en nuestra política y en la vida interior de nuestros pueblos.*» Este consejo, de palpable ac-

tualidad, con ser de aplicación muy importante, tiene como contrapartida otra observación acertada de Custine al proclamar que «*la estructura social de Rusia no se aviene a ningún otro país; en el fondo lo que aquí existe, existe solamente para los rusos y solamente por ellos puede ser usado...*». En realidad el gran error soviético consiste en creer que sus creaciones son materia de exportación. Prueba este error el que después de más de treinta años de experiencia y propaganda, el stalinismo no ha cristalizado más que en dos países tan vastos como rudimentarios: Rusia y China. En cambio ha chocado con las particularidades nacionales de los países que ha pretendido sovietizar y convertir en satélites. Si un día la U.R.S.S. pudiera dominar Europa, o habría de modificar sus métodos para subsistir o habría de renunciar a una empresa no viable por la enorme superioridad occidental del concepto de vida y del nivel de bienestar.

Si importa no minimizar los problemas, importa también no exagerarlos. El peligro comunista es hoy el que más seriamente amenaza nuestra civilización, pero, precisamente por sus características moscovitas no es aventurado augurar su derrota final a relativo corto plazo y a un precio menos oneroso probablemente del comúnmente imaginado; esta previsión haría válida otra observación del autor cuando dice que el futuro feliz con que sueñan los rusos *no depende de ellos, pues los pueblos que por carecer de ideas no pasan de ser serviles imitadores de otros pueblos, no deciden nunca por sí mismos y dependen siempre de la voluntad de los pueblos que tienen ideas propias. Si las pasiones se calman en Occidente, si la unión se hace entre sus naciones, la esperanzada avidez de los eslavos será pura quimera.*

* * *

Cuando en 1843 salió la primera edición del libro de Custine, el éxito fue tal que a los pocos meses se había agotado. En el mismo año salió la segunda edición, corregida y aumentada, de la que nos hemos valido para la traducción y selección de textos. Se publicó por tercera vez en 1846 y más tarde salió la cuarta edición.

El revuelo provocado por las impresiones del viaje a Rusia fue considerable, a pesar del silencio oficioso de la Prensa y de los gobernantes en Francia. Se publicó una *Critique des «Mysteres de la Russie» et l'ouvrage de M. de Custine*, de Ch. Duez (París, 1844) y *Examen de l'ouvrage de M. le Marquis de Custine*, de N. Gretsch (París, 1844). En el prefacio de la obra *Les Bourbons de Goritz et les Bourbons d'Esfagno* debida al conde Robert de Custine, primo d'Astolphe, refiriéndose a éste escribe: «Sus escritos más importantes se refieren a Rusia. Muy pocas noticias se tenían de este país a mitades del siglo XIX en la Europa occidental, y cuando apareció su *Russie en 1839* (4 vols., 1843), con pintorescas descripciones y picantes revelaciones acerca de la vida de la Corte, se produjeron grandes discusiones y protestas, sobre todo en Rusia.»

En efecto: se dice que el zar Nicolás[1] en un arranque de ira incontenible rompió de su propia mano el ejemplar que acababa de leer, mientras exclamaba: «La culpa es mía por haber consentido en recibir a este sinvergüenza.» Es más: la aparición de las cartas de Rusia coincidió con un viaje de Balzac a dicho país; lo motivaba gestionar de la Corte imperial la solicitud presentada por Mme. Hanske, de rancia nobleza polaca, a fin de que fuera autorizado por el soberano su matrimonio con el famoso novelista francés. Balzac había preparado de antemano su viaje para mejor abogar por su causa, derrochando toda clase de ditirambos al régimen zarista y al país, hasta el punto de declarar que «si no fuera

francés quisiera ser ruso», y que Rusia era para él la «única nación en la que se sabía obedecer».

Ante tan favorables disposiciones no es sorprendente que los rusos intentaran decidir a Balzac para escribir una refutación de Custine. El autor de *Pere Goriot* en carta de 31 de enero de 1844, escrita a su prometida, lo niega terminantemente, pero no se recata de decir que no piensa escribir una palabra sobre su juicio de Rusia, ni en bien ni en mal. Tal decisión concuerda con las represalias adoptadas contra él: negativa del zar a conceder la autorización solicitada, negativa de recibir al novelista francés y estrecha vigilancia de que fue objeto por parte de la policía imperial, hasta el punto de figurar en la Prefectura de Odesa una carpeta con el título: «Sobre la vigilancia del escritor Balzac.»

Custine, a todos los ataques que se le hicieron con motivo de sus juicios sobre Rusia, respondió imperturbable: «Si los viajeros del mundo entero se confabularan para escribir que Francia es un país poblado por imbéciles, tales aserciones no lograrían en París más que un franco éxito de risa. Por lo visto para lastimar es preciso tocar la llaga.»

En 1930, a cargo de una entidad titulada *Société des detenus et exilés politiques*, se publicó una traducción rusa del libro de Custine, en cuyo prefacio se decía que era «el libro más inteligente que un extranjero haya escrito nunca sobre Rusia».

Esta trayectoria triunfal ha tenido en nuestros días su más alta expresión con motivo de la selección de *Russie en 1839*, que en 1945 se publicó en París bajo el título de *Lettres de Russie*, según hemos ya referido. La visión de Custine, al actualizar con su relato la Rusia del pasado, ha impresionado profundamente todos los ambientes internacionales. Estadistas de la categoría de Edén y Acheson se han valido de

los textos de Custine para ilustrar sus alegatos y colorear la dialéctica de sus discursos.

Custine es un escritor agudo y elegante, dotado de una extensa cultura, amante escrupuloso de la verdad y de una inquietud insaciable. Pero su mérito principal reside en la agudeza de observación, en especial en torno de las cuestiones conexas con los rasgos de psicología colectiva y de anticipación política, según hemos puesto de relieve y según el lector podrá apreciar cumplidamente. En sus primeras cartas el autor narra sus antecedentes familiares y describe algunas escenas bajo el Terror, con episodios de tan cautivadora belleza que no hemos resistido el deseo de reproducirlos en parte, como la más noble ejecutoria del autor.

Por fin, nos importa decir que entre la edición abreviada francesa, hoy agotada, y nuestro intento, no hay paridad en el método de selección adoptado; si, de una parte, hemos respetado escrupulosamente los textos, hemos procedido a su agrupación con un doble objetivo de síntesis y de coordinación encaminado a demostrar que Rusia es hoy la misma de siempre y que el mundo de nuestros días se enfrenta, bajo la capa del comunismo, con el eterno problema ruso.

Joaquín de Camps

NOTA BIOGRÁFICA

Astolphe de Custine, *Marqués de Custine, nació en Niderwiller, cerca de Sarreburg, en 18 de mayo de 1790. Era nieto del general conde Adam-Philippe, mariscal de campo del ejército real, guillotinado en París el 28 de agosto de 1793. Sus padres fueron: Francisco de Custine, Marqués de Custine, embajador de Francia, también victima del Terror en 4 de enero de 1794, y Eléonore de Sabran, de la alta aristocracia francesa.*

La infancia de Astolphe transcurrió entre infortunios. Separado de su madre durante largas temporadas a consecuencia de las incidencias políticas, se educó con un carácter retraído y tímido, agravado por una dolencia que puso en peligro su vida y que por mucho tiempo le dejó sordo y como atontado.

Su juventud fue brillante: dotado de excelentes condiciones morales, sociales y físicas, bajo el agudo y eficaz patrocinio de su madre, sobresalió en los salones parisinos más famosos y frecuentó el trato de los más altos genios. Entre las amistades más asiduas de la familia Custine-Sabran figuraban madame Stäel, los Broglie, Abrantès, la princesa Matilde; entre sus relaciones más allegadas se contaban Balzac, Hugo, Lamartine, Heine; y, sobre todo, Chateaubriand. Custine tuvo al autor de René *por su verdadero padre espiritual, y durante toda su vida estuvo sugestionado por las ideas y sentimientos del gran escritor.*[2]

En 1814 Custine se alistó bajo las banderas del conde de Artois, llegando a ser oficial de Estado Mayor; pero la milicia no

le atrae. En el mismo año entra a formar parte del gabinete de Alexis de Noailles, a su vez adscrito al servicio de Talleyrand con motivo del Congreso de Viena. El papel secundario que desempeñó, limitado a ver y observar, el aislamiento en que vivía y la falta de recursos, consecuencia de la llegada de los «Cien días», *provocaron en Custine una profunda crisis, agravada por la reproducción de su enfermedad infantil. Todo ello le obligó a recluirse en sus posesiones de Fervacques a fin de restablecerse.*

Su madre, tan asidua para con su hijo como inquieta por su porvenir, venció al fin su resistencia al matrimonio, logrando casarle en 1821 con Leóntine de Saint-Simon de Courtemer, de la que tuvo un hijo llamado Enguerrand. La felicidad conyugal de Custine duró poco: dos años después, en 1823, falleció Leóntine sumiéndole en profundo dolor.

Custine se dedicó en Fervacques al estudio, desde el griego a la teología, a la veneración hacia su madre y al cuidado de su tierno hijo. Fue en 1824 cuando se produjo el gran escándalo en el que su nombre fue directamente mezclado; el suceso tuvo tal resonancia que desvaneció todos los proyectos de su diligente madre y torció el curso de su existencia. En 1826 murió prematuramente el pequeño Enguerrand, y seis meses después le siguió en el último trance Eléonore, a la sazón refugiada en Suiza, dejando en sus huellas un surco de dolores e infortunios.

El conde de Luppé, el mejor biógrafo de Custine, dice en su Introducción *a* «Lettres au Marquis de La Grange», *escritas por nuestro autor, que el año 1824 marcó para éste un momento crucial. Antes, dice, tenía rango en la aristocracia; los salones se lo disputaban, las madres lo codiciaban para sus hijas. Después, será; cierto, el escritor que se agasaja, pero los ambientes son otros. Algunas puertas se cierran para él, le pi-*

den cuentas de la estima que un día le dispensaron y acusan el resentimiento de los defraudados.

Fervacques es vendido, como si con la venta quisiera borrar los recuerdos más vivos del pasado. Comienza una era de realización. Emprende grandes y frecuentes viajes, entre ellos uno a España en 1831, escribiendo de todos ellos sus impresiones y anécdotas. Explora diversos géneros literarios. Además de su viaje a Rusia y el que hace a España, descrito en 4 volúmenes, Custine es autor de una tragedia «Beatriz Cinci», 1833; «Ethel», *1839*; «Le monde comme il est», *1843*; «Romuald et la vocation», *1848*; «Memoires et voyages ou lettres écrites à diverses époques des courses en Suisse, en Calabre, en Angleterre et en Escosse», *2 vols., 1830*; «Lettres à Varnhagen d'Ense et Rachel Varnhagen d'Ense», *1870*; «Lettres inédites au Marquis de La Grange», *publicadas por M. de Luppé, París, 1925.*

En todos sus escritos Custine hizo siempre profesión de su fe católica. Supo, empero, hacer más honor a sus creencias con su palabra que con su conducta. De Luppé escribe a este propósito algo que vale la pena de dejar en su lengua original: «Contre les maux de sa conduite et contre ceux de son caractère, il ne cherche de recours que dans la religión. A défaut de repentir et de pureté, elle lui donna des certitudes. S'il vit dans son peché et sans se réformer, Custine parle comme "un juste"».

En su voluntaria reclusión en el castillo de Saint-Gratien, Astolphe de Custine falleció el 25 de septiembre de 1857, es decir, a los sesenta y siete años de edad. Murió aquel hombre, del que Barbey d'Aurevilly había escrito. «Acabo de recibir una carta del marqués de Custine, venida de Saint-Gratien y por la que me dice la agradable impresión que le han producido las líneas de mi comentario acerca de su libro sobre Rusia. Estimo entrañablemente a Custine, cuyo espíritu y cuyo talento

se distinguen por un agridulce que nunca le falta. Es tan encantador como noble; su llaneza de trato le distingue como a dechado de gran señor.»

Progenitores del autor

El general Custine y su nuera

El general Custine había sido llamado a París, como consecuencia de las denuncias de sus envidiosos adversarios, para responder de su conducta. El general se hallaba en campaña cuando supo que el Rey había muerto; la lectura de los relatos de prensa le causó tal indignación que, no pudiendo ocultarlo, en presencia de los comisarios de la Convención, exclamó:

—Yo sirvo a mi país para librarle de la invasión extranjera, pero no quiero batirme por los hombres que hoy gobiernan.

Tales propósitos, denunciados a Robespierre por Merlin de Thionville y el otro comisario, decidieron de la suerte del general.

Mi madre se había refugiado conmigo, entonces muy niño, en un pueblecito de Normandía. Cuando supo el regreso a París del general, creyose en el deber de ir en su ayuda, dejándolo todo, incluso a mí por quién siempre había tenido tan abnegados desvelos y olvidando generosamente que su suegro desde hacía varios años estaba distanciado de la familia de ella en razón de las opiniones políticas pregonadas por el general ya en los comienzos de la revolución. La separación de su hijo, como madre amorosa, la apenó sobre

manera, pero una vez más supo anteponer su abnegación a sus afecciones. Me confió a los cuidados de una sirvienta nacida en casa, en Lorena, y cuya lealtad estaba fuera de duda, con instrucciones de conducirme a París. La salvación del general Custine estaba desde entonces en manos de la fidelidad y de la entereza de su nuera.

La primera entrevista entre ambos fue emocionante; el viejo soldado, pasada su sorpresa, sintió renacer su esperanza de salvación. Inducía a ello la juventud, la belleza y hasta la timidez de mi madre, timidez que no excluía, si era preciso, un valor a toda prueba. Estas cualidades predispusieron a su favor a todas las personas sensatas que la rodeaban, incluso periodistas, gentes del pueblo y hasta los mismos jueces del tribunal revolucionario. Esta simpatía se exteriorizó al punto de que los enemigos del general decidieron atemorizar a su nuera considerada ya por todos como el mejor de los abogados del inculpado.

El gobierno de entonces no se había sumido aún en el grado de impudor al que descendieron sus sucesores. Por ello no se atrevieron a detener a mi madre hasta después de la muerte de su suegro y de su esposo. Pero los que no osaban ordenar su detención no sintieron escrúpulos para intentar amedrentarla. Así unos septembrinos, como se llamaba entonces a los asesinos a sueldo, fueron destacados durante varios días al pie de la escalera del Palacio de Justicia. A pesar de las advertencias y consejos de prudencia que recibió mi madre, anunciándole el peligro que corría si continuaba acudiendo al Tribunal, ni un sólo día dejó de visitar a su suegro ni su denuedo dejó un sólo día de influir poderosamente en el ánimo de sus verdugos.

Entre sesión y sesión, día y noche, no cejaba en su empeño y celebraba entrevistas clandestinas con los miembros del tribunal revolucionario y los de los comités. Todo cuan-

to tuvo que soportar en estas visitas, la manera cómo la trataron algunos hombres de aquella índole, daría tema a profusos relatos, que yo no puedo intentar por ignorar el detalle de tales episodios. Mi madre no gustaba de contar nada sobre este período de su vida, tan meritorio como doloroso, que seguramente hubiera deseado borrar por entero de su recuerdo.

Un amigo de mi padre acostumbraba a acompañarla en estas gestiones; el hombre se ataviaba como un obrero, que era el uniforme del momento; usaba carmañola, iba sin corbata y llevaba el cabello sin empolvar y cortado en cepillo; solía esperarla en el rellano de la escalera de la casa visitada o en el recibidor cuando lo había.

En una de las últimas sesiones del tribunal, mi madre se produjo en forma tan enternecedora que llegó a hacer llorar a las mujeres que se hallaban en la galería, no obstante no tener aquellas furias nada de sensibles. No en vano se las llamaba furias de guillotina y calceteras de Robespierre. Aquel día, las demostraciones de simpatía de que hicieron objeto a la nuera de Custine irritaron en tal grado a Fourquier-Tinville que, acto continuo, circuló secretamente órdenes terminantes y amenazadoras para los esbirros que tomaban asiento en los estrados.

Terminada la sesión, devuelto el preso a su celda, mi madre se disponía a descender la escalera del Palacio para alcanzar sola y a pie el coche que la esperaba en una calleja solitaria. Nadie se atrevía a acompañarla. El miedo inconsiderado que siempre le había inspirado la multitud, creció de punto ante el contacto con un populacho endurecido, habituado a una represión sin medida y que no iba a detenerse ante la perspectiva de otra muerte.

Paralizada en lo alto de la escalera, mi madre no acertaba lo que debía hacer y miraba obsesionada hacia el lugar donde meses antes había caído madame de Lamballe. Su natural timidez, acrecentada ante la sensación de peligro que le anunciaba un billete de un amigo de mi padre recibido durante la audiencia, agravaba la situación y disminuía su presencia de ánimo. Por un momento creyó que su última hora había llegado. «Si vacilo, se decía, si me desplomo como la Lamballe, estoy perdida.» Mientras tanto la gente se iba apiñando ante su paso:

—Es la Custine, es la nuera del traidor —gritaban entre blasfemias e insultos soeces.

¿Qué hacer? ¿Cómo afrontar este tumulto infernal? Mientras unos, con el sable desenvainado, cerraban su camino, otros, los brazos arremangados, apartaban a las mujeres; era el signo premonitor del peligro inminente y del hecho brutal. Mi madre, como corza azorada, se infundía ánimo a sí misma y temerosa de desfallecer me contaba que se mordió la lengua y se arañó la carne hasta sangrar, con el propósito de no palidecer a fuerza de dolor. En este estado, con una mirada de suprema invocación en torno suyo, divisó a una rabanera de porte asqueroso que avanzaba en primera fila de la multitud llevando en brazos a un niño de pecho. Inspirada por el ángel tutelar de las madres, la *hija del traidor* se acerca a aquella otra madre —una madre es más que una mujer— y le dice:

—¡Qué niño tan bonito tiene usted!

—Tómele, me lo devolverá al pie de la escalera, —respondió la otra, alma sencilla que lo comprendió todo con una sola palabra y una mirada.

La electricidad maternal había operado sobre aquellos dos corazones y la chispa se comunicó a la muchedumbre.

Mi madre toma el niño, le besa, y se sirve de él como escudo contra el populacho asombrado. La naturaleza del hombre sojuzga su naturaleza social embrutecida por una enfermedad colectiva, y los bárbaros fueron vencidos por las dos madres. La mía, liberada, se dirige hacia el patio del Palacio de Justicia, lo atraviesa, avanza hacia la plaza sin ser golpeada ni aún injuriada, llega a la verja, devuelve el niño a quien se lo había prestado, y, sin más, sin decirse una sola palabra, se alejan cada una por su lado; el lugar no era favorable ni adecuado para agradecimientos y explicaciones; ni ellas se confiaron sus secretos ni jamás se volverán a ver. Sus dos almas maternales se encontrarán en todo caso en otras regiones.

Pero, la mujer salvada así milagrosamente, no pudo salvar a su suegro. ¡Él sucumbió! Para coronar su vida, el viejo soldado tuvo el valor de morir en cristiano: una carta a su hijo atestigua su humildad, la virtud más difícil de todas en un siglo de crímenes y de virtudes filosóficas. Con la sinceridad de un neófito, escribió a mi padre una carta en la víspera de su suplicio. «No sé cómo me comportaré mañana en mi último trance; es preciso encontrarse en él antes de poder responder de sí mismo.»

El general Custine, al ir hacia el cadalso, besaba el crucifijo que no abandonó hasta dejar la siniestra carreta. Esta entereza religiosa ennobleció su muerte tanto como su valor militar había ennoblecido su vida. Pero tal actitud escandalizó a tantos *Brutus* parisienses…

El embajador Custine y su esposa

En 1792, a los veintidós años, mi padre fue nombrado por los ministros de Luis XVI, rey constitucional desde un año antes, para desempeñar cerca del duque de Brunswick una importante y delicada misión. Se trataba de decidir al duque a rechazar el mando que acababan de ofrecerle del ejército coaligado contra Francia. Se opinaba con razón que la virulencia de los fermentos revolucionarios de nuestro país contra el rey, serían menos peligrosos si los extranjeros no se empeñaban en contrarrestar violentamente la evolución de los problemas.

Mi padre llegó a Brunswick demasiado tarde; el duque se había ya comprometido. No obstante, la confianza que inspiraba en Francia el carácter y la habilidad del joven Custine era tal que, en lugar de hacerle regresar a París, fue enviado a la Corte de Prusia para intentar separar al rey Guillermo II de la misma coalición cuyos ejércitos dirigía el duque de Brunswick.

• •

A pesar de que la entereza de mi madre durante el proceso de su suegro atrajera hacia ella la atención de todos, obtuvo permiso para entrar cada día en la *Forcé* para visitar a su marido. Sabiendo que la muerte próxima de mi padre estaba decretada, utilizó todos los medios a su alcance para procurar su evasión. Hermosa como era, y más que hermosa atractiva, consiguió conquistar para sus propósitos a la hija del conserje, y con la ayuda de dinero y promesas acabó de decidirla para ayudar al plan de evasión que había concebido después de un estudio minucioso de las circunstancias.

Mi padre no era de elevada estatura ni de gruesa complexión; además era joven y de buena presencia, condiciones todas que hacían posible vestirlo con trajes de mujer sin lla-

mar la atención. Obsesionada con su proyecto, mi madre, cada vez que salía de la cárcel, se hacía acompañar hasta la calle por la hija del conserje. Las dos mujeres pasaban juntas delante de faccionarios, guardas de corps y municipales de servicio; estos hombres, habituados a ver a la hija del carcelero escoltar *así* a todos los visitantes cuando salían de la cárcel, confiaban a la joven el cuidado de cerrar las puertas de la escalera después de la salida de aquéllos. Desde la muerte de su suegro, mi madre vestía de luto riguroso; llevaba siempre un sombrero con velos, aunque el atuendo fuera peligroso en una época lamentable en la que no se estilaban signos externos de dolor. Se convino que en la fecha escogida, mi padre se pondría en su celda los vestidos de mi madre, que ésta se vestiría con los de la hija del carcelero y que mientras la joven bajaría a la calle por otra escalera, el preso y la falsa Luisa saldrían por la puerta ordinaria según costumbre. Era a principios de enero y se convino salir poco antes de encenderse las luces a fin de aprovecharse de las sombras del atardecer. La verdadera Luisa, la hija del carcelero, era bonita y casi tan rubia y tan lozana como mi madre; ésta tenía entonces veintidós años y aún penas y achaques no habían alterado ni su salud ni su prestancia. Se había convenido también que la joven, pasando por lugares sólo de ella conocidos, llegaría a la calle al mismo tiempo que el preso y antes de subir al coche recibiría la cantidad de treinta mil francos oro que había de llevar consigo un amigo de mi madre. Además se le aseguraba una pensión vitalicia de dos mil francos, con entrega en el mismo acto del contrato firmado.

De esta forma, todas las circunstancias calculadas y bien combinadas, llegó el día de la evasión. La fecha fue elegida por la misma Luisa según mejor conviniera en razón de la mayor benevolencia de los guardianes de servicio; era preci-

samente la antevíspera del día en el que mi padre había de ser trasladado a la *Conciergerie* y de allí al tribunal, es decir a la muerte: enero de 1794.

La víspera de fecha tan memorable tuvieron la precaución de ensayar en la celda de mi padre a fin de que cada uno de los actores jugara mejor su papel respectivo, sobre todo en el cambio de trajes convenido. Mi madre volvió a su casa llena de confianza en la buena suerte del plan, dispuesta a no salir hasta el día siguiente al anochecer y sólo una hora antes de huir acompañando a su esposo.

Las atrocidades políticas se multiplicaban. La víspera misma de la huida proyectada, la Convención decretó la pena de muerte contra quien osara favorecer la evasión de un prisionero político. La disposición decía que se perseguiría con igual severidad a los cómplices y encubridores. Aunque parezca increíble, se disponía asimismo que incurrirían en idéntica sanción que los culpables, *todos cuantos no los hubiesen denunciado...*

El periódico donde se insertaba esta monstruosa disposición, lejos de ocultarse a los detenidos, les fue exhibido intencionadamente por el carcelero de la *Force*, padre de Luisa. Esto sucedía la mañana misma del día escogido para la evasión.

Por la tarde, poco antes de la hora señalada, mi madre llega a la cárcel y al pie de la escalera encuentra a Luisa llorando desconsoladamente.

—¿Qué te pasa, hija mía? —pregunta mi madre.

—¡Ah!, señora —responde Luisa olvidando tutearla como era ritual—. Vaya usted a convencerle; sólo usted puede aún salvarle la vida; desde esta mañana le suplico inútilmente y se niega con resolución a seguir el plan.

Mi madre, ante el temor de ser espiada, sin contestar sube la escalera de caracol seguida de Luisa. Esta buena chica, antes de entrar en la celda, dice a mi madre:

—Ha leído el diario.

Mi madre adivina lo demás, conociendo la profunda delicadeza de alma de su esposo. Titubea ante la puerta, tiemblan sus rodillas como si ya le viera subir al cadalso.

—Ven conmigo, Luisa —dice—. Tú tendrás más influencia que yo misma para convencerle, pues es para no exponer tu vida que quiere sacrificar la suya.

Luisa entra, la puerta se cierra y entonces empieza en voz baja una escena más fácil de adivinar que de describir. De otra parte mi madre una sola vez ha tenido el valor de narrármela, hace de ello mucho tiempo, y aún abreviando detalles.

—¿Cómo? ¿Te niegas a salvarte? —dice mi madre entrando—. ¿Es que tu hijo ha de quedar huérfano, pues yo moriré poco después?

—¿Exponer la vida de esta muchacha para conservar la mía? ¡Imposible!...

—Tú no sacrificas su vida; ella se esconderá y se salvará con nosotros.

—Nadie se esconde en Francia ahora, nadie sale de este infortunado país; lo qué pides a Luisa es superior a su deber.

—Señor, sálvese usted —dice Luisa—. Lo demás es cuenta mía.

—Entonces —replica mi padre—, ¿es que no has leído el decreto de ayer?

Mi padre empieza la lectura. Luisa interrumpe:

—Ya sé todo eso; pero, señor, una vez más sálvese usted, se lo suplico, se lo pido de rodillas (y se prosternó a los pies

de mi padre), sálvese, he puesto mi felicidad, mi vida, mi honor en nuestro plan. Usted me prometió darme mucho dinero. ¿Es que no puede ahora cumplir su palabra? Pues bien, señor, yo voy a salvarle de balde; los treinta mil francos oro que me había de entregar servirán para los tres; nos esconderemos, emigraremos, y yo trabajaré por ustedes. Sólo pido que me permitan obrar.

—Seremos detenidos y tú morirás.

—¡Pues bien! Consiento en ello. ¿Qué responde usted? Es verdad, dejo a mi país, a mi padre, a mi novio al que no quiero; si las cosas salen bien yo tendré asegurada mi existencia con lo que me han prometido, ¿no es cierto? Si no sale bien, compartiré la suerte de ustedes. Puesto que ésta es mi voluntad, ¿qué puede usted oponer?

—Tú no sabes lo que me propones, Luisa. Después te arrepentirás.

—Es posible, pero usted se habrá salvado.

—¡Nunca!

—¿Qué? —responde mi madre—. ¿Tú piensas en ella, en esta buena Luisa, más que en tu mujer, más que en tu hijo?... ¿Es que no sabes que mañana me prohibirán entrar aquí y que pasado mañana serás llevado a la *Conciergerie*? ¿Después de esto cómo quieres que yo siga viviendo? La vida de Luisa no es, pues, la única que tú debes salvar ahora.

Nada pudo socavar la estoica resolución del joven preso. Las súplicas de las dos mujeres de rodillas, de la esposa dolorida, de la madre desolada, de la extraña, adicta hasta la muerte, todo fue inútil. El mártir del humanismo cerró su corazón tanto al egoísmo como a la sensibilidad. El imperativo del honor y del deber hablaba más fuerte en su alma que el amor a la vida, que el amor a su mujer, deslumbrante de hermosura, magnífica de valor, de ternura, de abnega-

ción. Era más poderoso que el mismo amor paternal. Aunque todos estos motivos eran también deberes, mi padre fue inflexible. Con su dorada juventud, con su porte distinguido, con sus rasgos delicados y su espíritu altruista, ofrecía un conjunto de excelsa belleza moral…

El tiempo de la visita se agotó en vanos intentos. Fue preciso salir. Luisa, con gran desconsuelo, acompañó a mi madre hasta la calle donde la esperaba ansioso el señor Guy de Chaumont-Guitry, nuestro amigo, con los treinta mil francos oro.

—Todo está perdido —le dijo mi madre—. Se niega a huir.

—Estaba seguro de ello —contestó el señor de Guitry.

Esta respuesta, digna de un amigo de mi padre, me ha parecido siempre tan magnífica como la conducta del condenado.

Anecdotario

La opinión del posadero

En Lubeck, esta mañana, el dueño de la posada ha entrado en mi cuarto con aire tan compungido que movía a risa. Se trata de un hombre en el fondo más vivo y malicioso de lo que hace presumir su voz llorona y su pobre francés. Ha sabido que me propongo embarcar para Rusia y, sorprendido de que viaje por placer, con llaneza alemana intenta hacerme desistir del viaje proyectado.

—¿Es que usted ha estado en Rusia? —le pregunto.

—No, señor, pero conozco a los rusos. Son muchos los que pasan por Lubeck y juzgo al país según la manera de ser de sus naturales.

—Pues, ¿qué encuentra usted en ellos que le haga aconsejar que no vaya a su tierra?

—Es que los rusos —responde— tienen dos fisonomías distintas. Al decir esto no me refiero a los criados que sólo tienen una, sino a los señores. Cuando desembarcan para ir a Europa son francos y joviales como potrillos en libertad o pájaros escapados de la jaula; entonces, todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, parecen contentos como colegiales en vacaciones. Pero a su regreso, las mismas personas van tristes y cabizbajas, están preocupadas, hablan poco y secamente, se les ve con la frente arrugada. El contraste me

hace pensar que cuando se abandona un país con tanta alegría y se regresa a él con tanta tristeza es que se trata de un país poco recomendable.

—Quizá tenga usted razón —le contesté—. De todos modos lo que dice me lleva a pensar que los rusos no saben disimular tanto como se les supone. Los creía más impenetrables.

—Lo son en su tierra, pero aquí no desconfían de nosotros —dijo el mesonero con una leve sonrisa mientras se disponía a salir de la habitación.

Círculo vicioso

No es ciertamente de hoy que los extranjeros se asombran de la propensión de este pueblo al servilismo. Véase un extracto de la correspondencia del Barón de Herberstein, embajador del emperador Maximiliano, padre de Carlos V, acreditado ante el Zar Vasilio Ivanovitch. Recuerdo perfectamente el pasaje de Karamsin por haberlo leído ayer mismo en el barco. El volumen que lo contiene ha escapado a la vigilancia de la policía en un bolsillo de mi abrigo de viaje, lo que demuestra que los sabuesos más sutiles jamás lo son bastante. Ya he dicho que a mí al menos no me registraron.

Si los rusos supieran todo cuanto se puede entresacar de la obra del historiador apologista de que tanto se envanecen, no obstante suscitar a los extranjeros tantas reservas, a causa de su parcialidad cortesana, lo anatematizarían con rigor y se arrepentirían de haber claudicado ante los métodos críticos a la usanza europea. No vacilarían en solicitar del emperador que prohibiera la lectura de todos los historiadores rusos, Karamsin inclusive, a fin de velar el pasado

entre neblinas igualmente propicias al sosiego del déspota y a la tranquilidad de sus súbditos. Este pueblo infortunado se siente vejado cuando se le compadece, es decir, se considera lastimado cuando los extranjeros le decimos, algo imprudentemente, que es una víctima del sometimiento de la nación rusa a su régimen policíaco. Nuestra conmiseración nos impone pasar discretamente en silencio tal estado de cosas.

He aquí lo que escribía Herberstein execrando el despotismo del monarca ruso:

> Sólo él opina y manda; la vida, la fortuna de laicos y clérigos, de señores y vasallos, depende de su voluntad. Ignora la contradicción y sus actos se reputan emanados de aquella divinidad que los rusos atribuyen al supremo jerarca como intérprete de los designios celestes. «Así lo han querido Dios y el Príncipe», «Dios y el Príncipe lo saben». Tales son las locuciones en boga entre ellos, como trasunto del celo desplegado para servirle.
>
> Uno de sus dignatarios principales, anciano de blanca cabellera y antiguo embajador en España, vino a recibirnos a la entrada de Moscú. Iba a caballo y me sorprendió ver los ejercicios que hacía sobre su montura, completamente desusados y que le obligaban a un esfuerzo que bañaba su rostro de sudor. No pude menos que hacer una observación sobre esta agitación innecesaria, a lo que él me contestó:
>
> —¡Ah!, señor Barón, es que nosotros servimos a nuestro monarca con métodos distintos de los vuestros.
>
> Se me hace imposible descifrar si es el carácter de la nación rusa el que ha formado tales autócratas o bien si son los autócratas los que han formado el carácter de la nación.

Esta carta, escrita hace más de tres siglos, describe a los rusos de entonces absolutamente igual a como yo veo a los rusos de hoy. De la misma manera que el embajador de Maximiliano, yo me pregunto si es el temperamento de la nación el que crea la autocracia o si es ésta la creadora del ca-

rácter ruso. Y como el diplomático alemán tampoco acierto a dilucidar el dilema.

Negocio macabro

La tendencia a la simulación es aquí mucho más extensa de lo que parece. La policía rusa, tan celosa para molestar a la gente, es lenta en informarla cuando se dirigen a ella a fin de esclarecer un hecho dudoso. He aquí un ejemplo de esta calculada inercia.

En el último Carnaval una conocida mía había dado permiso a su sirvienta para salir el domingo. Por la noche la muchacha no había regresado aún. A la mañana siguiente la señora, muy intranquila, dispuso se pusiera el hecho en conocimiento de la policía.

La contestación fue que ningún accidente había ocurrido en Petersburgo la noche anterior, por lo que era de presumir que la criada aparecería sana y salva de un momento a otro. El día transcurrió en esta incertidumbre, sin noticia alguna. En fin, al día siguiente, a un pariente de la muchacha, persona suficientemente enterada de las características de la policía patria, se le ocurrió visitar el depósito de cadáveres del hospital al que tuvo acceso por mediación de un amigo suyo. Inmediatamente reconoció el cadáver de su prima cuando estaba a punto de servir para las prácticas de anatomía de los internos.

Como buen ruso conservó bastante serenidad para disimular su emoción.

—¿De quién se trata? —preguntó.

—No se sabe. Es una joven encontrada muerta anteayer noche en tal calle. Se cree que fue estrangulada al defender-

se de unos hombres que intentaban violentarla.

—¿Qué hombres eran?

—Lo ignoramos. No se puede formar sobre el hecho más que conjeturas, pues las pruebas faltan.

—¿Cómo han podido ustedes hacerse con el cadáver?

—La policía nos lo ha vendido, pero de ello no diga nada a nadie. —Esta frase es la fórmula habitualmente empleada por los naturales o por los conocedores del país.

El primo se calló, la dueña de la víctima no se atrevió a presentar denuncia y hoy, después de seis meses, soy quizá la única persona a la que aquélla ha contado el accidente de su doncella, y esto porque soy extranjero y... porque no escribo, según le he asegurado.

Reverencias y golpes

He visto en la calle a dos cocheros de drovska (simón ruso) que al cruzarse se saludaban ceremoniosamente a sombrerazos: es ésta una antigua costumbre. Si se trata de conocidos hacen más: se llevan la mano a los labios y la besan mientras se guiñan de una manera muy fina y expresiva. Los rusos son así de corteses.

También son así de justos: Un poco más lejos he visto como un estafeta, *feldjaeger* o ínfimo empleado oficial, descendía de su vehículo y corría hacia uno de los cocheros que había dado tantas pruebas de cortesía. Sin preparación alguna se dio a pegarle brutalmente con el látigo, el bastón y a puñetazos en el pecho, el rostro y la cabeza. Esta lluvia de golpes era recibida por el agredido sin la menor protesta ni la más leve resistencia, como si estuviera paralizado por el

respeto al uniforme y a la condición de su verdugo. Éste, a pesar de la total sumisión de la víctima, no atenuó su cólera en lo más mínimo.

He visto también a un ordenanza, correo de algún ministro o galoneado ayuda de cámara de algún edecán del emperador, arrancar materialmente de su asiento a un postillón y vapulearle hasta sangrar. También esta vez el agredido soportó el castigo pasivamente, sin la menor resistencia, como obedeciendo a una sentencia y con la resignación manifestada ante lo inevitable. Los transeúntes, lejos de intervenir o sublevarse contra aquella explosión de furor, pasaban indiferentes y aún he visto como uno de los camaradas del paciente, que estaba abrevando sus caballos a algunos pasos de distancia, se apresuraba, a un signo del irritado *feldjaeger*, a sostener la rienda de la montura del personaje público todo el tiempo que a éste pluguiera prolongar la paliza. ¡En ningún otro país sería posible pedir a un hombre de la calle un servicio parecido con el fin de mejor aporrinar a un colega arbitrariamente castigado!... No en balde el empleo y el uniforme del hombre que a tales excesos se dedicaba, le aseguraban un derecho indiscutible sobre el cochero que los soportaba. A juicio de ellos el castigo era, pues, legítimo, pero yo no puedo menos que exclamar: ¡Desgraciado país el que considera legales tales actos!

El hecho que narro pasaba en uno de los barrios más prósperos de la ciudad, a la hora del paseo. Cuando el agresor soltó a su víctima, ésta enjugose la sangre que le bañaba la cara y montando impasible en su asiento del vehículo se dispuso a proseguir, como si nada hubiera pasado, con su ritual de reverencias a cada nuevo encuentro.

Las sogas rotas

Un agregado a la embajada de Francia cuando el fallecimiento del emperador Alejandro, me ha contado el siguiente caso del que fue testigo:

Después del motín contra la ascensión al trono del emperador Nicolás, fueron condenados a muerte para ser ahorcados los cinco principales cabecillas de la rebelión. La ejecución había de tener lugar en la explanada de la ciudadela, a las dos de la madrugada y en un patíbulo levantado junto a un foso de veinticinco pies de profundidad. Los condenados fueron puestos sobre unos bancos de algunos pies de altura, bancos que habían de ser retirados en el momento de la ejecución. Terminados los preparativos, el conde Czernicheff, hoy ministro de la guerra, encargado por su amo de presidir el acto, inició sus funciones dando la señal convenida. El tambor redobló y el banco fue retirado bajo los pies de los sentenciados. En aquel momento tres de las sogas se rompieron: dos de los reos cayeron al fondo del foso, mientras que el tercero fue a dar contra la orilla. Los asistentes a esta lúgubre escena, muy impresionados, creyeron con satisfacción y gratitud que el emperador había recurrido a esta estratagema pata conjugar los sentimientos humanitarios con las exigencias de la política. Pero el conde de Czernicheff ordenó continuar el redoble de tambores, mientras los ayudantes de la horca bajaban al foso para recoger a los dos caídos. Uno de ellos tenía las piernas quebradas y el otro destrozada la mandíbula. Los colocaron de nuevo en posición para ahorcarlos, y como al tercero que había quedado ileso, les pusieron la cuerda al cuello. Entonces éste último reuniendo todas sus fuerzas y con acento de rabia concen-

trada gritó para que se le oyera no obstante el redoble del tambor:

—¡Desdichado país donde ni siquiera se sabe ahorcar!

Era el alma de la conspiración y se llamaba Pestel.

Este furor del vencido y esta barbarie del poder triunfante describen a Rusia de cuerpo entero.

Conformismo

Un gran señor me ha contado que un asalariado suyo muy hábil en no sé qué oficio, había venido con permiso a Petersburgo para ejercer su profesión. Al cabo de dos años le concedieron unas vacaciones de algunas semanas para pasarlas en su pueblo junto con su mujer. Acabado el plazo, regresó a Petersburgo.

—¿Estás contento de haber visto a tu familia? —le preguntó el dueño.

—Muy contento, —replicó ingenuamente el interesado—. Mi mujer me ha dado dos hijos más en mi ausencia y esto me ha alegrado mucho.

Aquellas pobres gentes no tienen nada propio, ni su choza, ni sus mujeres, ni sus hijos, ni aún sus sentimientos. No son celosos. ¿De qué habrían de serlo? ¿De un accidente?... El amor entre ellos no es otra cosa... ¡Tal es la manera de ser de estos hombres que por ser siervos son en opinión de algunos los seres más venturosos de Rusia! Porque en distintas ocasiones me he dado cuenta de como los siervos eran envidiados por los grandes, y quizá con razón, hasta el punto de haber oído expresiones como ésta: «Ellos no tienen preocupaciones ya que corren a nuestro cargo junto

con sus familias (Dios sabe cómo cumplen esta obligación cuando los campesinos llegan a viejos o inútiles). Teniendo asegurada su vida y la de los suyos son menos dignos de compasión que los labriegos libres de vuestro país.»

Yo callaba escuchando este panegírico del servilismo, pero pensaba: «Si ellos no conocen preocupaciones, carecen de bienes propios y, por tanto, carecen de afecciones, de felicidad, de sentido moral, de compensación a las penas materiales, pues es la propiedad, como base y sostén de la familia, la que perfecciona al hombre social.»

El pie del general

Este caso, que tuvo lugar en 1577[3], me recuerda otro hecho más reciente. Me interesa confrontar las fechas para probar que hay menos diferencia de lo que pudiera parecer entre el pasado y el presente de este país. Acaeció en Varsovia en tiempos del gran duque Constantino, bajo el reino del emperador Alejandro, el más filantrópico de los zares.

Un día, Constantino pasaba revista a su guardia y queriendo demostrar a un extranjero de categoría la rígida disciplina observada en el ejército ruso, baja del caballo, se acerca a uno de sus generales... *¡a un general!*... y sin prevención alguna, sin pronunciar una sola palabra, tranquilamente, le traspasa el pie con su espada. El general permaneció inmóvil, sin proferir la menor queja. Cuando el gran duque ha envainado el arma, se llevan al herido. Tal estoicismo eslavo justifica la definición del abate Galiani: «¡El valor no es sino un gran miedo!»

Los espectadores de la escena quedaron atónitos.

Esto sucedía en el siglo XIX, en Varsovia, en plena plaza pública.

Es, pues, evidente que los rusos contemporáneos son dignos descendientes de los súbditos de Iván, sin que pueda justificar lo acaecido la locura de Constantino. Se ha hablado mucho de la locura como estigma hereditario de la familia imperial de Rusia. Esto es una lisonja. Creo que el mal tiene raíz en la misma naturaleza del régimen y no en la patología de sus individuos. El poder absoluto, cuando es realidad, perturba a la larga a la mente más firme, toda vez que el despotismo ciega a los hombres y en la copa del autarca se embriagan conjuntamente el pueblo y el soberano. Este principio me parece probado hasta la evidencia por la historia de Rusia.

El prestigio de las barbas

Un señor llamado Jament me ha contado en Nijni que un alemán, agricultor competente y celoso propagandista de la rotación de cultivos, método desconocido en aquella comarca, acababa de ser asesinado en su alquería, vecina de la finca del señor Merline, otro extranjero que me ha contado también lo sucedido.

Dos hombres se presentaron en casa de aquel señor alemán bajo pretexto de comprarle unos caballos; por la noche se introdujeron en su dormitorio y lo mataron. Según se dice el golpe fue maquinado por los colonos de la víctima para vengarse de las innovaciones que el forastero se proponía introducir en la explotación de la tierra. El pueblo de este país siente una profunda aversión para todo cuanto no es ruso, hasta el punto de que me repiten con frecuencia que

un buen día, de un extremo a otro del imperio, habrá una matanza general de todos los hombres sin barba, toda vez que la barba es aquí el más auténtico distintivo de su nacionalidad.

Para los campesinos, un ruso afeitado de cara es un traidor vendido a los extranjeros, y por ello merece compartir su suerte. Pero ¿cuál será el castigo infligido por los supervivientes a los autores de estas vísperas moscovitas? Porque no podrá ser enviada a Siberia la población en masa; es fácil desterrar a los habitantes de un lugar, pero ya no lo es hacerlo con las gentes de una provincia entera.

Lo curioso a consignar es que el destierro a Siberia no produce gran impresión en el ánimo de los campesinos. Un ruso cree que su patria se encuentra dondequiera que impere los inviernos interminables, donde el suelo esté cubierto de nieve, pues la nieve es igual en todas partes, y es blanca tanto si tiene seis pulgadas de espesor como si tiene seis metros. Con un criterio tan primario, el ruso, con tal de que le dejen uncir su trineo y tener cobijo en su cabaña, se acomoda en cualquier lugar de exilio como si fuera en su propia casa; más fácilmente aún en los desiertos del norte donde se puede crear un hogar con poco dinero. No es extraño, pues, que el hombre que no ha visto más que llanuras heladas, salpicadas de árboles más o menos frondosos, tenga como propios a los países fríos y esteparios. Finalmente, esta adaptación del campesino ruso se ve facilitada por el carácter nómada de las gentes que pueblan aquellas latitudes, circunstancia que las predispone a abandonar sin grandes reparos sus tierras natales.

Visita accidentada

Una dama francesa emigrada, de alguna edad y trato exquisito, residía desde hacía tiempo en una ciudad de provincias. Un día fue a visitar a una amiga suya que habitaba en una de estas casas rusas que tienen en las escaleras escotillones disimulados y sumamente peligrosos. La señora francesa, no habiendo reparado en una de estas trampas, cayó de la altura de unos quince pies y fue a dar sobre unas gradas de madera.

Al conocer la caída, la dueña de la casa adoptó una conducta difícil de adivinar por incomprensible: sin preocuparse en lo más mínimo de lo que había ocurrido a la visitante, de si estaba viva o muerta, en lugar de pedir socorro o de enviar a por un médico, no atinó en otra cosa que encerrarse en su oratorio para impetrar de la Santa Virgen auxilio para la accidentada… muerta o viva según al buen Dios pluguiera disponer.

Afortunadamente la víctima del accidente ni murió, ni sufrió lesiones graves; por sus propios medios pudo llegar a la calle y hacerse acompañar a su casa dónde llegó antes que su devota amiga hubiera terminado sus preces. Para sacar a ésta de sus devociones fue preciso gritarle a través de la puerta y hacerle saber que la caída no había producido consecuencias graves, que la visitante estaba ya en su casa y que si se había acostado era solamente como medida de precaución.

Al conocer tales noticias la pía señora rusa, inflamada de ardiente caridad y convencida de la eficacia de sus plegarias, sin pérdida de tiempo corrió a casa de su amiga, porfiando para entrar a toda costa y deshaciéndose al llegar a la cabecera del lecho en tantas demostraciones de afecto que no hicieron más que aturdir a la paciente y privarla de una hora de descanso, cuando éste tanta falta le hacía.

Conociendo esta especial manera de ser de los rusos, ya no es posible asombrarse de verlos como pasan indiferentes ante un accidentado en la calle, como sucedió con unos caídos en el Neva que se ahogaron sin que nadie acudiera a prestarles auxilio ¡y sin que nadie se atreviera luego a propalar o comentar el accidente!

La iniquidad condecorada

Con posterioridad a la aparición de la primera edición de este libro, ha llegado a mi conocimiento el siguiente hecho que ilustra claramente acerca de la especial psicología de los campesinos rusos. El relato transcrito a continuación figura en la Gaceta de Petersburgo del 4-14 de marzo de 1837. Dice así:

> “ El magistrado en funciones de gobernador civil de Riazan, ha comunicado al señor ministro del Interior que María Nikoforof, campesina del pueblo de Oncholof, distrito de Raja, ha presentado a la autoridad unas cartas que acababa de recibir de su hijo Juan Nikoforof, soldado del batallón de Tambof, en las cuales le anunciaba sus propósitos de desertar debido a no poder soportar por más tiempo la vida militar. María Nikoforof ha denunciado a la autoridad local la llegada de su hijo y la presencia de éste en su casa. El señor ministro del Interior ha comunicado lo acaecido al señor ministro de la Guerra, y éste a su vez ha elevado a conocimiento de S. M. Imperial el gesto antes referido de la campesina Nikoforof, visto lo cual, el todopoderoso emperador se ha dignado acordar que la mujer Nikoforof, *por una acción tan meritoria*, fuera recompensada mediante la concesión de una medalla de plata que llevaría la siguiente leyenda: «Por su celo», para ser llevada sobre el pecho suspendida del cordón de Santa Ana.

El hecho referido constituye una demostración palpable de cómo se ganan en Rusia las condecoraciones.

La tierra rusa

El paisaje estepario

El país que hasta ahora he recorrido es una pobre región pantanosa. Esparcidos por la llanura estéril, no se descubren hasta donde la vista alcanza más que abedules raquíticos y pinos miserables. Allí no existen ni campos cultivados ni bosques tupidos y provechosos; la mirada se posa sólo sobre tierras ásperas o montes devastados. El ganado, que es la mayor fuente de riqueza, está flaco y no es de buena raza. El clima oprime aquí tanto a las bestias como el despotismo tiraniza al hombre. Se diría que la naturaleza y la sociedad rivalizan para hacer difícil la existencia. Cuando se piensa en las exigencias físicas sobre las que se ha tenido que crear un tal estado social, se explica que sea tan bajo el nivel de vida de un pueblo tan poco favorecido por la naturaleza.

En Rusia no hay distancias, dicen los rusos, y lo repiten los extranjeros. Como los demás yo había aceptado este *slogan*, pero la experiencia me ha demostrado que lo cierto es precisamente lo contrario: en Rusia todo es distancia. No hay otra cosa que espacio entre estas estepas que se pierden en lontananza, sólo matizadas en sus extensiones inmensas por dos o tres puntos que cortan el panorama. Estos intervalos son desiertos sin belleza ni pintoresquismo, partidos únicamente por la línea de la carretera, rodeados de hori-

zontes sin fin y dominados por la melancolía de la esterilidad. Este país pelado y pobre, no produce la impresión de un suelo ilustrado por las hazañas de sus habitantes, como Grecia o Judea devastadas por los siglos y convertidas en cementerio glorioso de naciones. Tampoco la grandiosidad de la naturaleza virgen distingue a estas llanuras, a veces cenagosas, que se dilatan sin cesar con el uniformismo del yermo. Algunos villorrios, más pobres a medida que se alejan de Petersburgo, entristecen el paisaje en lugar de animarlo. Las casas no son más que un montón de troncos de árboles bien ajustados, como soporte de techos de plancha a los que se añade algunas veces en invierno una doble cubierta de bálago, a fin de aislarse del frío. Un conjunto exterior lamentable.

Los interiores de estas covachas, infectos y sórdidos, carecen de ventilación. Sus moradores también carecen de lecho; en verano duermen sobre bancos a lo largo de las paredes de la choza y en invierno lo hacen en el suelo alrededor de la estufa. En una palabra: el campesino ruso vive casi a la intemperie. No en vano la palabra habitar no tiene aquí sentido y el *confort* más elemental es cosa totalmente desconocida.

Estas regiones sin paisajes están atravesadas por ríos amplísimos pero incoloros, surcando tierras grisáceas de capas silíceas y discurriendo bajo pequeños altozanos rodeados de ciénagas con arbolado. Estos ríos norteños son tristes como los cielos que reflejan. Dicen que el Volga baña en su curso varias poblaciones sumamente prósperas; pero las casas con sus techumbres de planchas enmohecidas no puede contribuir ciertamente a alegrar el panorama. Las tonalidades sombrías borran los contornos y armonizan con la glacial desolación que impera en estos lugares hundidos en las latitudes nórdicas.

La melancolía del paisaje ruso influye con el tiempo en la psicología del viajero; cuando menos le impele a reunir todas sus fuerzas para romper el cerco que le envuelve y escapar de este cementerio sin muros que se dilata hasta el infinito, en un intento supremo de reintegrarse a su civilización.

Conocer estas regiones septentrionales es interesante como fuente de conocimientos útiles por instructivos; pero viajar por ellas para solazarse es una mera entelequia sólo comprensible cuando el viajero se propone dilapidar el tiempo.

Impresión de Petersburgo

El mar Baldeo con sus tintas pálidas, con sus extensiones solitarias, anuncia la proximidad de un continente inhóspito por los rigores del clima. Las costas áridas, en consonancia con aquel mar frío y desolado y con la tristeza del sol, del cielo y del agua, producen en el ánimo del visitante una sensación glacial.

Apenas desembarcado en esta naturaleza áspera, se siente el deseo de dejarla. Con un lamento se evoca la frase de un favorito de Catalina cuando se quejaba de los efectos del clima de Petersburgo sobre su salud: «No es por culpa del buen Dios, señora, si los hombres se han obstinado en construir una ciudad como capital de un gran imperio sobre una tierra destinada solamente por la naturaleza para servir de guarida a osos y lobos.»

Un recorrido por las calles de Petersburgo en compañía de un guía experto es en verdad interesante y en nada se asemeja a un paseo por las grandes capitales de otros países

del mundo civilizado. La vida ciudadana es aquí un rígido mecanismo dentro de un Estado tan severo como el construido por la política rusa.

Al dejar el añejo y trágico Palacio Miguel, se atraviesa una vasta plaza que recuerda el Campo de Marte de París, tal es su extensión y su vacío. De un lado hay un jardín público, del otro algunas casas. El suelo es arenoso y polvoriento; la forma de la plaza irregular, su superficie inmensa sólo está limitada por el Neva que discurre cerca del monumento de bronce a Suwaroff.

El Neva, sus puentes y sus muelles son el verdadero encanto de Petersburgo. El panorama es de tal dimensión que a su lado todo lo demás resulta diminuto. Las turbias aguas del Neva circulan a nivel y dan la impresión de que han de desbordar de un momento a otro. En verdad, tanto Venecia como Amsterdam me han parecido defendidas contra los embates del mar mucho más sólidamente que Petersburgo.

Las ciudades sin relieve carecen de atracción; atravesada por un río tan ancho como un lago que surge a flor de tierra, en un llano pantanoso perdido entre las nieblas del cielo y del mar, Petersburgo ha sido fundado en el lugar más impropio para edificar la capital de un Estado. Ni el mismo granito de sus construcciones está indemne de sufrir los efectos de los elementos, pues ya por dos veces han tenido que ser reforzados los basamentos de roca de sus murallas por el desgaste producido por las heladas y las humedades. Es de temer que un día, tarde o temprano, las inclemencias naturales den cuenta del propósito de Pedro el Grande, empeñado en levantar esta ciudadela, obra maestra de su orgullo y prepotencia.

Los transeúntes que he hallado a mi paso me han parecido altaneros y mohínos, simulando con su compostura una

personalidad ficticia; me han dado la impresión de obrar por cuenta ajena como obedeciendo a un mandato, esto sin tener en cuenta que por ser de mañana era aquélla la hora acostumbrada para cumplir comisiones y encargos. He visto pocas mujeres y las que circulan, todas silenciosamente, me han parecido poco agraciadas.

El espectáculo de esta multitud ciudadana carece de atractivos; con movimientos de cuartel, da la sensación de efectuar la instrucción, aunque sin la vivacidad y el colorido de esta práctica militar. Tal automatismo colectivo es una de las notas dominantes de Rusia; su contraste con España, sobre todo con Andalucía, es tal que se siente con fuerza la nostalgia de unas tierras rebosantes de luz y de alegría.

Petersburgo es el andamiaje de un edificio destinado a caer cuando el monumento esté terminado. Esta obra maestra de la política y no de la arquitectura, es la nueva Bizancio que en el secreto y profundo designio de los rusos está destinada a ser la futura capital de Rusia y del mundo.

Impresión de Moscú

Antes de mi viaje a Rusia había leído seguramente la mayor parte de las descripciones de Moscú publicadas por los que conocían la ciudad. A pesar de ello no tenía idea del singular aspecto que ofrece esta urbe montuosa que parece una aglomeración salida del suelo como por arte de magia para llenar espacios enormes; sus colinas se ven realzadas por los edificios construidos sobre ellas y el conjunto emerge en medio del llano ondulante como la decoración de un teatro. La región de Moscú es casi la única región montañosa del centro de Rusia, no ciertamente a la manera de Suiza

o Italia, sino en razón de su terreno accidentado que contrasta con las superficies rasas semejantes a las sábanas de América o a las estepas asiáticas. Nos hallamos, pues, ante una ciudad que tiene perspectivas.

Las edificaciones no abundan en bellezas artísticas, pero la fantasía de sus constructores y la fuerza de las cosas han hecho maravillas al dar a las grandes dimensiones de sus bloques un aspecto extraordinario e impresionante. Examinados con sentido crítico, sus monumentos no despiertan motivos de admiración pues la pátina del tiempo no ha marcado con su majestad la obra ejecutada y más bien parece que ésta sea inacabada, como obra ciclópea de una raza de gigantes que se sitúa entre Dios y los hombres.

Moscú no tiene parangón en Europa. Ningún gran estilo ha dejado en él sus huellas ni la ciudad cimienta recuerdos perdurables; en cambio, aquella impresión de sorpresa ante lo desconocido que en realidad suscita, es una impresión efímera y de fatiga.

En las vías públicas se nota que las gentes transitan con una desenvoltura desconocida por los transeúntes de Petersburgo, subrayando esta circunstancia las diferencias que existen entre las dos urbes. Importa, empero, no exagerar el hecho, toda vez que en realidad no se trata más que de un mayor grado de espontaneidad como producto de un grado mayor de libre albedrío en la determinación de sus actos. Puede ser causa de este fenómeno la particularidad de la gran superficie urbana moscovita y de los desniveles de su suelo, es decir, espacio y desigualdad (doy a estas palabras su máxima acepción), como elementos liberales en contraposición con la uniformidad, sinónimo de tiranía. En •definitiva, libertad e igualdad se excluyen recíprocamente, a no ser que, por interpretaciones más o menos falsas y más o

menos hábiles, se pretenda desnaturalizar o contrarrestar los conceptos empleando el sentido estricto de los vocablos.

Moscú parece como extraño al país del que es capital. De ahí deriva su sello de originalidad manifestado en sus construcciones, en la mayor liberalidad de sus habitantes, en el despego que los zares han senado por una residencia que tiene fisonomía independiente. Los zares, estos antiguos tiranos hoy dulcificados por la fuerza de los tiempos y su metamorfosis europea, huyen de Moscú prefiriendo Petersburgo a pesar de todos sus inconvenientes, porque necesitan estar en relación más íntima con el occidente. Esta necesidad de contacto data de tiempos de Pedro el Grande y ha logrado tal predominio que hoy Rusia pende del extranjero para vivir y para instruirse. La corte en especial, y, por tanto, la nación entera, acoge con avidez los menores ecos de la sociedad parisién y de la literatura francesa, convirtiendo sus efemérides en comidilla principal de sus ocios. Moscú no podría recibir en siete días las publicaciones de París, minucia que es un gran inconveniente para convertirla en capital del imperio.

El Kremlin símbolo

El Kremlin es un paisaje de piedra. Su laberinto de palacios, de museos, de torres de homenaje, de iglesias, de calabozos, es impresionante como la arquitectura de Martin, y su conjunto es tan enorme y más irregular que los cuadros de este pintor inglés.

El Kremlin de Moscú no responde en manera alguna a la descripción que del mismo se acostumbra hacer. No es un palacio, ni un santuario nacional donde se conservan los te-

soros históricos del imperio, ni el corazón de Rusia, ni el mausoleo venerado donde reposan los santos tutelares de la patria. Es menos que todo ello junto y es más que todo ello junto: es simplemente la ciudad de los espectros.

Emplazado sobre su colina, de lejos, el Kremlin me ha parecido como un sitio principesco rodeado de suburbios urbanos. Su imponente castillo con su pétrea mole domina desde la altura de sus cúpulas, de sus muros y de sus torres el común vivir de los mortales, ahondando la impresión a medida que uno se acerca a aquella masa prepotente. El Kremlin nos prueba la historia del mundo, como ciertas osamentas de animales gigantescos nos prueban la existencia de aquellas épocas de cuya realidad dudamos aún a pesar de haber hallado sus restos. En esta creación prodigiosa, la fuerza substituye a la elegancia; sueño de un tirano, el Kremlin es poderoso, es terrorífico, como el designio de un hombre que absorbe el designio de un pueblo; su desproporción es manifiesta, tanto entre sus medios de defensa y los métodos bélicos actuales, como entre la arquitectura adoptada y las orientaciones de la civilización moderna.

Especie de Acrópolis del Norte, de Pantheón bárbaro, esta arca nacional podría ser llamada el Alcázar de los eslavos.

Tal es la residencia predilecta de los antiguos príncipes moscovitas, aunque sus murallas, con ser tan poderosas, no bastaron a calmar los terrores de Iván IV; y, en verdad, el miedo de un hombre omnipotente es una de las cosas más temibles del mundo. Por mi parte, no olvidaré jamás el escalofrío de espanto que sentí la vez primera que vi esta cuna del moderno imperio ruso: sólo para conocer el Kremlin ya vale la pena de hacer un viaje a Moscú.

El edificio tiene torres de las formas más diversas: redondas, cuadradas, en flecha, para atalayas, de homenaje, de to-

dos tamaños y diferentes colores, estilos y usos; palacios, cúpulas, vigías, muros con almenas, con arcadas; tragaluces, matacanes, caminos de ronda, fortines de todas clases. Hay fantasías extrañas, incongruentes innovaciones; al lado de una catedral un quiosco, elementos dispares y desordenados de un conjunto que traiciona la implacable vigilancia que pesa sobre unos hombres singulares necesitados de ella para vivir en un mundo irreal. Pero tantos monumentos de orgullo, de capricho, de voluptuosidad, de gloria, de piedad, por encima de su disparidad aparente, no expresan más que un solo y mismo pensamiento dominante: la fuerza sostenida por el miedo. El Kremlin es sin disputa la obra de un ser sobrehumano, pero maléfico. La gloria en la esclavitud, tal es la alegórica prefiguración de este monumento satánico, tan extraordinario en arquitectura como las visiones de San Juan son extraordinarias por su fantasía. El Kremlin podría ser la morada propia de los personajes del Apocalipsis.

Residir en el Kremlin no es vivir, es durar. La opresión crea la rebeldía, la rebeldía induce a estar precavido, las precauciones acrecientan el peligro y de esta larga serie de acciones y reacciones nace un monstruo: ¡el despotismo que ha construido en Moscú un hogar como el Kremlin! Los gigantes del mundo antediluviano, si volvieran a la tierra para conocer a sus menguados sucesores, podrían hospedarse allí.

En la arquitectura del Kremlin todo tiene, consciente o inconscientemente, un sentido simbólico, pero lo que resulta más real cuando se ha vencido la primera impresión de miedo al penetrar en el seno de estas salvajes magnificencias, es un caos de ergástulas pomposamente llamadas palacios y catedrales. Sea cual sea su obra, siempre resulta que los rusos viven como entre rejas.

De las maravillas de esta imponente construcción cabe decir aquello que de los Alpes dicen los viajeros: que son bellezas horribles.

Métodos policíacos

Mi entrada en Rusia

Fui invitado a bajar al gran salón del barco para comparecer ante un aerópago de agente reunidos para interrogar a los pasajeros. Los miembros de este tribunal, más temible que respetable, estaban sentados detrás de una gran mesa y algunos hojeaban los registros con minuciosidad malévola; parecían absorbidos en alguna tarea misteriosa, ya que en todo caso la función que ejercían no justificaba tanta gravedad.

Los unos, pluma en mano, escuchaban las respuestas de los pasajeros, o, mejor aún, de los culpables, pues en este concepto son tratados cuantos llegan a la frontera rusa. Los otros, transmitían a gritos a los amanuenses frases a las que no dábamos la menor importancia; estas frases traducidas de una lengua a otra, del francés al alemán para llegar al ruso, eran registradas definitivamente, y quizá arbitrariamente, en el libro. Los nombres del titular del pasaporte eran copiados, las fechas y los visados eran escrupulosamente examinados, todo ello usando una corrección postiza que pretendía escamotear la verdadera intención perseguida que era de sonsacar todo lo posible y hasta sacar partido del giro de las frases.

El resultado del largo interrogatorio a que me sometieron se redujo, como a los demás, a retirarme el pasaporte contra

recibo y resguardo firmado por mí, con la promesa de que el documento me sería devuelto a mi llegada a Petersburgo.

Estas molestas y extremosas medidas policíacas, me dieron tiempo suficiente para observar que sin distinción de rango los más altos potentados del país se veían sometidos a los mismos trámites, sin que ninguno de ellos se produjera con buen talante al tener que soportarlos. Me pareció esto excesivo pues los interesados no podían olvidar que en definitiva todo aquello se hacía a fin de mejor defender el orden público que les favorecía. «Rusia es el país de las formalidades inútiles», —murmuraban entre sí en francés, preocupados sin duda de no ser atendidos. Grabé en mi memoria esta observación, cuya exactitud se ha visto abundantemente confirmada por mi experiencia.

Interrogatorio minucioso

El paquebote de Kronstadt ancló en el interior de Petersburgo junto a un muelle de granito; el muelle inglés, frente al despacho de aduanas, se halla a poca distancia de la famosa plaza donde se levanta la estatua de Pedro el Grande cimentada sobre roca. Inmovilizado el barco se produjo una larga pausa como consecuencia de nuevas pesquisas policíacas y aduaneras, que vale la pena de registrar y que me fueron impuestas bajo el nombre genérico de simples formalidades; considero uno de mis deberes informativos dar idea, la más cumplida posible, de las dificultades que esperan al extranjero en la frontera marítima de Rusia, más numerosas —según dicen— que las experimentadas al cruzar sus fronteras terrestres.

He tenido que comparecer delante de un nuevo tribunal reunido, como el de Kronstadt, en una gran dependencia de nuestro barco. Las mismas preguntas me han sido formuladas con los mismos finos modales, y mis respuestas han sido traducidas siguiendo los mismos requisitos.

—¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Conocer el país.

—No es éste un motivo suficiente. (¿No se asombra usted de la inanidad de la objeción?)

—No tengo otro.

—¿Con quién va a tratar en San Petersburgo?

—Con cuantas personas quieran trabar relaciones conmigo.

—¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer en Rusia?

—No lo sé aún.

—¿Ni aproximadamente?

—Algunos meses.

—¿Lleva usted alguna misión diplomática oficial?

—No.

—¿Secreta?

—No.

—¿Algún objetivo científico?

—No.

—¿Es usted un enviado de su gobierno para observar el estado social y político de este país?

—No.

—¿Acaso de una firma comercial?

—No.

—¿Así, usted viaja particularmente y por pura curiosidad?

—Sí.

—¿Por qué ha preferido usted a Rusia?

—No lo sé.

—¿Tiene usted cartas de recomendación para alguien residente en el país?

Me habían prevenido de los inconvenientes de responder con demasiada precisión a esta pregunta. Así, no aduje otra referencia que la de mi banquero.

Al salir de esta sesión, propia de una indagatoria criminal, vi pasar a algunos de mis compañeros de viaje que, por ser extranjeros, se han visto repetidamente inquietados por supuestas irregularidades en sus pasaportes. Los sabuesos de la policía rusa tienen el olfato sutil y, según los casos, se comportan de manera en extremo desigual en el trato que dan a los pasajeros. Así, al descender del barco, he visto como un comerciante italiano que me precedía era registrado en forma tan minuciosa que venía a ser una investigación a fondo; le han registrado hasta una pequeña cartera y escudriñado en los mismos pliegues de su ropa interior. Entre tanto, yo pensaba que si procedían conmigo con igual severidad, corría riesgo de ser tachado de sospechoso. Aludo a la circunstancia de llevar en los bolsillos infinidad de cartas de recomendación que me han sido libradas en París, parte de ellas por el mismo embajador de Rusia y otras personas bien conocidas; como quiera que dichas cartas estaban lacradas, no había querido dejarlas en mi cartera, así que tuve la precaución de esconderlas sobre mi pecho debajo de la chaqueta. He tenido la suerte de que no me hayan hecho registro alguno personal, pero en cambio, me han obligado a desembalar todo mi equipaje librándose a un examen minucioso de todos mis efectos, en especial de mis libros. Esto último les ha entretenido mucho tiempo, para al fin decidirse

a confiscármelos en masa, en términos siempre de la más exquisita cortesía, pero sin hacer caso de mis protestas. Se han incautado también de dos pares de pistolas de viaje y de un antiguo reloj portátil, sin que pueda llegar a comprender el motivo de esta última requisa. Me han asegurado que todo cuanto me ha sido incautado me será devuelto más tarde después de pasar por muchas molestias y gestiones. Con las experiencias referidas puedo repetir con conocimiento de causa la frase oída a los nobles rusos: Rusia es el país de las formalidades inútiles.

Misterio y sevicias

Según las últimas noticias que esta mañana he podido recoger, los accidentes de la fiesta de Peterhoff sobrepasan en mucho a las suposiciones más aventuradas. No importa, lo cierto es que jamás se sabrá exactamente las circunstancias de lo ocurrido. Es que aquí un accidente cualquiera adquiere dimensiones de secreto de Estado, por lo que al correr un velo sobre los sucesos desgraciados se da alcance providencial a la supremacía del emperador.

Es realmente extraordinaria la manera de ser de un pueblo tan despreocupado que se conforma con vivir y morir en la supina ignorancia en que le abisma la policía de su dueño. Hasta ahora creía yo que el hombre no podía prescindir de la verdad como alimento de su espíritu, al igual que le es indispensable para el cuerpo el aire que respira y el sol que le alumbra. Mi viaje a Rusia me ha enseñado lo contrario. La verdad debe ser una necesidad solamente sentida por las gentes selectas o por las naciones progresivas; las gentes y las naciones primarias se acomodan fácilmente

a las mentiras cuando son favorables a sus pasiones y se avienen a sus hábitos. En conclusión: aquí mentir es proteger la sociedad, decir la verdad es perturbar el orden establecido.

Más de una vez el silencio de la policía no obedece al bien parecer, es también hijo del miedo. El esclavo teme el mal humor del amo y procura por todos los medios conservar su buen carácter. Los rusos saben demasiado que los grilletes, el calabozo, el *knut*, la Siberia, están al alcance del zar enfurecido, o, en el mejor de los casos, lo está el Cáucaso, que es una Siberia mitigada, utilizado por el déspota cuando se imagina que el castigo se ha de dulcificar bajo los influjos del progreso.

* * *

He aquí una escena de tumulto de la que la casualidad me ha hecho hoy testigo:

Pasaba a lo largo de un canal lleno de barcazas cargadas de madera; dos hombres transportaban troncos al muelle para cargarlos y apilarlos en aquellas carretas que en su marcha se tambaleaban con su cargamento como un navío en alta mar. Uno de los faquines, ocupado en sacar los leños de la barca para acarrearlos al vehículo, se enzarzó de palabras con su compañero y, pasando a las malas, se acometieron a puñetazo limpio. El agresor, sintiendo las de perder, trepó por el palo mayor de la embarcación con la agilidad de una ardilla y permaneció agarrado al mástil mientras desafiaba con descaro a sus adversarios, trepadores más torpes que él. La burla que hacía de ellos excitó el furor de los burlador, produciéndose con groseros denuestos, vociferaciones agudas y brutales amenazas.

Atraídos por el vocerío llegaron al lugar de la disputa dos guardias municipales de servicio en las cercanías, los cuales ordenaron al principal culpable, el subido al mástil, que descendiera. El aludido se negó a ello y entonces uno de los guardias saltó a bordo en tanto que el rebelde se agarraba al palo más fuertemente. Nuevas intimidaciones se estrellaban una vez más ante la negativa del encaramado. Furioso el agente trepó a su vez por el mástil y, agarrando por un pie al reacio, tiraba con todas sus fuerzas sin cuidado alguno, sin preocuparse lo más mínimo de la caída que se veía inminente. No pudiendo el desdichado resistir por más tiempo, se abandonó a su suerte, pero al caer, dio media vuelta y cabeza abajo se precipitó de una altura de varios metros para dar de bruces sobre una pila de maderos, conmocionándose y quedando inerte como un tronco.

De momento creí que el hombre se había desnucado, tanta era la sangre que le cubría el rostro; sin embargo, reponiéndose del primer desvanecimiento el infeliz se levantó, pálido como un cadáver allí donde no estaba ensangrentado, profiriendo gemidos lastimeros y gritos desaforados. A pesar de su lamentable estado, poco a poco fui agotando mis reservas de conmiseración, pues me di cuenta que aquel ser era un primario al que sólo por elemental humanidad podemos tener como prójimo y tratarlo como a tal.

A la postre, el insumiso se rindió no sin haber opuesto una desesperada y larga resistencia. Conducido a una embarcación ocupada por otros agentes de policía, fue maniatado y arrojado de cabeza al fondo de aquélla, siguiendo a esta brutalidad una verdadera lluvia de golpes. No terminó aquí el incidente, dándome cuenta de ello al acercarme más a la orilla; uno de los guardias se echó sobre el indefenso aporrinándole los costados furiosamente y pateándole como si prensara racimos en tiempo de vendimia. Los alaridos del

infeliz subieron de punto ara irse amortiguando a medida que iba perdiendo fuerzas. En aquel punto, no pudiendo soportar más el espectáculo, abandoné el lugar lamentando mi impotencia para evitar el castigo y harto ya de todo cuanto en demasía había presenciado… Esto es lo que vi con mis propios ojos, en plena calle, durante la hora del acostumbrado paseo ciudadano.

En pleno día, en plena calle, pegar la policía hasta sangrar a un hombre antes de juzgarlo, es cosa que parece normal al transeúnte y a los esbirros de Petersburgo. Burgueses, señores, militares y paisanos, pobres y ricos, grandes y pequeños, elegantes y palurdos, rústicos y petimetres, todos, unánimes para consentir sin reparo ni protesta abusos de esta índole ni entrar en consideraciones críticas para analizar la legalidad de actos semejantes. En cualquier lugar civilizado el ciudadano está protegido por todos contra el agente que abusa de su autoridad; aquí el agente está protegido contra toda justa reclamación del hombre maltratado. Es que el siervo no tiene nunca derecho ni fuerza para reclamar…

La conspiración del silencio

Durante casi todo el día estuvimos en la incertidumbre de si las iluminaciones tendrían lugar[4]. A eso de las tres, mientras comíamos en el palacio inglés, la tormenta se desencadenó sobre Peterhoff; la fuerza del viento sacudía los árboles y revolvía sus copas furiosamente. Mientras contemplábamos el espectáculo estábamos muy lejos de pensar que familiares o amigos de los allí tranquilamente reunidos podían perecer en las aguas agitadas por aquel vendaval cu-

yos excesos mirábamos con indiferencia, con curiosidad o por diversión. Entre tanto, juguete de los elementos desencadenados, eran muchas las embarcaciones que, salidas de Petersburgo a Peterhoff, naufragaban en medio del golfo. Unos dicen que ha habido doscientas personas ahogadas, otros afirman que su número ha sido de mil quinientas, otros las cifran en dos mil. La verdad no se sabrá nunca y los periódicos no dirán una palabra de la catástrofe; lo contrario sería tenido como motivo de aflicción para la emperatriz y como una implícita acusación contra el emperador.

El secreto del desastre de la jornada fue bien guardado durante toda la noche; nada respiró en el transcurso de la fiesta, ni esta mañana en la Corte había indicio de preocupación y de pesar. La etiqueta exige ante todo que nadie aluda a lo que es motivo de general consternación; hasta fuera de la Corte se valen en los cuchicheos de sobreentendidos expuestos a media *voz y como* al pasar. La gente de este país conoce la congoja como un sentimiento habitual, pues están acostumbrados a ella desde la infancia, así como lo están a dar poco valor a una existencia que saben cuesta poco por estar siempre pendiente de un hilo.

Cada año, en mayor o menor proporción, ocurren accidentes parecidos que ensombrecen las fiestas de Peterhoff, sin que provoquen los clamores y lamentos a que darían lugar si se estimara adecuadamente el precio espantoso que se paga por esta clase de espectáculos. Ciertamente es triste constatar que aquí sólo yo experimento desazón ante lo que viene sucediendo.

* * *

Los dos episodios que voy a relatar son de una autenticidad garantizada.

Una familia compuesta de nueve personas, todas las cuales vivían bajo el mismo techo, se embarcaron imprudentemente en una lancha sin puente y demasiado endeble para resistir el oleaje; sobrevino la tormenta y todos desaparecieron. Por carecer de parientes en Petersburgo, los vecinos se encargaron de dar parte del suceso, pero después de tres días consecutivos de pesquisas en la costa no ha sido hallado el menor indicio de los desaparecidos. Al fin el esquife fue encontrado, volcado y encallado sobre un banco de arena de la playa, a tres leguas de Peterhoff y a seis de Petersburgo; de los pasajeros y tripulantes ni el menor rastro. Nueve muertes de más, sin contar los marineros, de la nave naufragada, que han de añadirse a las muchas que ocurren por la desaparición de pequeñas embarcaciones sumergidas. Esta mañana han venido a sellar la puerta de la casa vacía; por ser vecina de la que vivo, he tenido conocimiento del suceso, pues, sin tal coincidencia ignoraría el caso como lo ignora la opinión general. El inveterado escamoteo de la verdad que con estos métodos se hace, resulta incomprensible para cuantos creemos que la franqueza es sin duda el mejor cálculo; no lo entiende así este pueblo, que se halla sumido en un crepúsculo político tan denso como el crepúsculo polar.

El otro episodio de la catástrofe de Peterhoff es el siguiente:

Tres jóvenes ingleses, el mayor de los cuales es conocido mío, desde hacía unos días se hospedaban en Petersburgo; en la misma fecha su padre se hallaba en Inglaterra y su madre se encontraba en Carlsbad, donde les esperaba. El día de la fiesta de Peterhoff, los dos más jóvenes se empeñaron en embarcarse contra el parecer del primogénito, que además se negó a acompañarles alegando que para él la excursión carecía de interés. Fue a despedir a sus hermanos en el

embarcadero y los despidió con el habitual y confiado ¡hasta luego! Tres horas después, los dos hermanos embarcados perecían en compañía de varias mujeres, algunos niños y dos o tres hombres que se hallaban en la misma embarcación; sólo consiguió salvarse un marinero, excelente nadador. El hermano sobreviviente, sumido en un desconsuelo difícil de describir, se dispone a partir para reunirse con su madre y hacerle saber la dolorosa nueva. Como irrisión ella les había escrito estimulándoles a divertirse y recomendándoles no dejaran de acudir a la fiesta de Peterhoff, añadiendo que si a causa de ello debían retrasar el regreso, esperaría pacientemente en Carlsbad. Quizá sin esta condescendencia, tan genuinamente maternal, los dos jóvenes habrían salvado la vida.

No cuesta mucho predecir la cantidad de comentarios, cábalas y exclamaciones a que daría lugar en cualquier otro país esta serie de acontecimientos, y especialmente en el nuestro. La prensa emplearía sus titulares de mayor tamaño para acusar a la policía de negligencia en el cumplimiento de su deber, denunciaría que los barcos se hallaban en malas condiciones, que los marineros son excesivamente codiciosos, y que la autoridad, en lugar de remediar el mal, lo agrava unas veces por ignorancia, otras por prevaricación; añadirían que la boda de la Gran Duquesa se ha celebrado bajo tristes auspicios, como sucedió con otras bodas anteriores, y en apoyo del aserto aducirían fechas, alusiones y abundantes citas. ¡Aquí nada! Un silencio más impresionante que la misma desgracia acaecida... Dos líneas de una gacetilla anodina y ni una palabra en la Corte, en la ciudad, en los salones del gran mundo; si algo se murmura en ellos, fuera de los mismos el silencio es total. Una tal conspiración de silencio se ve ayudada por circunstancias tales como que en Petersburgo no existen cafés donde se pueda hablar con fa-

cilidad, ni se publican periódicos; como quiera que los pequeños empleados son más timoratos que los grandes señores, lo que se calla entre los de arriba no se comenta entre los subalternos. Más libres para hablar sin cortapisas, los tenderos y comerciantes se recatan no obstante con la cautela que les aconseja la defensa de sus negocios, en especial cuando son prósperos. Si alguna vez se deciden a dar pábulo a su lengua, lo hacen adoptando toda clase de precauciones, es decir, hablando en voz tan baja que parece un balbuceo, y teniendo buen cuidado de que no haya ningún testigo presencial.

Autocrítica

Una opinión liberal

Poco antes de salir de Travemünde, me instalé sobre cubierta como medida de prevención contra el mareo, cuyos efectos empezaba a percibir. Momentos antes de levar anclas, vi llegar hacia mí a un hombre de edad, muy gordo, que se arrastraba penosamente sobre unas piernas enormemente hinchadas. El personaje erguía entre sus anchos hombros una cabeza de rasgos aristocráticos; su fisonomía era franca y su mirada perspicaz; en conjunto recordaba un retrato de Luis XVI. Luego supe que era ruso, descendiente de los conquistadores Varegas y, por consiguiente, de la más rancia estirpe. Su título era el de príncipe K...

Una vez me hube sentado oí que me llamaba por mi apellido, a pesar de no haber sido presentados. Interpelado tan inesperadamente, me levanté sorprendido sin decir palabra, pero el príncipe continuó hablando en aquel tono propio de un gran señor, en quien los acentos de la cortesía, por su llaneza, excluyen la más leve afectación.

—Puesto que usted conoce casi toda Europa —dijo— supongo que coincidirá con mi manera de pensar.

—¿En qué, príncipe?

—Sobre Inglaterra. Decía yo al príncipe X aquí presente (y señaló con el dedo, sin presentación alguna, a la persona

con la cual hablaba), que no existe verdadera nobleza entre los ingleses. Ellos ostentan títulos y cargos, pero carecen de aquello que es esencial a la nobleza auténtica, aquel algo que no se da ni se compra. El soberano puede hacer príncipes; la educación, las circunstancias, el genio, la virtud, pueden hacer héroes; nada de todo esto es capaz de crear un hidalgo.

—Príncipe —repliqué— la nobleza, como antes se entendía en Francia, y como hoy usted y yo parece coincidimos en entenderla, es ya una ficción y quizá lo haya sido siempre. Eso me recuerda la frase de M. de Lauraguais cuando, terminada una reunión de mariscales de Francia, decía: «Éramos doce duques y pares, pero no había otro hidalgo que yo.»

—Estaba en lo cierto —contestó el príncipe—. En el continente, sólo el hidalgo es tenido como noble, porque en los países donde la nobleza es aún algo, ella reside en la sangre y no en la fortuna, en el favor, en el talento, en los empleos; es el producto de la historia, y, así como en física la época de formación de ciertos metales parece haber terminado, en política el período de formación de familias nobles ha terminado también.

He aquí lo que los ingleses aún no aciertan a comprender.

• •

El príncipe K... no dejaba nunca languidecer la conversación y se complacía en tratar a fondo los temas que le interesaban. Después de un corto silencio, prosiguió:

—Para probarle que los ingleses y nosotros no tenernos en manera alguna el mismo criterio para definir la nobleza, le voy a contar una pequeña anécdota que quizá encontrará divertida. En 1814 acompañaba yo al emperador Alejandro en su viaje a Londres. En aquella época Su Majestad me

honraba con una gran confianza expresada en continuas muestras de favor que me valieron bienquistarme del Príncipe de Gales[5]. Este príncipe me retuvo un día aparte y me dijo: «Me gustaría hacer algo que fuera del agrado del emperador; al parecer tiene en gran estima al médico que le asiste: ¿podría acaso conceder a este hombre una recompensa que pudiera complacer a su soberano?» «Sí, monseñor —le contesté—.» «¿Qué podría ser?» «Un título de noble.» Al día siguiente el doctor X fue nombrado caballero. El emperador se hizo explicar, primero por mí, después por otros, en qué consistía esa distinción que valía a su médico el título de sir y a su esposa el de lady; pero, a pesar de su perspicacia, que era mucha, murió sin haber llegado a comprender las explicaciones que le di ni el alcance de la nueva dignidad conferida a su facultativo. Diez años más tarde aún me habló de ello en Petersburgo.

••• ••• ••• ••• ••• ••• •••

Sería vano que acuciara mi memoria para reproducir un diálogo cuyos términos habían llegado a ser demasiado imprecisos para que la brillantez de la expresión pudiera valorar el fondo del pensamiento. Más tarde, el príncipe aprovechó un momento de soledad para acabar la exposición de sus opiniones sobre el carácter de los hombres y de las instituciones de su patria. He aquí lo que he retenido, poco más o menos, de su discurso:

“ Apenas si la Rusia de hoy se encuentra a cuatrocientos años de la invasión de los bárbaros, al paso que el Occidente ha pasado por la misma crisis desde hace catorce siglos; una civilización mil años más antigua separa inconmensurablemente las costumbres de las naciones.

Algunos siglos antes de la irrupción de los mongoles, los escandinavos suministraron caudillos a los eslavos, entonces en plena barbarie; aquéllos reinaron en Novgorod y Kiev, bajo el nombre de Varegas. Estos guerreros extranjeros eran capitanes de simples mesnadas, para luego ser los primeros príncipes rusos, y sus clientes el tronco de la más antigua nobleza del país. Los príncipes Varegas, tenidos como semidioses, disciplinaron a esta nación, entonces nómada. Al mismo tiempo, los emperadores y los patriarcas de Constantinopla les enseñaron el gusto por las artes y costumbres. Tal fue, si me consiente la expresión, la primera capa de la civilización que los tártaros hollaron bárbaramente al llegar a Rusia como conquistadores.

Grandes figuras de santos y de santas, que son los legisladores de los pueblos cristianos, brillan en los tiempos fabulosos de Rusia. Príncipes poderosos por sus feroces virtudes ennoblecen la primera época de los anales eslavos. Su recuerdo atraviesa aquellas profundas tinieblas como la luz de las estrellas lo hace con las nubes en una noche tormentosa. Pues bien: el sólo eco de sus extraños nombres despierta la imaginación e incita la curiosidad: Rurick, Oleg, la reina Olga, San Vladimiro, Sviatopolk, Monómaco, son personajes cuyo carácter es tan distinto del de los grandes hombres de Occidente como son diferentes los nombres de unos y otros. Los nuestros carecen de espíritu caballeresco y son primitivos como reyes bíblicos. La nación que han glorificado ha continuado siendo vecina de Asia, e ignorando nuestras ideas románticas, ha conservado sus costumbres ancestrales.

Los rusos desconocen aquella brillante escuela que prevaleció en la Europa caballeresca, y de la que ésta se aprovechó con tanta eficacia: la escuela que supo hacer del concepto del *honor* sinónimo de fidelidad a la palabra empeñada, y elevar a cosa sagrada la *palabra de honor*, según continúa rigiendo en la misma Francia, donde tantas cosas han sido olvidadas. La noble influencia de los caballeros cruzados bajo la égida del catolicismo, no pasó de Polonia; así, los rusos, cuyo genio guerrero sólo se enardece ante el botín, no se sienten belicosos más que

por obediencia y avidez, a diferencia de los caballeros polacos que saben guerrear sin otro móvil que el de la gloria. No es extraño, pues, que a pesar de tener estas dos naciones grandes afinidades como salidas de un mismo tronco, la historia, que es el resultado de la educación de los pueblos, las ha separado tan profundamente que la política rusa necesitará mayor número de siglos para refundirlas de las que ha necesitado la religión y la sociedad para separarlas.

Mientras Europa se rehacía de los seculares esfuerzos prodigados para arrancar el sepulcro de Jesucristo del poder de los infieles, los rusos pagaban tributo a los mahometanos bajo Usbeck, sin perjuicio de continuar recibiendo del imperio griego, según la tradición, sus artes, sus costumbres, su ciencia, su religión, su política con sus tradiciones de astucia y fraude, y su aversión por los cruzados latinos. Si usted reflexiona sobre todas estas constantes religiosas, civiles y políticas, no se sorprenderá ya de la poca confianza que merece la palabra de honor de un ruso (es el príncipe quien lo afirma), ni de la coincidencia del espíritu ruso con la falsa cultura bizantina, rectora de toda la vida social bajo el imperio de los zares, herederos boyantes de los lugartenientes de Batí.

El despotismo integral, tal como reina entre nosotros, se inició en el momento en que la servidumbre se extinguía en Europa. Después de la invasión de los mongoles, los eslavos, hasta entonces uno de los pueblos más libres del mundo, cayeron esclavos de los vencedores primero, y, luego, de sus propios príncipes. El servilismo se introdujo entonces entre ellos no solamente como un hecho, sino como ley constitutiva de la sociedad. Tal situación ha ido degradando la moral humana en Rusia al punto de que ya no está considerada más que como un artilugio; nuestro gobierno vive de la mentira, pues la verdad asusta a la vez al tirano y al esclavo. Por tanto, no es de extrañar que en Rusia lo poco que se habla, y aún se habla siempre demasiado, sea la expresión de una hipocresía religiosa o política.

La autocracia, que no es otra cosa que una democracia idólatra, ocasiona una situación de equilibrio parecida a la de la democracia absoluta en el seno de las repúblicas auténticas.

Nuestros autócratas hicieron un tiempo el aprendizaje de la tiranía. Los grandes príncipes rusos[6], obligados a estrujar a sus pueblos en beneficio de los tártaros, someti-

dos ellos mismos en esclavitud hasta haber de sufrir deportación a regiones del fondo del Asia, juguetes de los más extravagantes caprichos, no podían reinar si no eran instrumentos dóciles de la opresión, siempre amenazados de destitución si no obedecían a ciegas. Así fue cómo habituaron a sus pueblos a la abyección del yugo que personalmente sufrían[7], y cómo, al correr el tiempo, los príncipes y la nación se han ido pervirtiendo bajo los efectos de un mismo proceso. Pero note usted esta diferencia: mientras esto sucedía en Rusia, los reyes de Occidente y sus señores feudales competían en generosidad para emancipar a sus pueblos.

Los polacos se encuentran hoy frente a los rusos en idéntica posición a la que se encontraban éstos frente a los mongoles bajo los sucesores de Batí. El yugo soportado no siempre conduce a hacer menos gravoso aquél que se impone. Los príncipes y los pueblos se vengan a veces de una manera parecida a la venganza del hombre que, sintiéndose fuerte, sabe que es capaz de convertir al más débil en su víctima.

—Príncipe —dije, después de haber escuchado atentamente esta larga tirada de elucubraciones—; yo no participo de sus puntos de vista. Es por elegancia de espíritu que Su Alteza se eleva por encima de los prejuicios nacionales como para presentar su país a un extranjero, pero yo no me siento más inclinado a aceptar sus conclusiones que a acoger las exageraciones de los demás.

—Antes de tres meses reconocerá la razón que me asiste y que la buena fe me inspira; entre tanto, y mientras aún estamos solos —decía esto echando una mirada alrededor—, me interesa referirme a un punto capital; será para usted la clave que le servirá para comprender el país que se propone recorrer.

»No olvide nunca, mientras esté en Rusia, que ha faltado a los rusos la influencia del espíritu caballeresco y de la religión católica, pues, no solamente no han recibido la de ambos factores sino que han reaccionado contra los dos con la animosidad demostrada en sus frecuentes guerras contra Lituania, Polonia, la Orden teutónica y los caballeros “Portaespadas”.

—Lo que dice, Alteza, satisface mi vanidad de observador; no hace mucho escribía a un amigo mío que, por lo que vislumbraba, la intolerancia religiosa era el resorte secreto de la política rusa.

—Por más que haya presentido lo que va a observar, difícilmente se formará idea exacta de la profunda intolerancia de los rusos. Los que tienen una cultura y los que están en contacto comercial con el occidente de Europa, ponen un cuidado especial en disimular sus ideas dominantes acerca del triunfo de la *ortodoxia* griega, para ellos sinónimo de la política rusa. Sin esta idea es difícil explicar ni nuestras costumbres, ni nuestra política. Por ejemplo, no crea usted que las persecuciones en Polonia sean efecto de la malquerencia imperial; por el contrario, son resultado de un cálculo frío y profundo. La crueldad que allí impera constituye un hecho meritorio a los ojos de los verdaderos adeptos, es el Espíritu Santo que ilumina al soberano cuando éste se sobrepone a toda consideración influida por el menor sentimentalismo humano y hacerle acreedor de la bendición divina como ejecutor de altos designios. Según esta manera de juzgar, jueces y verdugos gozan de mayor santidad cuando extreman su brutalidad. De otra parte, vuestras exégesis legitimistas se equivocan cuando pretenden contemporizar con los cismáticos; es más probable una revolución europea que ver al emperador de Rusia servir de buena fe a la religión católica; más aún, son más fácilmente conciliables los protestantes y el papado entre sí que uno de ellos con el jefe de la autocracia rusa, pues los protestantes, por haber visto todas sus creencias degenerar en sistemas, y su fe religiosa trocada en duda filosófica, no les separa de Roma más que el sacrificio de su orgullo sectario. El emperador, en cambio, está en posesión de un poder espiritual tan real y positivo que no le consentiría jamás una renuncia voluntaria. Roma y todo cuanto está vinculado con la Iglesia romana no tienen enemigo más contumaz que el autócrata de Moscú, jefe visible de su iglesia; siendo así es sorprendente que la perspicacia italiana no se haya dado cuenta del peligro que nos amenaza por este lado[8]. Como conclusión, lo que acabo de exponer y que responde a la misma evidencia, le permitirá apreciar cuántas ilusiones se forjan la mayoría de los legitimistas de París.

La conversación que acabo de transcribir da una idea de los términos de las otras que hemos sostenido; cada vez que el tema rozaba el amor propio moscovita el príncipe K... se interrumpía inopinadamente, a menos que no se asegurara de que nadie podía escuchar sus palabras.

Las confidencias que me ha hecho me han sumido en largas meditaciones; reflexionando sobre los temas tratados he ido percibiendo una serie de hechos que tenían la virtud de ir aumentando mis inquietudes.

Aristocracia y autocracia

En esto, apoyándose en mi brazo, me pidió que le ayudara para bajar a su camarote; ya en él me hizo sentar y me dijo con voz apenas perceptible:

> Estamos solos, y puesto que usted es tan amante de la verdad, le voy a contar un hecho de índole más sutil que el recién narrado; se lo cuento a usted en exclusiva, porque a los rusos no es posible decirles siempre la verdad.
>
> Usted sabe —empezó el príncipe K...—, que Pedro el Grande, después de muchas vacilaciones, destruyó el patriarcado de Moscú para unir sobre su cabeza la tiara a la corona. Así, la autocracia política usurpó descaradamente aquella potestad espiritual a la que desde hacía tiempo iba minando para absorberla; unión monstruosa, aberración única entre las naciones de la Europa moderna. La quimera del papado en la Edad Media se ha realizado hoy en un imperio de sesenta millones de hombres, parte de ellos salidos de una Asia donde nadie se asombra de nada y a los que no les disgusta el ver prefigurado en el zar un gran Lama.
>
> El emperador Pedro quiso casarse con una lavandera. Para poder realizar su capricho fue preciso encontrar una familia a la futura emperatriz. En Lituania, creo, o en Polonia, donde se buscó, se halló un obscuro hidalgo que fue declarado sin demora gran señor de nacimiento y que luego se le confirió el título de hermano de la futura soberana.
>
> El despotismo ruso no sólo desprecia las ideas y tiene en nada los sentimientos: rehace los hechos, lucha contra la evidencia, y se sale con la suya, porque la evidencia no tiene entre nosotros valedor, como tampoco lo tiene la justicia, cuando una y otra pueden contrariar a las instituciones.

Tales palabras del príncipe K..., tan claras como expeditas, no dejaban de producirme cierta inquietud. Singular país, pensaba yo, que no engendra más que esclavos recibiendo de rodillas la opinión que se les quiere dar, espías que carecen de opinión a fin de mejor cazar la de los demás, o espíritus mordaces que exageran a su antojo para escapar con facilidad a la apreciación de los extranjeros. Pero, éstas mismas sutilezas vienen a ser como la confesión de parte de un pueblo que es una excepción en el uso de tales métodos. Mientras estas reflexiones cruzaban por mi mente, el príncipe proseguía el curso de sus elucubraciones filosóficas.

“ El pueblo y los mismos grandes, especuladores resignados de esa guerra a la verdad, soportan el escándalo porque la mentira del déspota, por grosera que sea, es apreciada por el esclavo como una lisonja; es que los rusos, capaces de sufrir tantas cosas, no soportarían la tiranía si el tirano no simulara con cierta modestia que los creía juguetes de su política. La dignidad humana, hollada por el gobierno absoluto, se agarra a la rama más débil que le pueda salvar del naufragio; es así como la humanidad, si acepta ser vilipendiada y escarnecida, no tolera que se diga explícitamente que se la vilipendia y escarnece. Ultrajada por los hechos intenta dignificarse por las palabras. El embuste envilece en tal grado que, forzar al tirano a la hipocresía, constituye una venganza que consuela a la víctima. Miserable y postrera ilusión del infortunio, que hay que respetar por miedo de envilecer más al siervo y de no enloquecer más al déspota…

Existía una antigua costumbre según la cual, en las procesiones solemnes, el patriarca de Moscú llevaba a ambos lados a los más altos señores del imperio. En ocasión de una boda, el zar-pontífice resolvió escoger para escoltarlo en el cortejo de la ceremonia a un boyardo famoso y al cuñado de reciente creación. Que en Rusia el poder soberano puede no sólo otorgar títulos y honores sino inventar parientes a quien carezca de ellos, podando o injertando a placer en los troncos genealógicos, lo mismo que un jardinero con las plantas de su jardín. No en vano entre nosotros el despotismo es más fuerte que la naturaleza. No se olvide que el emperador es, además del representante de Dios, la misma potestad creadora, potestad más extendida que la de vuestro Dios, por cuanto que éste no forja otra cosa que el futuro al paso que el emperador rehace el pasado. La ley no tiene nunca efectos retroactivos: el capricho del déspota los tiene siempre.

El personaje que Pedro quiso equiparar al nuevo hermano de la emperatriz era el más alto señor de Moscú, y, después del zar, el príncipe jerarca del imperio: se llamaba príncipe Romodanovsky… Pedro le comunicó por medio de su primer ministro que debía asistir a la ceremonia para colocarse al lado del emperador, honor que el boyardo compartiría con el nuevo hermano de la emperatriz.

—Muy bien —exclamó el príncipe—. Pero ¿de qué lado del zar habré de colocarme?

—Mi querido príncipe —dijo el ministro cortesano—, ¿podéis dudarlo? El cuñado de Su Majestad marchará a la

derecha.

—Entonces, me niego a asistir —respondió el orgulloso boyardo.

Conocedor el zar de esta respuesta, le mandó otro mensaje en el que el tirano desahogaba su cólera:

—¡Tú vendrás, tú vendrás o te haré ahorcar!

—Decid al zar —replicó el indómito moscovita— que le ruego empiece por ahorcar a mi hijo único, de quince años; no quisiera que éste al ver que me ejecutaban, sucumbiera ante el temor y aceptara figurar a la izquierda del emperador, mientras que yo estoy seguro de mí mismo y de que ni antes ni después de la ejecución de mi hijo, la sangre de los Romodanovsky no quedará deshonrada.

El zar, en esto digno de loa, cedió, pero como sanción contra el espíritu de independencia de la aristocracia moscovita, hizo de Petersburgo no un simple puerto sobre el mar Báltico, sino la ciudad que nos es dado contemplar.

Nicolás —añadió el príncipe K...—, incapaz de ceder, hubiera enviado al boyardo y a su hijo a las minas, *y hecho público, por un ukase redactado en términos de la más meticulosa juridicidad*, que el padre y el hijo se veían condenados a no tener descendencia o decretar por ventura que el padre no había contraído nunca matrimonio legítimo. En Rusia, aún hoy, suceden frecuentemente cosas de este calibre, demostración plena de que si existe todavía posibilidad de hacer, está prohibido hablar de lo hecho.

Sea lo que sea, el orgullo del noble moscovita da perfecta idea de la singular combinación de la que ha salido la sociedad rusa contemporánea. Esta mescolanza monstruosa de nimiedades bizantinas y ferocidades de horda; esta lucha entre la etiqueta del Bajo imperio y los salvajes arrestos asiáticos, ha gestado el prodigioso Estado que contempla la Europa de hoy y del que mañana sufrirá la influencia sin llegar a comprender sus directrices.

La majestad de cerca

En elogio de Nicolás I creo poder afirmar que ejerce su función a conciencia. De la misma manera que su talla supera a la de los hombres corrientes, su trono domina los demás solios. Seguramente se tildaría a sí mismo de débil si por un instante dejara traslucir su bondad de carácter y que vive, piensa y siente como un simple mortal. Aparenta no compartir ninguno de nuestros sentimientos, actúa siempre como jefe, juez, general, almirante, príncipe en suma; nada más y nada menos[9]. Tal cúmulo de funciones, al llegar al fin de sus días, posiblemente le producirán intensa fatiga, pero el pueblo, y quizá el mundo entero, ensalzará su memoria, que nada seduce tanto a la multitud como las empresas espectaculares y nada le complace más que los esfuerzos prodigados para halagarla.

Los que han conocido al emperador Alejandro hacen del mismo una descripción totalmente distinta de la correspondiente a su hermano. Casi nada había de común entre ambos, pues sus temperamentos eran opuestos y sus defectos distintos; lo único que les asemejaba era la antipatía que mutuamente se tenían. Si en Rusia es costumbre incensar a los antiguos monarcas, lo es también denigrar lo más posible la memoria del inmediato predecesor, por lo que no es de extrañar que aquella costumbre, conjugada con la conveniencia política, establezca un parangón más acusado entre Nicolás y Pedro el Grande que entre aquél y Alejandro.

El emperador reinante, por su origen, es más alemán que ruso. Habida cuenta de sus facciones, la regularidad de su perfil, su prestancia militar, su compostura un tanto rígida, se echa de ver su procedencia, hasta el punto de que esta semblanza germánica le ha dificultado largo tiempo ser lo que es actualmente: un verdadero ruso. ¿Quién sabe? ¡Quizá era por naturaleza un hombre por demás benigno!... De haber sido así habrá tenido que sufrir lo indecible para

adaptarse a sus funciones de cabeza visible de los eslavos, porque no es déspota quien quiere y la necesidad por parte de Nicolás I de sobreponerse de continuo sobre sí mismo para reinar, explicaría la exageración de su patriotismo.

Para evadirse en lo posible de la coraza de su existencia, el emperador se agita como lo haría un animal enjaulado o actúa con inquietudes de enfermo calenturiento: monta a caballo, da largos paseos, asiste a revistas, declara una pequeña guerra, se embarca, da una fiesta, hace maniobrar la escuadra, todo ello en un mismo día; este constante ajetreo, este recorrer mil quinientas leguas por temporada, el no concebir que los demás no sientan el mismo prurito, me lleva a concluir que en esta Corte el mayor escollo reside en el quietismo y el tedio, peligro que por ser mayor que en cualquier otra parte es un mal muy difícil de combatir. La emperatriz que le ama, teme dejarlo solo; le sigue siempre que le es posible aunque sea a regañadientes, aunque sea a costa de su quebrantada salud, reacia a adaptarse a una manera de vivir cara al exterior pero a la que poco a poco debe acostumbrarse.

Esta noche he sido presentado en palacio, no por el embajador de Francia sino por el mayordomo mayor de la Corte, a tenor de la orden dada por el emperador que me ha sido comunicada por el indicado embajador. No sé si se ha procedido conforme a ritual, pero es así como yo he sido presentado a SS. MM.

Los extranjeros admitidos al honor de ser recibidos por las personas reales estaban congregados en uno de los salones por los que aquellas han de pasar para abrir el baile. Ese salón se encuentra antes de la gran galería nuevamente restaurada y decorada desde la fecha de su incendio; aún no ha sido inaugurada. Llegados a la hora señalada, esperábamos hacía rato la llegada del monarca. No éramos muchos: algu-

nos franceses, un polaco, un genovés y varios alemanes; el otro lado del salón se hallaba ocupado por las filas de damas rusas designadas para hacer su presentación en la Corte.

El emperador nos dispensó una acogida cortés y cuidadosamente preparada, conociéndose en seguida al hombre que ha adquirido el hábito de agradar a los demás. Para cada uno tuvo una palabra o un gesto de consideración, a la vez halagador del amor propio de cada cual y suscitador en los demás de una serie de sentimientos reflejos.

Para darme a entender que no le desagradaba mi viaje por su imperio, el emperador insistió en indicarme su opinión de que era preciso llegar hasta Moscú y Nijni, si quería hacerme idea exacta del país.

—«Petersburgo es ruso —añadió— pero aún no es Rusia.»

Estas pocas palabras fueron pronunciadas con voz plena y autoritaria difícil de olvidar. Por cierto que me habían ponderado el porte imponente, la nobleza de rasgos y la talla del emperador, pero nadie me había advertido del tono de su voz. De una voz modulada hecha exprofeso para mandar, en manera alguna forzada o artificial, como emitida por quien tiene el hábito de las más elevadas funciones.

De las facciones de la emperatriz se desprende una gran seducción. Su timbre de voz es tan dulce, tan persuasivo, como es imperativo el del emperador.

Me preguntó si había venido a Petersburgo como simple turista. Yo le respondí afirmativamente.

—Ya sé que es usted curioso —insistió.

—Sí, señora —repliqué—; es la curiosidad la que me ha conducido a Rusia y esta vez al menos no me arrepentiré de haber cedido a mi pasión de conocer mundo.

—¿Cree usted? —me preguntó de nuevo con gracia encantadora.

—Me parece que hay en este país cosas tan sorprendentes que para creerlas es preciso haberlas visto.

—Deseo que vea muchas de ellas y bien.

—Este deseo de Su Majestad es para mí un estímulo.

—La lástima es que si usted piensa bien de nosotros y lo dice, lo hará inútilmente, pues nadie le va a creer; somos unos desconocidos y seguiremos siéndolo.

Esta frase me impresionó sobremanera en labios de la emperatriz por el grado de escepticismo que contenía. Me pareció que también revelaba una cierta benevolencia para conmigo, expresada en forma cortés y con la llaneza tan característica en los rusos.

La emperatriz me ha inspirado en seguida tanta confianza como respeto; a través de la obligada reserva de lenguaje y modales de la Corte, se adivina que tiene corazón. Su infortunio le comunica un encanto indefinible. Se echa de ver, en suma, que además de emperatriz es mujer.

Entrevista con Nicolás I

Si las legislaciones modernas establecen en ciertos aspectos una determinada desigualdad entre los ciudadanos, la infinita justicia de la Providencia se encarga de establecer entre los hombres condiciones de igualdad substancial que no pueden ser fácilmente destruidas. Es la equidad debida a la ley moral cuyos resortes crecen ordinariamente en la misma proporción en que las privaciones físicas disminuyen. Es así porque la naturaleza es más equitativa que la humanidad, como lo prueba el hecho de que en este bajo mundo haya en sí mismo menos injusticia que la debida a la política y a la situación social.

Estas eran las reflexiones que cruzaban por mi mente mientras conversaba con el emperador y provocaban en mi ánimo un sentimiento indefinible de piedad hacia aquel hombre, sensación que seguramente le habría pasmado de haberse dado cuenta de su existencia. Dominado aquel estado de ánimo, difícil de explicar por inconfesable, respondí al emperador acerca de lo que decía referente a la exageración de los elogios que se le habían tributado por su proceder durante la revuelta.[10]

—Lo que es cierto, señor, es que uno de los más vivos motivos de mi curiosidad, antes de llegar a Rusia, era el deseo de conocer de cerca a un monarca que ejerciera un tal poder sobre los hombres.

—Los rusos son buenos, pero es preciso hacerse digno de gobernarlos.

—Su Majestad ha adivinado aquello que conviene a Rusia mejor que sus predecesores.

—El despotismo existe aún en Rusia, porque es la esencia de mi sistema de gobierno y está de acuerdo con la idiosincrasia de la nación.

—Su Majestad la desvía de la ruta de la imitación y hace que Rusia sea más auténtica.

—Amo a mi país y creo comprenderlo; puedo asegurarle que cuando me siento hastiado de todas las miserias de nuestros días, procuro olvidar el resto de Europa recluyéndome en el seno más íntimo de Rusia.

—¿Para saturarse en el mismo manantial?

—¡Exactamente! Nadie es más ruso por sentimiento que yo mismo. Como creo que usted me comprenderá le voy a decir algo que a otro no diría.

Se interrumpió mirándome fijamente. Yo continué escuchando sin abrir los labios y él prosiguió:

—Concibo la república como gobierno estricto y sincero o que por lo menos puede serlo. Concibo la monarquía absoluta puesto que yo soy la cabeza de un semejante orden de cosas, pero no concibo la monarquía representativa. Ésta es el gobierno de la mendacidad, del fraude, de la corrupción y yo preferiría retroceder hasta la China antes de adoptarla un día.

—Señor, por mi parte he considerado siempre el gobierno representativo como una transacción inevitable en determinadas sociedades, en determinadas épocas, pero sucede como con toda transacción, que no resuelve nada y se limita a aplazar las dificultades.

Como quiera que el emperador parecía incitarme a continuar, añadí:

—Es la tregua estipulada entre la democracia y la monarquía bajo los auspicios de dos tiranos tan fuertes como el miedo y el egoísmo, además flanqueados por la vanidad de los de arriba flotando entre verbalismos y la vanidad de los de abajo pagándose de quimeras. En una palabra: es la supremacía del parloteo que substituye a la nobleza; es el predominio de los abogados.

—Todo cuanto dice es exacto —afirma el emperador estrechándome la mano. He sido soberano representativo[11] y todo el mundo sabe lo que me ha costado la resistencia a someterme a las exigencias de *este infame* gobierno (cito textualmente). Comprar votos, corromper conciencias, seducir a unos a fin de engañar a los otros, todos estos procedimientos han sido rechazados por mí como viles tanto en razón de los que obedecen como de los que mandan; he pagado caro el pecado de lealtad. Gracias a Dios he acabado para siempre con ese odioso régimen político; ya no seré nunca más rey constitucional. Tengo tanta necesidad de decir lo

que pienso que se me hace imposible consentir nuevamente en reinar sobre un pueblo a través de ardides e intrigas.

El nombre de Polonia, presente constantemente en nuestro recuerdo, no se pronunció una sola vez en el transcurso de esta conversación.

Páginas de crueldad

Un Barón atroz

Pasábamos a lo largo de la isla de Dago, junto a la punta más saliente de Estonia. El aspecto de esa tierra es de una tristeza y soledad glaciales; su naturaleza estéril y desnuda, carente de salvaje grandeza, parece querer distanciarse del hombre más por repulsión que por violencia.

—En este lugar ocurrió un extraño episodio —me dijo el príncipe K…

—¿Cuándo?

—No hace mucho. Era en tiempo del emperador Pablo.

—Cuéntemelo, alteza.

> Un Barón, Ungern de Sternberg, era de espíritu refinado y conocedor de Europa por los muchos viajes que a través de ella había hecho; en todas partes había obtenido todos cuantos éxitos podía apetecer y se había formado un sólido temple forjado con experiencia y estudio.
>
> De regreso a San Petersburgo, durante el reinado del emperador Pablo, fue objeto de un trato injusto; esta circunstancia le disgustó en tal grado que decidió abandonar la Corte. Se encerró en la isla de Dago de la que era señor y en el ostracismo de su salvaje soberanía, juró odio mortal a todo el género humano creyendo así vengarse del emperador, del hombre que para él encamaba a la humanidad entera.
>
> Sternberg vivía en la época de mi infancia.
>
> Confinado en su isla, un día simuló apasionarse por el estudio y para dedicarse libremente —decía— a sus trabajos científicos, construyó junto a su casa solariega una torre muy alta cuyos muros podrá usted divisar con una lente de larga vista.

El príncipe calló y yo, siguiendo su consejo, enfoqué la torre de Dago.

El príncipe prosiguió:

Denominó al torreón su biblioteca y lo dotó de una especie de cúpula, con cristales por los cuatro costados, como un belvedere, como un observatorio, o mejor, como un faro. Afirmaba que sólo por la noche podía trabajar en ese lugar solitario y que era allí donde se retiraba para concentrarse y descansar en paz.

En ese refugio no consentía la presencia de nadie, excepto la de su hijo único, niño aún, y la del preceptor de éste.

Cerca de media noche, cuando los creía a todos dormidos, algunas veces se encerraba en su laboratorio; iluminaba la cúpula vitrada con una lámpara tan potente que de lejos se podía tomar como una señal. Este faro, aunque no lo era propiamente, desorientaba a los capitanes de los buques extranjeros, poco experimentados en el accidentado litoral del golfo de Finlandia, motivando así por engaño que los navíos fueran a encallar entre los escollos de la isla.

Provocar tan funesto error era precisamente el designio del terrible Barón. Erguida sobre su picacho en ese mar proceloso, la pérfida torre era guía para los pilotos inexperimentados, quienes, para su desgracia, engañados por la falsa esperanza que lucía a sus ojos, encontraban la muerte creyendo colocarse al abrigo del temporal.

Cuando el barco estaba a punto de naufragar, descendía el Barón a la playa, y embarcaba con algunos hombres adiestrados y sin escrúpulos que contrataba para estas expediciones nocturnas. Entonces ofrecía a los náufragos su asistencia; confiados éstos era más fácil atacarlos en la obscuridad y exterminarlos; saqueaba luego el navío, cosa que hacía más por instinto perverso que por afán de lucro, como si todas estas maquinaciones se inspiraran en un morboso furor destructivo.

Escéptico en todo y en especial sobre la justicia humana, consideraba el desorden moral y social como el estado natural del hombre sobre la tierra y las virtudes cívicas y políticas como quimeras nocivas a la naturaleza ya que sin domeñarla eran contrarias a ella. Pretendía que al decidir la suerte de sus semejantes, se asedaba a los designios de la Providencia que se complace, —decía— en sacar la vida de la muerte.

Una noche, a fines de otoño, cuando los días son los más cortos del año, había atacado según costumbre a la tripulación de un barco mercante holandés. Pero los forajidos que mantenía el Barón a título de guardias de corps,

ocupados en transportar a tierra el cargamento del barco naufragado, no se apercibieron de que el capitán durante la matanza, aprovechando la obscuridad, había conseguido escapar en una chalupa a cuyo bordo se le unieron algunos marineros.

A eso del alba, aún no había terminado la siniestra tarea del Barón y de sus sicarios, cuando una señal anunció la llegada de una lancha. En seguida fueron cerradas las escotillas de los subterráneos donde almacenaban las mercaderías robadas y el puente levadizo fue bajado ante la llegada de los forasteros.

Anunciado el visitante, éste, con un tono de imprudente suficiencia, dijo:

—Señor Barón, nos hemos ya encontrado antes de ahora, aunque le sea imposible reconocerme a causa de la obscuridad reinante cuando nuestro encuentro de esta noche pasada. Yo soy el capitán del barco cuya dotación ha intentado usted exterminar al pie de su castillo. Siento tener que realizar esta gestión pues me veo obligado a decirle que varios de sus hombres han sido identificados como lo ha sido usted mismo, de haber estrangulado por sus propias manos a varios de los míos.

El Barón no contestó, limitándose a levantarse para ir a cerrar sigilosamente la puerta del cuarto del preceptor de su hijo. El extranjero continuó:

—Si le hablo en esta forma es por no estar en mis intenciones perderle, pero sí quiero significarle que está usted en mi poder. Devuélvame mi cargamento y mi navío que, aunque deteriorado, puede conducirme hasta San Petersburgo. Yo le garantizo mi silencio y avalo mi palabra con juramento. Si el anhelo de venganza me hubiera seducido, me habría dirigido a la costa para denunciarle ante el primer puesto sin pérdida de tiempo. La gestión que realizo cerca de usted, prueba el buen propósito que abrigo para salvarle, advirtiéndole del riesgo al que le exponen sus muchos crímenes.

El Barón continuó obstinadamente callado; la expresión de su rostro era muy grave sin empero denotar el menor designio siniestro. Solicitó breves momentos para meditar su resolución, retirándose al efecto y asegurando dar su respuesta dentro de un cuarto de hora.

Minutos antes de expirar el plazo convenido, el Barón entra inopinadamente en el salón por una puerta secreta, se lanza sobre el temerario visitante y lo apuñala…

Había ya dado orden de estrangular a los hombres de la tripulación que quedaban, después de lo cual el silencio, un instante turbado por tales sucesos, se enseñoreó de nuevo de aquella guarida. Pero el preceptor del muchacho lo había oído todo y seguía escuchando los pasos del Barón y los ronquidos de sus corsarios que, envueltos en sus pieles de oveja, dormían a pierna suelta echados en los escalones de la torre.

El Barón, inquieto y suspicaz, decidió entrar en el cuarto del preceptor; de pie junto al lecho lo examinó atentamente largo tiempo, empuñando aún el puñal ensangrentado y espiando los más leves signos que pudieran traicionar un posible disimulo. Al fin, creyéndole profundamente dormido, decidió partir sin atentar a su vida. La perfección en el crimen es tan rara como en todo lo demás, concluyó el príncipe K... interrumpiendo su narración.

Los oyentes conteníamos el aliento en espera de conocer el desenlace de la historia. El narrador continuó:

> Desde hacía tiempo el preceptor había concebido graves sospechas, confirmadas por las acusaciones del capitán holandés; por ello no se sorprendió de ser testigo del asesinato cometido; vio y oyó todas sus circunstancias a través de las hendiduras de la puerta que había sido cerrada con llave por el Barón. Tuvo después, como es sabido, la suficiente presencia de ánimo para engañar al asesino y salvar así su propia vida. Una vez hubo salido el Barón del cuarto, el preceptor se levantó y vistió a pesar de la fiebre, descendió por una de las ventanas valiéndose de una cuerda, desamarró un bote que se hallaba al pie de la muralla, empujó el esquife al mar, lo manejó solo hasta el continente y alcanzó la costa sin accidente alguno. Apenas desembarcado fue a denunciar al culpable en la población más cercana.
>
> La ausencia del enfermo fue pronto advertida en el castillo de Dago; el Barón, cegado por el vértigo del crimen, pensó primero que el preceptor de su hijo se había tirado al mar en un acceso de calentura, por lo que, ocupado en hallar su cuerpo descuidó de momento preparar su propia fuga. Sin embargo, la cuerda atada a la ventana y el bote desaparecido, eran pruebas irrecusables de la evasión; pero, cuando el bandido, cediendo tardíamente a la evidencia, se disponía a buscar su seguridad en la huida, se vio sitiado por las fuerzas enviadas contra él. Era al día siguiente de la última matanza; durante un momento trató de defenderse, pero, traicionado por los suyos, fue preso y conducido a San Petersburgo donde el emperador Pablo le condenó a cadena perpetua. Más tarde murió en Siberia.
>
> *Tal es el triste fin* de un hombre que por sus cualidades, su agradable trato, su ingenio y la elegancia de sus modales, había triunfado en las sociedades más brillantes de Europa. Algunas de nuestras madres podrían recordar sus maneras seductoras.

Cuando el príncipe K… terminó su relato, todos sus oyentes convinieron que el Barón de Sternberg era el prototipo de los Manfredo y de los Lata.

—Lo es sin duda —concluyó el príncipe K… tan amigo de la paradoja—. Gracias a que Byron ha tomado sus modelos de la realidad nos parecen ellos tan poco inverosímiles. Lo

que pasa es que en poesía la realidad jamás se nos presenta en sus formas naturales.

Un Zar parricida

En el reinado de Iván el Terrible tuvo lugar una fechoría tan extraordinaria que ella sola es bastante para hacer olvidar los restantes sucesos de aquel período caracterizado por su duración.

Antes hemos dicho que Iván, aterrorizado al solo nombre de Polonia, cedió a Batori casi sin combate la provincia de Livonia, hasta entonces y durante siglos disputada encarnizadamente por suecos, polacos, autóctonos y sobre todo por sus soberanos conquistadores los caballeros teutónicos.

El zarevitch, hijo predilecto de Iván IV, objeto de todas sus complacencias y formado a su imagen en el ejercicio del crimen y en los hábitos más vergonzosos del desenfreno, no compartiendo la política de abandono de su padre y soberano, sintiendo vergüenza por su cuenta, con toda clase de circunloquios y pesando sus palabras para que no fueran mal interpretadas, se atrevió a solicitar autorización para ir a luchar contra los polacos.

—¿Así tú condenas mi política? —respondió el zar—. ¿No es esto traicionarme y quizá la señal de rebelión contra tu padre?

Sin poder contenerse, cogiendo una barra de hierro que tenía a mano, asestó un fuerte golpe a la cabeza de su hijo; quiso intervenir un edecán para retener al brazo del tirano, pero fue inútil, el zar redoblando su furor continuó su implacable golpear hasta que el zarevitch cayó al suelo mortalmente herido.

Dándose cuenta el zar de que de su propia mano había malherido a su propio hijo, pasó del furor a la desesperación, dejándose llevar por su cólera. Se mesaba la cabellera, se echaba por el suelo profiriendo salvajes alaridos, mezclaba sus lágrimas con la sangre de su hijo, besaba sus heridas,' impetraba del cielo y de la tierra un milagro, consultaba médicos y curanderos, prometía tesoros, honores, poder, a quien salvara al heredero de su trono, objeto principal del cariño de Iván IV... Fue éste el único momento de la vida de este tirano en la que afloró un noble sentimiento: un momento que sería sublime si fuera comprensible y cuyos contradictorios arrebatos merecerían ser descritos con acentos elegiacos.

La víctima, recogiendo todas sus fuerzas, resistió la lucha contra la muerte durante cuatro días de dolorosa agonía. En sus horas postreras el zarevitch se consagró a rogar a Dios por el Zar. Con delicadeza propia de un hijo digno de mejor padre, consoló a éste, le disculpó, intentó probar que es merecedor del más severo castigo el hijo que, aun en lo más secreto de su pensamiento, se atreve a condenar la política de su padre y soberano. En tales trances ya no es el miedo el que inspira estos transportes filiales; es en su lugar la superstición, la fe política.

El cuadro desgarrador que hemos bosquejado transmuda la indignación en asombro; en una estupefacta admiración que no olvida ni desconoce los maravillosos recursos del alma humana en el ejercicio de su vocación divina, aún a despecho de las instituciones y de las costumbres más corrompidas, pero que se detiene atónita, como presa de un invencible espanto, al ver como el servilismo del esclavo acompaña inseparablemente hasta las puertas del cielo al mártir victorioso.

El zarevitch expiró lejos de Moscú, en aquella madriguera de la tiranía que se llama Slabode Alexandrovsky. ¡Qué tragedia! Jamás la Roma pagana ni la Roma cristiana han producido nada de tan hondo caudal emotivo como esta interminable despedida entre el hijo de Iván IV y su padre. Karamsin, enjuiciando con gran severidad, pone en duda que el dolor del zar fuera sentido; es verdad que duró poco tiempo, pero yo creo en su sinceridad. Sea lo que sea, no puede negarse que el terrible drama no tuvo la menor influencia para dulcificar al monstruo. Como obedeciendo a un conjuro, Iván continuó su obra de espanto, derramando hasta el último día sangre inocente y revolcándose en el lodo de las orgías más depravadas.

Después de arrastrar una existencia de bestia feroz, ya en las postrimerías de su vida, Iván IV se convirtió en sátiro, ultrajando con un acto de lubricidad repugnante a su misma nuera, dechado de virtud y de pureza, la joven y casta esposa de su segundo hijo Juan, heredero del imperio.

Iván IV murió en el Kremlin y..., aunque parezca mentira, fue llorado a lágrima viva durante largo tiempo por la nación entera, por el pueblo, por los burgueses y por el clero, de la misma manera que si se hubiera tratado de la pérdida del mejor y más bondadoso de los príncipes...

Otro zar parricida

“ En septiembre de 1716, Alexis[12], para escapar a los procedimientos del sistema ruso naciente, se refugió en los países europeos, poniéndose bajo el patrocinio de Austria y *viviendo clandestinamente en* Nápoles en compañía de su amante.

Pedro descubrió el refugio y le escribió. Su carta empieza formulando fundados reproches y acaba con terribles amenazas si no obedece las órdenes que le da. Es digno de mención el siguiente párrafo: «¿Es que me temes? Yo te prometo y aseguro en nombre de Dios y por el juicio final, que si te sometes a mi voluntad y regresas, no sufrirás el menor castigo y te amaré aún más que antes.»

Ante seguridad tan solemne expresada de parte de su padre y soberano, Alexis volvió a Moscú el 3 de febrero de 1718; al siguiente día fue desarmado, detenido, interrogado, excluido inicuamente del trono él y su posteridad, y maldecido si en cualquier momento se atrevía a protestar del trato inferido.

No es esto todo: le llevaron a una fortaleza donde día y noche el poder de un padre cruel, violando la fe jurada y con ella todos los sentimientos, todas las leyes de la naturaleza y las mismas dadas a su imperio, sometió al hijo excesivamente confiado a los rigores de la inquisición política igual en insidiosa atrocidad a la inquisición religiosa; torturó el ánimo pusilánime del desdichado con todos los temores del cielo y de la tierra; le obligó a denunciar a sus amigos, parientes, incluso a su madre; en fin, le indujo a acusarse, a rebajarse, a condenarse a sí mismo a muerte… bajo amenaza de muerte…

Este interminable crimen duró cinco meses. En los dos primeros no hubo bastante con destierros y confiscación de bienes de diversos altos personajes, con desheredación de hijos, encarcelamiento de una hermana, reclusión y flagelación de su primera esposa, suplicio de un cuñado.

¡Venganza espantosa contra aquellos cuyas intrigas y obstinación supersticiosa impulsaron aquel corazón de piedra a sacrificar su hijo a su imperio! Castigo cien veces más culpable que la falta, sin que exista razón válida para excusar tal cúmulo de atrocidades. Pedro, llevado por este instinto suspicaz de los gobernantes contra naturaleza, le parecía descubrir en cada gesto una conspiración, allí donde no había más, en el peor de los casos, que una pasiva resistencia pronta a estallar a la muerte del tirano.

Más tarde, a fuerza de sofismas el zar intentó convencerse a sí mismo de que su proceder era justificable y pa-

ra mayor seguridad quiso respaldar su cólera pidiendo consejo a sus áulicos incondicionales. Con perversa intención les dio cuenta de lo acaecido llegando en su relato a extremos de bárbara ingenuidad demostrativos de cómo el despotismo puede rodearse de la falsa conciencia que le lleva a creer que sus excesos se justifican como un derecho, si se sirve la finalidad que el soberano reputa como grande y provechosa.

Los sumisos consultados comprendieron en seguida el sentido del vitando parecer que su amo les pedía. Los elementos del clero evacuaron la consulta aduciendo citas sacadas de los libros santos, con la filigrana de presentar en igual número las que condenaban y las que absolvían, preocupados de rio inclinar con su opinión el filo de la balanza y salvar con sutilezas el juramento prestado y cuya violación tanto les sobresaltaba.

En cuanto a los grandes del Estado en número de ciento veinticuatro, no sintieron escrúpulos de plegarse a la voluntad del autarca pronunciándose por unanimidad y sin vacilaciones por la pena capital. Como su fallo les condenara a ellos mismos más que al inculpado, dieron la prueba definitiva de su felonía al intentar borrar el perjurio de su dueño sin percatarse de que su mendacidad ponía aún más de relieve la conducta imperial.

Más todavía. El padre, que no había tenido reparos en ser a la vez acusador y juez, tampoco los tuvo para convertirse en verdugo. El día 7 de julio de 1718, al siguiente del veredicto, en compañía de todos sus edecanes, visitó a su hijo; escuchó las súplicas de perdón y aún mezcló sus lágrimas a las de su víctima. Y cuando los presentes creyeron que la ternura le embargaba, dio órdenes para que le trajeran *la fuerte poción* que él mismo había hecho preparar. Como el emisario tardara, despachó impaciente a un segundo comisionado; la poción llegó a su poder y la ofreció a su hijo con el mismo gesto con que le hubiera ofrecido un remedio salutífero. Permaneció allí, con muestras, eso sí, de consternación profunda, hasta estar seguro de que el infortunado, que continuaba implorando perdón, había tomado el veneno. Seguidamente atribuyó la muerte de su víctima, acaecida horas después entre espantosas convulsiones, a los efectos del miedo experimentado al ser arrestado. Con tan burdo subterfugio cubrió tanta abominación, sintiéndose así aliviado y seguro tras el terminante silencio que sobre lo sucedido impuso a todos los testigos del drama.

Y el silencio fue tan impenetrablemente guardado que sin las Memorias de un extranjero (Bruce), testigo e incluso actor en este horrible crimen, la historia hubiera ignorado en absoluto el horrible crimen.

La venganza de Nicolás I

El príncipe Trabetzkoï fue condenado a galeras hace catorce años. Joven aún, había tomado parte activa en la revuelta del catorce de diciembre. Sojuzgado el movimiento vino la represión de los culpables. El príncipe Trabetzkoï, uno de los más comprometidos, no pudiendo disculparse, fue enviado como forzado a las minas del Ural por catorce o quince años y condenado a vivir el resto de su vida en Siberia en una de aquellas lejanas colonias pobladas por malhechores. La esposa del príncipe, que pertenecía a una de las familias más distinguidas del país, decidió, sin que nadie pudiera disuadirla, seguir a su esposo en el destierro. «Es mi deber —decía— y yo lo cumpliré hasta el fin; ninguna potestad humana tiene derecho a separar una mujer de su marido y yo quiero compartir la suerte del mío».

La princesa partió, pues, con el galeote y, contra lo que era en un principio de prever, llegó a su punto de destino. Estos viajes son sumamente penosos; se hacen en talega, pequeño carricoche sostenido por un travesado y sin muelles, capaz, de descoyuntar carruaje y personas durante un recorrido de centenares y aún de millares de millas. La infortunada señora soportó tanta fatiga y otras penalidades fácilmente adivinables. Si no puedo hacer su relato circunscrito por carecer de detalles, puedo en cambio asegurar la veracidad de la historia.

Al partir de Petersburgo el matrimonio no tenía hijos. En Siberia tuvo cinco.

A los siete años de destierro, a fin de poder atender a la educación de aquéllos, se creyó llegado el momento de impetrar del zar la autorización necesaria para enviarlos a Petersburgo, u otra gran ciudad, para darles educación e instrucción escolares. La súplica fue llevada a los pies del emperador, pero el digno sucesor de Iván y de Pedro I respondió que los hijos de un galeote, galeotes también, siempre eran ya lo bastante instruidos.

Ante tal respuesta, la familia, la madre, el condenado, callaron otros siete años. La humanidad, el honor, la caridad cristiana, la religión de los humildes, clamaban solas por su cuenta, pero en voz baja. Ni una sola protesta se elevó para abominar de tal *justicia*.

Hasta la miseria soportable tiene un límite y éste se llegó a rebasar. El príncipe había cumplido sus años de galeras y como exilado libre, según se les llama, se veía obligado a formar con su familia una colonia situada en uno de los rincones más desolados del desierto. El lugar de la nueva residencia, escogida adrede por el mismo emperador, era tan salvaje que su nombre ni siquiera figura en los mapas de estado mayor ruso, no obstante ser éstos los más exactos y minuciosos de entre los conocidos.

En las minas aún podían dotarse de ciertos cuidados, pero en su nuevo destierro carecían de todo. En tan extremo desamparo, imposible de soportar por más tiempo, el padre, desquiciado el ánimo por tanta desdicha, accedió a que su esposa obrara en la forma que le dictara su instinto; en una palabra: perdonando... (pedir clemencia es perdonar)... perdonando con heroica generosidad la crueldad que supone la primera denegación del emperador. Así fue como la prince-

sa escribió con el alma desolada una segunda misiva. La carta iba dirigida a su familia, pero estaba destinada al soberano.

Entre los familiares de la princesa se encontró persona con bastante entereza, (y quien conozca Rusia debe rendir homenaje a este acto de coraje), para atreverse a llevar la carta al emperador y apoyar la petición que contenía la humilde súplica. Aunque parezca increíble, cuando se trata del zar de Rusia, la defensa de las más nobles causas inspira el mismo temor que si se tratara de abogar por algún acto delictivo, cuando en todas partes sería motivo de orgullo sostener la causa de una tan esclarecida víctima del deber conyugal y de una persona que había ensalzado su condición de mujer con espiritualidades angélicas.

Pues, bien. ¡Catorce años de venganza no habían aún saciado al autarca! Permitid que al llegar a este punto deje correr todos los raudales de mi indignación y que no retenga a mi pluma para paliar la frase, pues tal debilidad me parecería traicionar causa tan sagrada. Que los rusos clamen contra mí su furor si les place; por mi parte prefiero mil veces más insultar al déspota que ser indiferente a la desgracia. Ya sé que si pudieran darían de mí buena cuenta, pero Europa ha de saber que existe en la tierra un ser ante el cual se postran de hinojos sesenta millones de súbditos como ante un dios todopoderoso, y que este hombre... ¡se venga!... ¡Sí, la palabra venganza es la que quiero unir a tal injusticia! Pues, después de catorce años, esta mujer ennoblecida por tan heroicas desdichas, obtuvo del emperador Nicolás, por toda respuesta, las palabras que habréis de leer y que yo recojo de los labios de una persona a quien el valeroso mensajero de la víctima acababa de repetir: «Estoy sorprendido de que aún se atreva a hablarme... (dos veces en quince años)... de una familia el jefe de la cual ha conspirado contra mí.»

Podéis dudar de esta respuesta, de la que yo también quisiera dudar, pero tengo la prueba de su certeza.

La persona que me la ha repetido merece toda mi confianza; de otra parte, los hechos hablan: la petición formulada no ha cambiado lo más mínimo la suerte aciaga de los exilados.

En aras de la vanagloria

Me he detenido unos instantes ante los andamiajes de un monumento ya famoso en Europa, aun cuando todavía esté en construcción. Me refiero a la iglesia de San Isaac. Después he visto la fachada del nuevo palacio de Invierno, otra de las obras prodigiosas debidas a la voluntad de un hombre porfiado en oponer la masa humana a las leyes de la naturaleza. El objetivo ha sido cumplido pues en un año ese palacio salió de la nada; un palacio que, según creo, es el de más vastas proporciones de los existentes, toda vez que es la suma del Louvre y las Tullerías juntos.

Para conseguir que la obra fuera terminada dentro del plazo previsto por el emperador, fueron necesarios esfuerzos inauditos. Las obras interiores se efectuaron durante las grandes heladas, empleándose en ellas a seis mil obreros que trabajaban sin parar. Cada día morían gran número de los mismos, reemplazados en el acto por otras víctimas propiciatorias, todas ellas predestinadas a sucumbir en aquella brecha sin gloria al sólo fin de colmar con tantos sacrificios el capricho de un hombre. En los pueblos que vivían bajo las antiguas •civilizaciones, la vida de los hombres se arriesgaba solamente por intereses colectivos cuya importancia era por todos apreciada; ahora, en cambio, generaciones en-

teras de dinastías se han contaminado por el ejemplo de Pedro I.

Seis mil hombres, víctimas inmoladas sin mérito^ han sido juguete de aquella obediencia que es condición implacable e innata de los rusos. Tenían que trabajar en un recinto a treinta grados, para lograr con tan elevada temperatura secar los materiales y los muros más aprisa. En estas condiciones aquellos desventurados, al entrar y salir de dicha atmósfera agobiante, habían de soportar diferencias de temperatura de cincuenta y sesenta grados; así, a costa de innúmeros sacrificios se iba construyendo un edificio que había de ser asilo de la vanidad, la magnificencia y el placer.

Los trabajos en las minas del Ural son menos penosos que los de Petersburgo, no obstante no ser malhechores los sometidos a los trabajos públicos de la ciudad. Me han contado que los infelices pintores del interior de las salas más calurosas se veían obligados, a causa del ambiente abrasador, a cubrirse la cabeza con una especie de solideo de hielo a fin de poder mantener despiertos los sentidos. Nada más impresionante se podía inventar para hacerles detestar las artes, los dorados, el lujo y toda clase de oropeles, como símbolo del ominoso holocausto impuesto a sus súbditos por la crueldad de Pedro I al servicio de su inaudita vanagloria.

La visita a ese palacio y lo que he sabido que representa en vidas humanas por los relatos hechos, no por rusos espías o bromistas sino por personas de cuya veracidad no se puede dudar, me han producido como primer efecto un incontenible deseo de huir de Petersburgo por no poder soportar por más tiempo mi estancia en la ciudad.

Pesan en mí, además, otras muchas consideraciones. Pienso que mientras los millones que costó la construcción

de Versalles beneficiaron a numerosas familias francesas, en la construcción del palacio ruso han sucumbido otras tantas. Pienso que gracias a esta contribución cruenta, la palabra empeñada por el emperador ha podido realizar prodigios; el palacio, terminado a la satisfacción general, fue inaugurado para festejar una boda, cosa que demuestra que en Rusia un príncipe puede ser popular si es que no da mucha importancia a la vida humana. Pienso que si ha de tener un sentido la ley de obtener con esfuerzo lo que se gana, cuando un hombre es por sí sólo la nación y el gobierno, debería imponerse como consigna la de equilibrar el empleo de los grandes recursos de la máquina que conduce con la dimensión de los objetivos propuestos. Entre una de las razones de equilibrio por parte del soberano absoluto, figura la de no obligar a hacer las cosas con apremio; la prisa que sus mandatos imponen, es un gran mal, porque sirve de pretexto al celo de sus servidores para excederse en el logro del fin, a costa si es preciso de la masa de los esclavos.

Aquella desproporción entre la empresa excesiva y los medios para realizarla, si es el precio oneroso que el pueblo paga al orgullo del príncipe que se deleita en demostrar al extranjero su prepotencia, es también un pecado contra el hombre, del que tanto Dios como la sociedad llegará un día que le han de pedir cuentas para castigarlo severamente.

Se sabe de muchos pueblos que han adorado al sol; los rusos adoran su eclipse. Por eso su visión de la vida es turbia. No puede decirse que su régimen político no produzca nada bueno; lo que sí puede afirmarse, como conclusión de lo dicho, es que lo bueno que; produce es caro.

Prototipos

Pedro el Grande

Pedro el Grande, prototipo y modelo del imperio y de los emperadores contemporáneos, es una extraña mezcla de grandeza y de miseria. Espíritu dominador como el del más cruel de los tiranos de todos los tiempos y lugares, artesano ingenioso para rivalizar con los más aventajados mecánicos de su época, soberano de cuerpo entero, águila y hormiga, león y ardilla, este amo, implacable durante su vida, se impone aún a la posteridad como una especie de genio para escribir en la historia sus juicios, de la misma manera que su voluntad se había impuesto a sus súbditos. Criticar a este hombre, analizarlo con imparcialidad, es, para quien resida en Rusia aunque sea extranjero, como una especie de sacrilegio erizado de peligros. Por mi parte, me decido a desafiar el riesgo en cada instante de cada día, no pudiendo soportar el yugo, para mí el más abominable, de haber de fingir admiración por quien no la merecé.[13]

* * *

Para poder comprender la Rusia actual precisa remontarse a la época de Pedro el Grande. Cuando, este monarca se dio cuenta de que determinados prejuicios nacionales, vestigios del régimen aristocrático, perjudicaban y obstaculiza-

ban la ejecución de sus planes, decidió coartar la libertad de pensamiento y de acción, a fin de acabar con un estado de cosas reputado perjudicial a los intereses de la corona. Incapaz de comprender los beneficios de la libertad, tanto en lo que respecta a las naciones como en lo que se refiere a sus gobernantes, aquel gran autócrata, con certero análisis, maquinó dividir a sus súbditos, es decir, al país entero, en diversas clases, sólo nominalmente independientes, a tenor del origen y rango de sus componentes; el objetivo perseguido era hacer posible que el hijo del más alto potentado del imperio pudiera ser relegado a otra clase inferior, y el hijo del más humilde labriego pudiera escalar los más elevados puestos si tal placía a la omnímoda voluntad del déspota. Con este sistema de división del pueblo, cada hombre ocupaba su lugar al servicio del príncipe y Rusia se convertía en un enorme regimiento compuesto de sesenta millones de individuos. Esta estructura, denominada *tchinn*, constituye la más vasta empresa de Pedro el Grande.

Por un sólo acto, pues, este príncipe, tan funesto por su arbitrariedad, se liberó de las trabas seculares al hacer tabla rasa de los orígenes, de la historia, del temperamento y de las costumbres de su pueblo como elementos de su existencia y renovación. Con ello Pedro I pudo realizar amplias empresas con medios inmensos pero escasamente laudables. Nadie como él sabía que en tanto subsistiera la nobleza como estamento colectivo, el despotismo de un solo hombre no sería más que una ficción, por lo que se impuso la obligación de aniquilar, en aras de la efectividad de su mando, todo cuanto pudiera sobrevivir del régimen feudal; para conseguirlo, nada más eficaz que crear hidalgos en caricatura y absorber la clase aristocrática por acumulación. En consecuencia, la nobleza fue no abolida pero sí adulterada, es decir, anulada por una institución que la suplía sin reem-

plazarla. En la jerarquía establecida, por el solo hecho de pertenecer a una clase determinada se adquiría ya la condición de noble y la facultad de transmitirla por herencia.

Pedro el Grande, a quien prefiero denominar Pedro el Fuerte, se adelantó, pues, en más de medio siglo a las revoluciones modernas, destruyendo el feudalismo con su sistema; menos potente en su país que en los nuestros, el feudalismo ruso sucumbió bajo la institución mitad civil, mitad militar que ha elaborado la Rusia actual. El mal de la reforma consistió en que, edificado el nuevo poder sobre tantas ruinas, no se supo aprovechar la fuerza exorbitante que el emperador acaparaba, limitándose a parodiar a su conveniencia las formas de la civilización europea.

Con los medios de acción usurpados por este príncipe, un espíritu creador hubiera operado verdaderos prodigios. ¡La nación rusa, la última en llegar a la gran escena del mundo, ha tenido como genio la imitación y como artífice un aprendiz de carpintero! Con un jefe menos meticuloso, menos dado a los detalles, esa nación hubiera desempeñado un papel, con indudable retraso, pero de una manera más efectiva. El nuevo poderío, fundamentado sobre necesidades interiores, hubiera sido útil al mundo, cuando ahora no pasa de ser un motivo de curiosidad.

Los sucesores de este audaz legislador han tenido durante cien años la ambición de subyugar imitando. Hoy el emperador Nicolás estima llegado el momento en que Rusia no precisa ya de ir a remolque del extranjero para dominar y conquistar el mundo; por ello es el primer soberano auténticamente ruso que el imperio ha tenido desde Iván IV, aunque bajo esta paradoja: mientras Pedro I, ruso por temperamento, no lo era por política, Nicolás, alemán por nacimiento, es ruso por cálculo y necesidad.

El «tchinn»

¿Cuáles han sido los medios empleados por los rusos hasta llegar a un tal renunciamiento de la nación? ¿Qué recursos humanos han podido llevarlos a un tal resultado político? Ha sido el *tchinn*. ¡El *tchinn* es el elemento de galvanización, el ropaje exterior de cuerpos y almas, la pasión que sobrevive a las pasiones!...

El *tchinn* es la nación-regimiento, es el sistema militar aplicado a organizar la sociedad entera, incluso aquellas clases que por su índole no practican el ejercicio de las armas; en una palabra, es la división de la población civil en clases que corresponden a la jerarquía militar. Desde que esta institución existe, quien no ha sido jamás soldado puede alcanzar la graduación de coronel.

El *tchinn* se compone de catorce clases cada una de las cuales tiene privilegios exclusivos. La decimocuarta es la clase inferior, situada encima de los siervos y compuesta por hombres nominalmente libres que no tienen otra prerrogativa que la de no poder ser apaleados impunemente. Todos sus individuos están obligados a inscribir encima de la puerta de su casa el número correspondiente a la clase, a fin de que nadie, por malicia o error, pueda incurrir en responsabilidad penal si comete sevicia contra quien goza de la referida protección legal.

La clase decimotercera está integrada por los empleados de rango inferior, tales como estafetas, ordenanzas y otros subalternos a las órdenes de funcionarios superiores; su categoría corresponde a la graduación de suboficial en el ejército imperial; sus componentes, servidores del emperador, no pueden ser siervos de nadie; todos ellos tienen un concepto preciso de su dignidad social, aunque no sienten la

menor preocupación por su dignidad humana, concepto que en Rusia carece totalmente de sentido.

A tenor del paralelo establecido entre las clases del *tchinn* y la jerarquía castrense, la primera clase, situada en el vértice de la pirámide, está compuesta de un solo hombre: el mariscal Paskievitch, virrey de Polonia.

Como ya he anticipado es únicamente la voluntad del emperador la que determina si un individuo ha de subir la escala del *tchinn*; de aquí, como también he anunciado, un hombre que ha ascendido de grado en grado hasta el más alto de esta nación artificialmente concebida, puede alcanzar los máximos honores militares sin haber servido jamás en el ejército.

El ascenso no se solicita nunca; el favoritismo es lo que lo determina.

En el fondo de esta colosal estructura hay un enorme poder de fermentación puesto a la disposición del jefe del Estado. Si los médicos procuran a veces poner calenturientos a ciertos enfermos para mejor curar sus dolencias crónicas bajo la acción de la fiebre, el zar Pedro ha procurado inocular a su pueblo la fiebre de una ambición sin medida para plegarle mejor a su poder y para gobernarle más a su antojo.

En la organización social antes descrita, la perturbación causada por la envidia es de tal grado que somete a presión constante la codicia individual, hasta hacer del pueblo ruso inepto para todo, excepto para ponerle en trance de lanzarse a la conquista del mundo. Si insisto sobre esta idea es porque no sabría nunca comprender la razón de imponer al individuo en aras de la sociedad tal cúmulo de sacrificios. Sólo un móvil de desorbitada ambición puede agostar el corazón humano y anular la inteligencia, para desviar el rum-

bo natural de un pueblo hasta consentir el holocausto de la libertad a la victoria final con la que sueña. Sin esta interpretación, confesada o inconfesada, y a la que los rusos puede que obedezcan subconscientemente, la historia de Rusia sería para mí un enigma indescifrable.

La iglesia ortodoxa

En la parada para el relevo de caballos he bajado del coche y mientras esperaba que el herrero recompusiera un brancal posterior del vehículo que se había averiado, he releído la «Historia de Rusia»[14] de la que entresaco el siguiente pasaje que copio literalmente:

> 1721. Después del fallecimiento de Adriano (último patriarca de Moscú), Pedro (emperador) había procurado diferir el nombramiento de su sucesor. En los postreros veinte años la veneración religiosa de parte del pueblo hacia este jefe de la Iglesia se había ido debilitando sensiblemente.
>
> El emperador creyó llegado el momento de declarar que aquella dignidad sería definitivamente abolida. Se decidió, pues, a dividir el poder eclesiástico, antes reunido por entero en la persona del Sumo Pontífice, e instituyó un nuevo tribunal llamado el santo sínodo confiándole todas las materias concernientes a la religión.
>
> No se proclamó jefe de la iglesia, *pero lo fue en realidad*, debido al juramento que le prestaron los miembros del nuevo colegio eclesiástico. He aquí su fórmula: «Juro ser fiel y obediente servidor y súbdito de mi natural y verdadero soberano... *Reconozco que él es el juez supremo de este colegio espiritual*».

En nuestros días el pueblo ruso es el más creyente de entre los pueblos cristianos, aun cuando por la sumisión al emperador su fe tenga escasa virtualidad. Es que cuando la Iglesia abdica de su libertad pierde toda eficacia moral y en

tal estado de vilipendio sólo puede engendrar servilismo. Insisto en decir que de todas las confesiones religiosas, la única realmente independiente es la iglesia católica y la única también que ha sabido conservar íntegro el depósito de la verdadera caridad; todas las demás son parte constitutiva de un poder temporal que las utiliza como medio político para fortalecer su autoridad. Las iglesias nacionales son excelentes auxiliares del gobierno; si se muestran complacientes para con el que manda, príncipe o magistrado, son duras con respecto al pueblo y no se ruborizan de llamar a la divinidad en ayuda de la policía para conservar un orden que consideran intangible. Sólo la Iglesia católica, igualmente poderosa, es políticamente libre porque su poder viene de más alto y de más lejos; con todo lo cual, el resultado es que mientras las iglesias nacionales forman súbditos, la iglesia universal forja hombres.

El temor del mal uso que se puede hacer de las verdades religiosas en este bajo mundo, es ciertamente justificado y nada más prudente que pedir a Dios esta gracia: que los intérpretes de su infinita sabiduría sean siempre hombres libres. Un clérigo domesticado ha de ser forzosamente un impostor, un apóstata, y si el caso viene, un verdugo. El templo de la iglesia cismática y dependiente, una vez profanado con la impostura, deja de ser lo que debe ser para convertirse en oficina donde se destila veneno bajo apariencia de remedio. En cambio, el verdadero sacerdote, como ciudadano del universo y peregrino del cielo, sin atentar a las leyes de su país, no reconoce otro juez de su fe y otro jefe apostólico que el obispo de los obispos, el Sumo Pontífice que no tiene superior sobre la tierra.

A pesar de la triste situación del clero ruso, importa recordar que durante el reinado de Iván IV fue el poder religioso el que más resistió y por más tiempo. Fueron Pedro I

y Catalina II los que vengaron a su predecesor de una tal resistencia, al consumar el sacrificio del poder eclesiástico y reducir al clérigo ruso al estado lamentable de un ser empobrecido, humillado, degradado, libre de celibato, sin jefe supremo en el orden espiritual; a la condición de un hombre que, víctima de todas sus miserias, se ve atado al carro triunfal del que apellida señor con razón, por ser éste el que le ha plegado a su voluntad y le ha convertido en siervo sumiso de la autocracia.

* * *

“ Desde tiempo inmemorial es costumbre en las iglesias cismáticas griegas limitar la predicación y evitar las discusiones teológicas, a fin de mejor contentar a su doble autoridad política y religiosa. Asimismo se han cortado sin demora todos los intentos de polemizar acerca de las diferencias entre Roma y Bizancio, prefiriendo silenciar las cuestiones principales de desacuerdo para perpetuar la disensión gracias a la ignorancia. Los mismos cursos de religión que se dan para ambos sexos en algunos centros docentes, al estilo de como lo hacen los jesuitas, son meramente tolerados como lo prueba el hecho de que algunas veces se ha dado la orden de suprimirlos. Aunque parezca increíble, en los planes de enseñanza rusos no figura la asignatura de religión, de donde resulta que florecen un gran número de sectas cuya existencia es difícil de descubrir porque el gobierno tiene especial interés en ocultarlas.

Hay sectas de éstas que permiten la poligamia, otras, más avanzadas aún, admiten la comunidad entre hombres y mujeres. A los clérigos les está prohibido escribir aunque sean simples relatos. En la interpretación que hacen de la Biblia es frecuente que un simple campesino, tomando aisladamente un pasaje del libro santo, lo interprete erróneamente originándose así una herejía, de sabor calvinista la mayoría de las veces. Cuando el pope del lugar se da cuenta de ello, la herejía se ha propalado por la feligresía y territorios circunvecinos. Favorecidos por la ignorancia del ambiente, si el pope denuncia el hecho, los apóstatas son enviados prontamente a Siberia, a no ser que el castigo signifique algún perjuicio para el señor de las tierras, en cuyo caso éste cuidará de hacer callar al pope utilizando todos cuantos medios persuasivos estén a su alcance. Sucede a veces que a pesar de todas las precauciones la herejía ha hecho tantos progresos que no puede pasar inadvertida por las autoridades superiores; entonces, ante la imposibilidad de castigar un tan gran número de prosélitos, se considera más hacedero dejar las cosas como están. La violencia —piensan— podría empeorar el mal en lugar de ahogarlo; la discusión podría ser contraproducente abriendo los ojos de la gente y, para los gobernantes déspotas, éste es el peligro mayor y el peor de los males. Se opta, pues, por el silencio y la pasividad, con tal de esconder la realidad aún a riesgo de empeorar el estado de cosas en lugar de remediarlo.

> ¡Por las discusiones religiosas perecerá el imperio ruso; los que nos envidian la fortaleza de nuestra fe nos juzgan sin conocernos![15]

¿Cuál ha sido la compensación obtenida por el pope ruso, a cambio de su abdicación, en el seno de la sociedad más supersticiosa del mundo? De una parte ha visto prodigarse a su presencia los signos exteriores de la devoción de los fieles, como persignarse por cualquier motivo, hacer genuflexiones ante los altares, prosternarse las devotas sobre las losas de los templos, acudir prontamente a besamanos... Además de todo esto, ha podido tener una mujer y unos hijos. En contra... ha merecido el desprecio de todos. ¡Qué lección!... ¡Qué castigo!... Es asombroso comprobar que en medio del triunfo de su causa, el clérigo cismático se ha visto aquejado de esterilidad. Es lo que acostumbra a suceder cuando el poder religioso quiere acaparar el poder temporal, es decir, ha de sucumbir colectivamente falto de horizonte más amplio para seguir las rutas abiertas por Dios, de la misma manera que sucumbe individualmente el sacerdote que se somete al poder civil falto de valor para marchar por aquella vía, víctimas unos y otros de la carencia de su augusta vocación.

La situación de la Iglesia ortodoxa rusa tal como la puedo juzgar es la de una confesión que nadie combate y que, en apariencia al menos, todo el mundo respeta; una Iglesia favorecida en el ejercicio de su autoridad moral y que no obstante tiene escasa influencia sobre las conciencias, incapaz de formar otra cosa que hipócritas o supersticiosos. Una religión de esta índole no es más que una cosa muerta aunque, a juzgar por lo que pasa en Polonia, puede tener arrestos persecutorios. Carente de grandes virtudes, de elevadas inteligencias, la iglesia rusa se resiente, en una palabra, de

aquella libertad sin la cual la vitalidad flaquea y las luces se apagan.

Los siervos de la gleba

Me han contado tantas cosas relativas al estado servil de la gente del campo en Rusia, que resulta difícil formarse una cabal idea de la verdadera situación de esta clase social carente de derechos a pesar de ser la parte mayor de la nación.

Tal deficiencia jurídica, si deja desvalidos socialmente a los campesinos rusos no les priva de disponer de otros recursos morales para valerse; no les falta ingenio y hasta se comportan alguna vez con altanería. Pero, su característica predominante y la más empleada en la vida ordinaria es la astucia; ésta es su arma más eficaz para contrarrestar con artilugios la mala fe y la falta de probidad en los tratos que les impone el proceder insensato de sus dueños.

Hay regiones del imperio en donde los campesinos creen a pie juntillas que están adscritos a la tierra y son pertenencia de la misma como algo que deriva del orden natural de las cosas, por lo que es para ellos incomprensible que pueda haber hombres que sean propiedad de otro hombre. En otras regiones los campesinos creen que la tierra les pertenece; los que así piensan se comportan con una tal mansedumbre que su conformismo, al darles un cierto bienestar interior, se traduce en una docilidad que les hace los más sumisos de todos los siervos.

Muchas veces cuando los labriegos saben que van a ser vendidos, hacen lo imposible para obtener que les compre a ellos, a sus tierras, a sus hijos y a sus ganados, algún señor

que pasa por bondadoso, aunque viva lejos del lugar. Se da con frecuencia el caso de que el señor elegido como candidato *por su* bondad (no digo por su justicia por ser desconocido en Rusia este atributo hasta por los hombres desprovistos de poder), carezca de dinero para efectuar la operación; en tal caso los siervos no vacilan un momento en prestarle la cantidad necesaria. La compraventa, pues, se realiza con el dinero de ellos mismos, el señor adquirente los acepta como siervos, les exime del pago de rentas por el tiempo necesario para indemnizarles del precio pagado por adelantado y, como contrapartida, los siervos liberan al señor del pago de la suma equivalente al valor de la finca de la que, en cierta manera, le han obligado a ser propietario. Curioso fenómeno este por el que los siervos con disponibilidades enriquecen al señor pobre y a sus herederos y añaden aún su contento de pertenecerle, ya sea porque han evitado caer en manos de un dueño desconocido, ya sea porque han escapado al trato cruel de un amo despiadado. Después de esto nadie podrá poner en duda que las aspiraciones de los campesinos rusos no pueden ser de más limitados horizontes.

No se crea que los terratenientes no sufran como los siervos por esta atrasada constitución agraria propia de una economía primitiva. Habida cuenta de que frecuentemente la tierra es de venta difícil, sucede que la situación de agobio creada al propietario que no puede pagar las deudas contraídas, le compele a buscar dinero prestado, para lo que acude al Banco imperial a fin de constituir hipoteca sobre sus bienes. De esta manera el emperador, como tesorero y acreedor de toda la nobleza rusa, dispone de un nuevo instrumento de vasallaje que ata más a sus miembros al yugo de la sumisión.

A pesar de las injusticias de los administradores del patrimonio imperial, la suerte de los campesinos pertenecientes

a los bienes de la corona es mucho más llevadera que la de los otros siervos, por lo que cuando el soberano compra una nueva finca, sus moradores son objeto de la envidia de sus circunvecinos. No hace mucho adquirió el emperador un latifundio en un cantón determinado; cuando el hecho fue conocido por los habitantes de la comarca, se reunieron para gestionar cerca de los administradores de los bienes imperiales la adquisición de sus personas y de los fundos a las que pertenecían; no satisfechos con esto nombraron una comisión para que, saliendo para Petersburgo, se encargara de presentar su demanda a la misma persona del emperador. Éste accedió a la entrevista, dispensándoles bondadosa acogida; en ella les manifestó que sentía no poder acceder a sus deseos por cuanto que le era imposible adquirir el territorio de Rusia entero, pero que podía asegurar no había de tardar el día en el que el cultivador sería libre, cosa que ya se hubiera dado seguramente si sólo dependiera de su voluntad; por fin, les aseguró que encaminaba todos sus esfuerzos a la consecución de tal finalidad.

Estas declaraciones, interpretadas a su manera por aquellos hombres primitivos y codiciosos, soliviantaron a toda una provincia y fue necesario reprimir con mano dura los desmanes que se sucedieron. «El *padrecito*, —clamaban los comisionados de las comarcas del Volga a su regreso—, quiere nuestra libertad; mientras él se afana para colmar nuestro bienestar, él mismo nos ha dicho, son los señores y sus administradores los que se oponen a las buenos deseos del *padrecito*. ¡Venguémonos! ¡Venguemos al emperador!»...

El labriego ruso es industrioso y sabe salir en bien de sus dificultades. Cuando recorre el campo lleva siempre consigo una segur, utensilio del que se vale hábilmente y que tiene suma utilidad en un país no desprovisto de bosques. Teniendo a aquel hombre así dotado a vuestro servicio no hay peli-

gro de perderse en descampado ni os faltará cobijo para pernoctar, pues en pocas horas construye una choza donde se puede dormir con más comodidad y seguramente con más limpieza que en una cualquiera de sus miserables aldeas. En cambio, con ellos no tendréis nunca en seguridad vuestros objetos de cuero: echan mano de correas, mandiles, cinchas de maletas y arneses, objetos que sustraen con avidez y presteza, sin perjuicio de que seguidamente se entreguen con fervor a las más aparatosas demostraciones de devoción religiosa.

Un viento de fronda circula hoy por las campiñas rusas, produciéndose desórdenes por doquier. Suerte que las noticias de tales sucesos llegan siempre con tal retraso que cuando se conocen se refieren a hechos que pertenecen ya al pasado; esta lentitud informativa debida a la dificultad de comunicaciones, está favorecida por la política porfiada y obscura de los gobiernos, los cuales no se preocupan de atajar el mal con tal de que se restablezca prontamente el orden perturbado. De todas formas, por ahora al menos, los disturbios campesinos si son endémicos no tienen aún suficiente amplitud para perturbar de manera profunda la constitución social del régimen. La obtusa disciplina de la tropa contribuye con su obediencia a mantener la sumisión en el campo, en un proceso de ayuda mutua basada en la ignorancia; conjugada ésta con el aislamiento, es fuente de la que dimana el bien y el mal, y forma un nexo de tan cerradas perspectivas que no permite vislumbrar remedio alguno ni adónde ha de llevar a la nación el círculo vicioso en el que vive encerrada.

Si, como se asegura, Rusia llega un día a ser un país industrial, las relaciones entre el siervo y el poseedor de la tierra no tardarán en modificarse; una clase de mercaderes y de artesanos se formará entre los nobles y los labriegos.

Hoy empieza este hecho a insinuarse, pero la recluta de sus componentes se hace casi exclusivamente entre los extranjeros; así fabricantes, comerciantes, traficantes y artesanos son alemanes en casi su totalidad.

Liberar ahora de golpe a los campesinos rusos sería una medida contraproducente. En cuanto los siervos vieran que sus tierras eran vendidas sin ellos o que se arrendaban para ser cultivadas por otros, desatarían las cataratas de su furor para sublevarse en masa, dispuestos a todos los excesos y sacrificios para impedir que se les despojara de lo que ellos consideran su bien por antonomasia.

Los IDÓLATRAS

Un analista livoniano, citado por Karamsin, da cuenta de dos casos verdaderamente característicos de devoción idolátrica hacia su señor y verdugo; el uno tiene como protagonista a un embajador, el otro a un ajusticiado.

> Ni los suplicios ni el deshonor eran suficientes para aminorar la adhesión de estos hombres a su soberano. El primer caso es el siguiente: El príncipe Sugorsky, acreditado ante el emperador Maximiliano en 1576, cayó enfermo cuando cruzaba Curlandia. Por consideración hacia el zar el duque envió diversas veces a su propio ministro para informarse del curso de la enfermedad del plenipotenciario. A cada visita este último respondía invariablemente lo mismo:
>
> —Mi salud es lo de menos con tal de que sea buena la de mi soberano.
>
> Asombrado el ministro, un día no pudo menos que preguntarle:
>
> —¿Cómo es posible que pueda usted servir a un tirano con tan extremado celo?
>
> —*Nosotros los rusos* —contestó el príncipe Sugorsky—, *sentimos siempre la más profunda devoción por el zar reinante, bueno o malo.*
>
> Para corroborar sus afirmaciones, el enfermo refirió que no hacía mucho tiempo que el zar Juan hizo empalar a *uno de sus personajes por una falta ligera. A* pesar de su desdicha y en medio de tormentos espantosos, el torturado *dirigiéndose a su esposa e hijos repetía sin interrupción*:
>
> —«¡Gran Dios! ¡Protege al zar!...»[16]

Es decir, añade el mismo Karamsin, que los rusos se envanecen de lo que los extranjeros les reprochan: la ceguera sin límites que les somete a la voluntad del monarca, incluso cuando en sus más insensatos exabruptos llegan a pisotear sin miramientos todas las leyes de la justicia y de la humanidad.

Lamento no poder aducir los múltiples relatos similares que he conocido; siendo necesario ceñirse a los más significativos, me limitaré a aludir a las relaciones que el zar mantiene con sus súbditos, según el relato expuesto en el tomo IX, pág. 264:

El khan de Crimea retenía en su poder a Vasili Griaznoi, uno de los favoritos de Juan, hecho prisionero por los tártaros en una emboscada, cerca de Moloschnievodg. Ofreció el khan al emperador el canje de aquél por Muzza Divy, proposición rechazada por el zar no obstante interesarse por la suerte de Griaznoi. Mantenía con éste regular correspondencia, escribiéndole el zar *cartas amistosas* en las que, según su manera de ser, ridiculizaba los servicios de su malhadado favorito en estos términos: «Tú has creído que es tan fácil guerrear contra los tártaros como bufonear en mi mesa; ellos no son como vosotros toda vez que no se adormecen en tierra enemiga ni dicen a cada paso: *¡Es ya hora de regresar a casa!* ¡Singular idea la tuya de hacerte pasar por personaje!... Es cierto que para alejar de nuestro alrededor a los pérfidos boyardos, hemos tenido que admitir en nuestra compañía a esclavos de tan baja extracción como tú mismo, pero tú no debes olvidar ni a tu padre ni a tus antepasados. ¿Te atreves a codearte con Divy? La libertad te daría la endeblez que ocasiona la molicie, al paso que a él le daría ánimo para combatir espada en mano a los cristianos. Ya es bastante que en nuestro deseo de proteger a los esclavos que nos sirven fielmente, consintamos en pagar un rescate por tu persona.»

La respuesta del servidor es digna de la carta del amo. Hay en su contenido algo más que el retrato de un hombre vil; se echa de ver enseguida la vocación para el espionaje sentida ya entonces por los rusos. Aunque sin duda pocos serían capaces de perpetrar los crímenes de Griaznoi, creo firmemente que muchos podrían escribir cartas parecidas, al menos en su fondo, a las de aquel miserable. Hela a continuación tal como la transcribe Karamsin:

«Mi señor: Yo no me he adormecido en país enemigo; *yo ejecutaba tus órdenes recogiendo información para la seguridad de tu imperio*. No fiándome de nadie, velando noche y día, caí prisionero cuando, cubierto de heridas, estaba a punto de morir abandonado de mis cobardes compañeros. He exterminado combatiendo a los enemigos del nombre cristiano, y durante mi cautiverio *be hecho perecer a los traidores rusos* que querían perderte; *ellos han muerto por mi propia mano* sin que ni uno subsista con vida[17]. Bromeaba en la mesa de mi soberano para distraerle, hoy muero por *Dios* y por *él*. Es por una gracia especial del Todopoderoso que todavía aliento; es el ardor

de mi celo en su servicio el que me sostiene a fin de poder regresar a Rusia *para volver de nuevo a divertir* a mi príncipe. Mi cuerpo queda en Crimea, pero mi alma está con *Dios y Tu Majestad*. No temo a la muerte, no temo otra cosa que tu desventura.»

Tal es la correspondencia *amistosa* del zar con sus favoritos.

Karamsin añade: «Eran miserables de esta calaña lo que necesitaba Juan para mantener su régimen y, según creía, para su misma seguridad.»

Los cosacos

Referirse a los cosacos del Ural, para un extranjero como yo, es indudablemente un tema atractivo aunque por insuficiencia de tiempo y de medios sea aventurado tratarlo y para ello se hayan de vencer numerosas dificultades.

Los cosacos con sus familias forman un clan guerrero con más características de horda que de una tropa sometida a disciplina militar. Obedientes al jefe, como un perro a su dueño, se someten al mando con fidelidad y con menos servilismo que los restantes soldados rusos. En un país tan inorgánicamente estructurado, los cosacos se consideran más como aliados del gobierno imperial que servidores del mismo. La agilidad de sus movimientos, sus costumbres nómadas, la rapidez y nervio de sus caballos, la paciencia o la habilidad del hombre y de la bestia, ambos acostumbrados a una misma existencia de dureza y privaciones, constituyen un conjunto que es por sí solo una verdadera fuerza. El instinto de orientación de tales gentes es admirable: en descubierta, a la vanguardia de los ejércitos saben guiarse sin rutas en las regiones que invaden, tanto en las más desiertas y estériles como en las más pobladas y prósperas. En el combate, el sólo nombre de cosaco difunde el terror entre sus

enemigos; los generales que saben maniobrar hábilmente esa caballería ligera disponen de un medio de acción de gran eficacia, con notoria ventaja sobre los ejércitos más adiestrados que carecen de unidades similares.

Dicen que los cosacos son gente de natural apacible y dotados de una sensibilidad que no permite adivinar las apariencias de un pueblo de costumbres tan primitivas; en cambio, tocan los perjuicios de su ignorancia, causa frecuentemente de sus desdichas. Así, la credulidad del cosaco es explotada por la oficialidad de una manera tan ignominiosa que mi dignidad se rebela contra un sistema que desciende a tales vergüenzas o que no se decide a castigar a los que osan valerse de esos métodos reprobables.

Me han contado personas fidedignas que en la guerra de 1814 a 1815, valiéndose de la circunstancia de luchar lejos de sus tierras, algunos jefes de unidades cosacas arengaban a sus tropas en los términos siguientes: «Matad cuantos enemigos podáis, luchad sin tregua; si morís combatiendo, antes de los tres días estaréis de nuevo junto a vuestras mujeres y vuestros hijos porque resucitaréis en carne y hueso, en cuerpo y alma. No temáis nada ni a nadie.»

Aquellos hombres, acostumbrados a considerar en la voz de sus oficiales la de Dios Padre, tomaban a la letra tales promesas y se batían con el arrojo de los guerrilleros cuando era fácil escapar al peligro o afrontaban la muerte como verdaderos soldados cuando las circunstancias lo exigían.

Por mi parte no acierto a comprender cómo se puede recurrir dignamente a tal clase de procedimientos por parte de los oficiales que mandan gentes tan simples como valerosas. Engañar a los soldados, aunque la mentira pueda originar actos heroicos, sería algo que rechazaría sin vacilar; acepto que se ponga en juego el valor de la tropa, como

considero de buena ley enardecerla para mejor arrostrar las situaciones, pues todo ello forma parte de los recursos de los que lícitamente puede usar el mando, pero conducir a los hombres a la muerte con engaño, vale tanto como negar alcance a su valor y dignidad a su obediencia. Tales artimañas en el arte de la guerra son tan vituperables como las inventadas para el logro de un fin religioso. Los excesos bélicos sin límites hacen aún más intolerable a la guerra misma.

Las prácticas referidas, en uso hace veinticinco años, describen el estado moral de una nación e inspiran a la vez temor por su suerte y desagrado por su forma de proceder. Ignoro lo que hoy sucede, pero es de suponer que sean semejantes o aún peores los métodos empleados, toda vez que siempre se está inclinado a utilizar de nuevo aquello que ya ha sido ventajosamente experimentado. Aunque la superchería sea de efectos limitados, no se olvide que para seguir empleándola, se trataría de inventar una en cada campaña, con lo que se dispondría de un móvil seguro para poner en marcha la máquina militar así lubrificada con un nuevo fraude.

Rasgos colectivos

Despotismo

El emperador es en Rusia la personificación del poder social. De hecho, si no de derecho, este poder se inspira en un principio de igualdad parecido al que patrocina la moderna democracia galo-americana, los fourieristas, etc., de manera que a las causas de desasosiego comunes a todos los demás pueblos, el ruso añade esta causa específica: la de estar pendiente de los altibajos del capricho imperial.

El despotismo funciona en Rusia de una manera tan estricta que nadie puede escapar a su política de máxima opresión, bajo la férula de un régimen policíaco inflexible e irritante que se ejerce con menoscabo total del sentido humanitario. Un tal sistema, si inspira temor, no incita a los rusos a condenarlo airadamente como se merece, confirmando con esta pasividad aquello de que no siempre inspira desprecio lo que se teme.

Intentar penetrar en los misterios insondables de este despotismo organizado, es tarea ardua y fuente inagotable de reflexiones filosóficas. Contemplar este imperio surgido al oriente de una Europa debilitada por una crisis de autoridad, es algo tan notable como si me hallara de pronto ante una nación del Antiguo Testamento como observador absorto e inquieto de la singular creación de un genio prehistórico.

Considerado el fenómeno con la atención que corresponde, se echa de ver desde luego que la estructura social de Rusia no se aviene a ningún otro país; en el fondo lo que aquí existe, existe solamente para los rusos y solamente por ellos puede ser usado, aunque aparentemente las cosas pasen a veces como en todas partes. En conclusión: para vivir en Rusia es preciso ser ruso.

* * *

Esta noche el todo Petersburgo, es decir, la corte y su séquito, se había congregado en las islas. No era con objeto de disfrutar de un día espléndido paseando al aire libre por el gusto físico que comporta, no; tal placer sería incomprensible para estos cortesanos. Sus propósitos eran otros: ver pasar el paquebote de la emperatriz, espectáculo que les encanta al punto de no dejar escapar una sola oportunidad para contemplarlo. Por algo aquí el soberano es una especie de Dios, una princesa es una Armida o una Cleopatra; por algo desfilan aquí estos figurones cambiantes en cortejo invariable ante unas gentes igualmente fervorosas en cada época, igualmente rendidas al paso del jerarca reinante tenido como providente y todopoderoso.

Sin embargo, en todo cuanto tales gentes hacen o dicen se echa de ver que la adhesión manifestada es parecida a la del rebaño al pastor, ignorante aquél de que éste lo apacienta para destinarlo al sacrificio. Un pueblo sin libertad, si carece de sentimientos, mantiene la avidez de sus instintos, a los que con frecuencia obedece en forma tan incoherente como intempestiva. No sería extraño que hasta el propio emperador ruso sintiera hastío de tanta adulación, de la misma manera que el ídolo se sacia del exceso de incienso de los turiferarios. El culto al déspota que en Rusia se practica, se ve salpicado a veces por cruentas depredaciones que

llegan al asesinato; esto sucede siempre que el príncipe siente un miedo invencible y se propone distraer su aburrimiento entre el terror y el fastidio. Triste destino éste de un zar que por carecer de pares no dispone más que de esclavos; triste condena la del déspota, que siente a su alrededor el vacío sentimental más completo, en contacto con la guardia cerrada de la etiqueta y de los celos que atisban el momento propicio para hacer acto de presencia. Este diorama se agrava todavía si el zar, revestido de algún don personal, tiene condiciones para elevarse por encima de tanta mediocridad, pues en tal caso es el soberano tan digno de conmiseración como lo es su pueblo.

El caso de Repnin es revelador. Repnin ha gobernado el imperio a su antojo como favorito del emperador; desde hace *dos años* cayó en desgracia y desde hace *dos años* los rusos no han oído pronunciar su nombre, un nombre que antes era el más popular de todos. Desde lo más alto del poder se hundió en el abismo del silencio, y hoy nadie se atreve a acordarse de él ni hacer a su persona la más leve referencia, que en Rusia cuando cae un valido, sus amigos se hacen sordos y ciegos, le abandonan sin piedad y permiten que la desgracia sepulte a quien en un momento habían homenajeado servilmente. Ya cuando se dan los primeros síntomas de la pérdida del favor real, la egoísta cautela de los cortesanos da sus primeras muestras de desvío, aunque no haga comentario alguno, ni por prudencia formule un vaticinio. ¿Quién es capaz de saber si el actual ministro hoy en auge, lo será mañana? Bajo Luis XV, el despido de Choiseul fue para éste un triunfo; en Rusia el cese de Repnin ha sido para el caído un holocausto.

* * *

¿A quién apelará el pueblo el día de la gran conmoción? ¿Qué desquite prepara contra los autócratas y la abdicación de una cobarde aristocracia? ¿Qué hace la nobleza rusa? No hace más que postrarse de hinojos ante el emperador como se venera a una divinidad, y convertirse en cómplice de sus abusos de poder, a cambio de que la dejen competir con el soberano la opresión ejercida sobre el pueblo y sacar de éste todo el fruto por todo el tiempo que le sea posible tener el látigo en la mano. Tan vitanda aspiración no es ciertamente la que reserva a la nobleza el designio de la Providencia dentro de la vida de una nación en la que ocupa inmerecidamente puestos tan preeminentes. Pero, en su mismo pecado lleva implícita la penitencia, toda vez que ante tan lamentable abandono de su misión social, mientras la nobleza se va descomponiendo por esterilidad crece ininterrumpidamente el poderío de su amo.

En la vida orgánica de Rusia nadie ocupa su lugar ni nadie cumple con su deber, con la única excepción del emperador mismo; el clero y la nobleza, como las demás clases sociales, soslayan el cumplimiento de sus funciones sumidos en su servidumbre, una servidumbre que los envilece porque más que sufrirla la toleran. Es de prever que antes de cincuenta años, el mundo civilizado caerá bajo el yugo de los bárbaros o Rusia conocerá un estallido revolucionario más espantoso que la conmoción sufrida por el occidente europeo y cuyos efectos perduran todavía.

Desconfianza

A medida que conozco más el país comprendo mejor la decisión gubernamental de prohibir a los rusos viajar y las

dificultades que se oponen a los extranjeros para entrar en Rusia. Su régimen político no resistiría veinte años la libre comunicación con el occidente europeo.

Para una persona superficial viajar por Rusia es vivir entre ficciones, pero para quien sabe tener los ojos abiertos a la realidad y junta a la capacidad de observación un espíritu independiente, recorrer el país supone un trabajo continuo, porfiado, para discernir con dificultad y según los casos las dos comentes que se producen dentro del conjunto. Estas dos corrientes son: Rusia tal cual es y Rusia tal como quieren que aparezca a los ojos de Europa.

Mientras el viajero sólo demuestre su interés por las nimiedades, mientras madrugue a pesar de haberse acostado tarde, mientras no pierda baile después de haber asistido a todos los desfiles, en una palabra, mientras se produzca sin sentido crítico, tendrá todas las puertas abiertas, tendrá en todas partes excelente acogida, será juzgado benévolamente, recibirá las demostraciones más expresivas de deferencia; sobre todo, si el emperador le ha dirigido la palabra o le ha sonreído, se dirá de él que se trata de una persona sumamente distinguida. Todo esto me hace pensar en el burgués gentilhombre satirizado por Moliere y explica el prurito ruso de calificar su hospitalidad política con un verbo francés equivalente a *seducir*, para expresar el afán con el que se proponen conquistar al visitante. En cambio, si éste no recata su deseo de observar y ver, si no se fatiga, si es clarividente, si no cede al fastidio o si se aburre, verá entonces levantarse en contra suya, como serpiente en celo, toda la acerba causticidad rusa, como otro exponente de su idiosincrasia.

Los únicos talentos naturales que he podido apreciar entre los rusos son la ironía y el espíritu de imitación; en el campesino se manifiesta tal predisposición mediante el uso

de la burla, mientras que el sarcasmo es la prerrogativa de la gente culta. La severidad con que tratan al extranjero que incurre en su enojo no se detiene ya en la maledicencia; le obligan a pasar, por así decirlo, por las baquetas de su cólera incontenible, hasta quedar maltrecho y vilipendiado sin posibilidad de recuperación. La mala voluntad de todos le tratará con cierto placer sádico para concluir con este anatema: «Inutilicémosle por precaución, al fin será uno de menos, que ya ha de ser tenido por adversario aquel que sólo tenga la posibilidad de serlo.»

* * *

Sin Edad Media, sin recuerdos ancestrales, sin catolicismo, sin espíritu caballeresco, sin respeto a la palabra empeñada, los rusos se parecen a los griegos del Bajo Imperio; son corteses en la forma como los chinos, burdos o al menos indelicados como los calmukos, desaliñados como los lapones, gallardos, ignorantes como los salvajes (excepto las mujeres y algunos diplomáticos), sutiles como los judíos, intrigantes como mestizos, dulces y graves como los orientales, crueles en sus sentimientos como los bárbaros, sarcásticos y desdeñosos por la angustia que les oprime, doblemente burlones por naturaleza y complejo de inferioridad, en apariencia ligeros, aunque esencialmente probos en negocios serios. Su capacidad para obrar con redomada astucia, limita sus posibilidades para actuar con delicadeza. Con su sempiterna vigilancia de sí mismos, los rusos, en fin, me parecen los hombres que inspiran más compasión de la tierra.

Si el genio es creador y la astucia observadora, el abuso de observar conduce a la suspicacia y ésta, en cierta forma, produce la inacción. El genio puede aliarse con el arte, pero la astucia no llega a conseguirlo; virtud de subalternos, acude a la lisonja para servir con artería al dueño que se teme.

Gracias a esta virtuosidad de serrallo, los rusos son impenetrables, como si siempre pretendieran esconder algo y sin que se pueda adivinar las más de las veces aquello que esconden. Con tal proceder tienen bastante. El día que sean capaces de engañar a fondo serán por su aptitud escurridiza gentes verdaderamente peligrosas.

De mí sé decir que en presencia de algunos rusos de elevada función o de vasta cultura, he sentido la sugestión de su influencia irresistible, por lo que reputo a esta clase de gentes como muy temibles para propios y extraños.

La distancia que separa a Rusia del occidente le ha servido hasta hoy espléndidamente para correr un velo sobre un sinnúmero de cosas; esta ocultación de la verdad recuerda la sinuosa política griega al valerse hábilmente del engaño para subsistir y, aunque parezca extraño, para consolidar su predominio. En un ambiente tal se comprende que tengan gran alcance una opinión, una palabra sarcástica, una frase irónica, una burla y hasta una sonrisa. La tiene con mayor razón un libro ante un sistema de gobierno que vive de la credulidad de un pueblo y aprovecha la condescendencia de los extranjeros. Una verdad lanzada en Rusia es como una chispa caída sobre un barril de pólvora.

* * *

¿Qué importa a los dirigentes de Rusia el abandono interior, el rostro macilento de los soldados del emperador, con tal de que estos espectros tengan brillantes uniformes, los más bellos de Europa? ¿Qué importa la mala calidad del capote que cubre a los soldados en el campamento? Lo que importa es rendir culto a la apariencia; lo que importa es dar la impresión de riqueza, aunque los oropeles oculten al mendigo; lo que importa son soldados de magnífica presen-

cia cuando se exhiben, aunque en privado sean haraposos y mugrientos. Ante tal conformación colectiva no es de extrañar que en Petersburgo, por ejemplo, levantar la punta del velo que cubre las apariencias sea una inconveniencia merecedora de severa repulsa. En una palabra: en Rusia la vida social es una conspiración permanente contra la verdad.

Se ha dicho que los rusos disponen de mejores diplomáticos que los pueblos occidentales más avanzados en civilización. Se explica que den esta impresión por el hecho de que nuestra prensa les informa con detalle de todo cuanto pasa entre nosotros, exhibe todas nuestras debilidades en lugar de ocultarlas prudentemente, ponemos al descubierto, apasionadamente, nuestras querellas intestinas; al paso que su política bizantina trabaja en la sombra, esconde cuidadosamente lo que piensa, lo que hace y lo que teme. Nosotros vivimos a la luz del sol, ellos se ocultan entre misterios. La partida, por tanto, se juega con cartas desiguales; mientras el desconocimiento de sus cosas nos hace marchar a tientas, nuestra sinceridad los orienta; mientras nosotros tenemos la debilidad de hablar sin medida, ellos tienen a su favor el poder del silencio. En esto y sólo en esto consiste toda su pretendida superior habilidad.

Amor propio

No obstante el orgullo cortesano con que los rusos me ponderan las realizaciones de su amo para crear y sostener la marina imperial, he sentido decrecer rápidamente mi interés y curiosidad cuando me he enterado que todos los barcos de la base se utilizaban para la instrucción de los guardiamarinas. Una escuadra que no responde a una necesidad

militar superior, que no se dedica a entrenarse para la guerra, que no tiene detrás de ella una actividad mercantil a respaldar, me ha parecido destinada únicamente para desfilar en unas maniobras de parada y satisfacer el afán de los rusos por tal clase de exhibiciones.

La revista naval a la que he asistido me ha divertido mucho a pesar de que la puerilidad al por mayor me ha parecido siempre una cosa detestable. El espectáculo que he presenciado era propio de un régimen despótico en el cual los medios están en desproporción con el resultado obtenido, al revés de lo que sucede en los otros sistemas políticos en los que existe la debida correlación entre el esfuerzo y el objetivo. En Rusia el autarca ordena sacrificios cuantiosos para dar cima a cosas ínfimas.

A propósito de la escuadra; un día lord Durham hizo al emperador una observación cuya franqueza hirió en lo más vivo la sensibilidad del monarca. Le dijo: «Los navíos de guerra rusos se ve claramente que son como los juguetes del emperador.»

Presiento que este colosal infantilismo me maldispone para admirar lo que contenga este país. Para admirar a Rusia, entrando en ella por vía marítima, sería preciso olvidar la entrada de Inglaterra por el Támesis; la diferencia entre ambas entradas es la misma que va de lo vivo a lo pintado. En su idioma tan expresivo para describir las cosas, los ingleses llaman a un barco de la flota real *un hombre de guerra*; jamás los rusos podrán dar un tal nombre a su escuadra, a unos navíos de guerra que, siguiendo la comparación con los ingleses, sería más atinado bautizar como *hombres de corte*, por convenir más a aquellos barcos las apariencias cortesanas, los emblemas de eunucos de serrallo y la condición de inválidos de una marina de guerra.

* * *

El emperador es el que está menos salvaguardado de los engaños de la ilusión. Recordemos el viaje de Catalina a Cherson: en realidad su carroza atravesaba desierto tras desierto, pero a su paso surgían a cada media legua del camino numerosas y prósperas poblaciones para que pudiera contemplarlas la emperatriz. Se trataba de simples decoraciones pintadas para satisfacción de su amor propio, como soberana de unas provincias meridionales densas de población y florecientes, cuando, en verdad, no eran sino llanuras paupérrimas esquilmadas tanto por una administración opresora como por una naturaleza ingrata. Los áulicos que maquinaron la farsa estaban seguros de que la majestad imperial no descubriría su artimaña yendo a mirar detrás del telón improvisado. De esta manera es como las trapisondas de los hombres de confianza del emperador en los puestos administrativos exponen aún hoy día al soberano al ridículo de trucos similares.

Los reinados de Catalina la Grande y de Alejandro no han hecho más que prolongar la infancia de una nación que sólo existe de nombre.

Catalina había instituido escuelas siguiendo los consejos de los filósofos franceses con los cuales quería congraciarse en pago de unos elogios que satisfacían su vanidad. El gobernador de Moscú, uno de los favoritos de la emperatriz, que ésta recompensó con aquella prebenda en la antigua capital de Rusia, le escribió una carta en la que le anunciaba que nadie enviaba sus hijos a las escuelas creadas; la emperatriz le respondió aproximadamente en estos términos: «Mi querido príncipe, no te lamentes de que los rusos no sientan anhelo de instruirse; si yo instituyo escuelas no es por ellos, sino por Europa *donde precisa mantener nuestro*

rango en la opinión; el día en que nuestros labriegos se decidan a instruirse ni tú ni yo seremos lo que somos.»

* * *

El estilo arquitectónico que predomina de una punta a otra del imperio es el mismo. Se trata de las arquitecturas denominadas clásicas, altamente estimadas por los rusos, según pone de manifiesto el siguiente diálogo que sostuve en Moscú con persona de elevada cultura. Me decía, refiriéndose a obras maestras de la arquitectura rusa, que no había visto nada comparable en Italia.

—¿Habla usted en serio? —dije yo.

—Completamente en serio —me replicó.

—Me parece, sin embargo, que cuando se desciende por primera vez la pendiente meridional de Italia, la impresión producida en el ánimo es algo inolvidable.

—Pero ¿cómo quiere usted —exclamó el ruso impaciente —, que nosotros, habitantes de Petersburgo y Moscú, nos sorprendamos como usted ante la arquitectura italiana? ¿Es que no ve usted nuestras obras a cada paso que da por las más modestas de nuestras ciudades?

El desdén por lo que desconocen me parece ser uno de los rasgos predominantes del carácter ruso. En lugar de procurar comprender tratan de burlarse. Si un día consiguieran patentizar su verdadero genio, el mundo vería con sorpresa que este genio no es más que caricatura. Cuando mejor observo lo que veo y a medida que conozco el país, más me afianzo en la opinión de que Rusia, el último de los Estados inscritos en el libro de la civilización europea, se complace en tal grado en su nuevo papel de advenedizo que se acomoda sin enojo con los característicos infantilismos de amor propio de los nuevos ricos.

Xenofobia

No es posible en Rusia ver cosa alguna sin ceremonia y de improviso. Ir a donde os dé la gana, es aquí imposible. Es necesario prever cuatro días antes hacia donde os llevará el capricho, o resignarse a no tener ni pizca de capricho, que es a lo que uno se resigna al fin y al cabo. La hospitalidad rusa, erizada de formalidades, hace la vida difícil a los extranjeros, aún los más privilegiados; cualquier pretexto es bueno para perturbar la libertad del viajero y para restringir su campo de observación. Se os hacen los supuestos honores del país y sometido a esta fastidiosa cortesía, no podéis visitar los sitios y examinar las cosas sin compañía de un guía; no estando nunca solo, es más difícil emitir opinión por cuenta propia, y esto es lo que persiguen. Al entrar en Rusia es preciso dejar en la frontera, con vuestro pasaporte, vuestro libre albedrío.

¿Queréis ver las curiosidades de un palacio? Pondrán a vuestro servicio un mayordomo que os hará los honores pomposamente y os obligará a observar cada cosa con todo detalle, es decir, a no tener en cuenta más que su punto de vista para admirarlo todo sin excepción. ¿Queréis visitar un campamento militar para conocer la organización de la vida en el mismo? Un oficial, algunas veces un general, os hará de mentor. ¿Un hospital? El director saldrá a vuestro encuentro cortésmente. ¿Una escuela, un establecimiento público cualquiera? El jefe, el inspector, previamente advertido de vuestra visita, estará dispuesto y bien preparado para satisfacer vuestra curiosidad. ¿Un edificio? Un arquitecto os hará recorrer todas sus dependencias y os explicará todo cuanto no le preguntaréis a fin de eludir la respuesta a todo cuanto os interese saber.

Tantas son las exigencias del funcionarismo oriental para que os autoricen a visitar esto y aquello, que os lleva a renunciar a muchas cosas que figuraban en vuestro programa, renuncia que es para ellos la primera ganancia que se proponían. Si a pesar de todo, vuestra curiosidad no ceja y porfiáis en importunar a las gentes, os veréis vigilados tan estrechamente en vuestras correrías, que no conseguiréis ver nada que valga la pena; sólo os pondrán en relación oficial con los jefes de los establecimientos llamados públicos y no os dejarán otra libertad que la de expresar delante de los funcionarios del servicio la admiración que os inspire la cortesía, la prudencia y la gratitud.

Esta tiranía so pretexto de hacer una gentileza, se contrae a los viajeros de marca, pues los otros, los que no son tenidos como tales, están condenados a no ver cosa alguna en un país donde se ha de tener por fuerza un guía oficial y sin que sea posible prescindir de él para recorrerlo con utilidad y aun con seguridad. Éstas son las costumbres y los procedimientos propios de este país oriental bajo capa de urbanidad europea. La alianza que ello supone entre la manera de ser de oriente y occidente, alianza que se descubre por doquier, es una de las más curiosas características de la hospitalidad rusa.

* * *

Como en todas partes, hay entre los rusos personas de exquisitos modales como hay un gran número de gentes mal educadas; si los primeros disimulan su espíritu inquisitivo detrás del parapeto de su buena crianza y de su mundología, los otros son de una indiscreción rayana en el cinismo. Sin reparo ni disfraz se dedican a una investigación en regla por su cuenta exclusiva, preguntándonos desde las cosas más graves a las futilidades más insulsas, mezclando en

sus preguntas una ingenuidad pueril con las aviesas intenciones propias de los espías. Se preocupan de todo cuanto nos concierne y no se cansan de averiguar a qué habéis venido, qué os parece esto y aquello, si preferís Rusia a los otros países, si encontráis mejor Moscú que París, si la magnificencia del Palacio de Invierno de Petersburgo es superior al castillo de las Tullerías, si Karscocselo es de mayores dimensiones que Versalles. Y a cada nueva pregunta un nuevo relato, para permitir que el amor propio nacional sondee hipócritamente los pensamientos más recónditos del extranjero. Esta mal disimulada vanidad es más enojosa porque se cubre con la máscara de una modestia que no puede ocultar entre sus acentos melosos una tentativa de burlar vuestra buena fe.

En el transcurso de mi vida me ha llamado la atención el recelo que inspiraba mi presencia tanto en los más altos personajes como en los hombres de más humilde condición; este recelo me ha dado la medida de mi importancia, al menos la que me atribuyen en Petersburgo. Invariablemente oía preguntar: «¿Qué piensa usted de Rusia? ¿Qué dirá usted de nosotros?» Tales preguntas, indicativas de un temor general, me han hecho reaccionar vivamente; abandonando una reserva que mantenía mitad por inercia mitad por precaución, y recordando que París hace humildes a los que no infunde presunción, he sacudido las razones de desconfianza de mí mismo al sentir tranquilizado mi amor propio ante el amor propio inquieto de los rusos.

En el testamento de Monómaco he leído los consejos sesudos y curiosos que dedica a sus hijos. He aquí uno de los pasajes que más me han impresionado por el hecho de ser una confesión explícita digna de mención especial: «Respetad sobre todo a los extranjeros, sea cual sea su condición y rango; si no os es posible colmarlos de regalos, prodigadles

las mayores muestras de deferencia, *puesto que de la manera como ellos son tratados en un país depende el bien y el mal que dirán de él al volver al suyo*». (De los consejos de Vladimiro Monómaco a sus hijos en 1126.)

No hay duda de que un tal refinamiento de amor propio, disminuye el precio de la hospitalidad. Así, durante mi viaje no he sabido sustraerme a los efectos de esta calculada consideración. No soy partidario de privar a los hombres de la recompensa merecida por sus buenas obras, pero encuentro inmoral e innoble dar esta recompensa como primer móvil de la virtud.

Jamás olvidaré lo que he sentido al atravesar el Niemen para entrar en Tilsit: en aquel momento he dado plena razón al posadero de Lubeck. Un pájaro salido de su encierro no se sentiría tan feliz. Ya puedo hablar, ya puedo escribir lo que piense. ¡Ya soy libre!... La primera carta sincera que he dirigido a París ha sido enviada al pasar la frontera, con la seguridad de que habrá de causar gran extrañeza en el pequeño círculo de mis amistades. Hasta ahora he tenido engañados a mis amigos con las cartas oficiosas que les mandaba.

¡Al fin respiro!... Puedo escribir sin las precauciones obligadas por la censura de la policía, sin los circunloquios para sortear las dificultades de dicción, sin tener que engañar aquella susceptibilidad de amor propio que, tanto como la prudencia, entra en las formas del espionaje ruso. Rusia es el país más triste de la tierra, habitado por los hombres más apuestos que me haya sido dado contemplar. ¡No puede ser alegre una tierra cuando las mujeres apenas se dejan ver!... Al fin estoy más allá de la frontera rusa sin haber sufrido ningún inconveniente grave.

Ahora todo me encanta: la limpieza de los lechos, el orden doméstico a cargo de las dueñas de casa… Estoy impresionado por el porte de libertad que acusan los campesinos y el buen humor que respiran sus mujeres, tan impresionado que he sentido alarma por ello, influido todavía por el complejo ruso y por un momento temeroso de que las gentes de aquí se produzcan con tanta espontaneidad. También me impresiona saber que aquí las ciudades se han construido antes de que ningún gobernante hubiera trazado su plan. Prusia no pasa por ser un país licencioso: pues bien, al recorrer hoy las calles de Tilsit y más tarde las de Koenigsberg, creía asistir al carnaval de Venecia. Entonces me he acordado de un alemán viejo amigo mío, quien había residido en Rusia por cuestiones de negocio durante muchos años, y que al fin pudo dejar el país definitivamente en compañía de un amigo. Apenas pusieron los pies en el barco inglés en que habían de hacer la travesía, en el momento de levar el áncora, no pudiendo contenerse los dos compañeros se abrazaron efusivamente y con emoción, exclamando: «¡Gracias a Dios que podemos respirar con libertad y pensar en voz alta!»…

Melancolía

La tristeza que inspiran los cantos rusos es algo que cala muy hondo en el espíritu. La música del país no es solamente melancólica, es también inteligente y complicada. Sus melodías son inspiradas y sus ajustes tan acertados que suponen un estudio cuidado y sutil. Más de una vez me he detenido al pasar por un pueblo, para deleitarme escuchando los coros compuestos de tres y cuatro voces distintas ejecu-

tando composiciones cantadas con una precisión y un instinto musical verdaderamente admirables. No obstante su simplicidad, estas canciones populares acusan la presencia de las leyes del contrapunto y de la técnica de la armonía; quizá se noten deficiencias en los unísonos, en cambio la modulación de las diversas voces es excelente. Producen acordes previstos, otros inesperados, mezclados con trinos y matices finísimos; a pesar de que a veces no cantan ajustado, defecto más notorio si las voces carecen de frescor juvenil, cuando éstas tienen lozanía y ductilidad, los efectos producidos a través de estas piezas pulcramente trabajadas, me parecen muy superiores a las melodías nacionales propias de otros países.

La entonación nasal de los campesinos rusos en sus cánticos individuales les da un acento plañidero desagradable, pero en sus corales sus endechas adoptan tonalidades graves, casi religiosas, y sus acordes son de una dulzura insospechada. De ser ejecutados para un concierto, diríase que estos acordes, a pesar de su popularismo, o quizá a causa del mismo, pueden satisfacer al más exigente. La distribución que hacen de las diferentes partes, la sedación de los acordes, las variaciones de la composición, la entrada de las voces, forman un conjunto conmovedor y exento de vulgaridad. De todos los cantos populares que conozco éstos son los que tienen mayor número de trinos, cantados con mayor gusto a pesar de no ser comunes tales ornatos vocales en aquél repertorio.

Creía yo que la música rusa había sido importada de Bizancio; por el contrario, me aseguran que es original. Esto explicaría mejor sus dejos melancólicos, en especial los que adquieren mediante la vivacidad del ritmo un carácter alegre.

Oyendo la música del país se llega a la conclusión de que los nacionales, si se muestran incapaces para sacudir el despotismo que les oprime, son maestros en el arte de gemir y suspirar. Si el capricho imperial ha prohibido a sus súbditos la queja, para ser lógico habría tenido que prohibir también los cantos populares por su preponderante contenido quejumbroso. Estas estrofas doloridas tienen el valor de una confesión íntima de rebeldía contra la servidumbre, como prueba evidente de que las mismas artes, cuando dimanan de las entrañas populares y responden a la conciencia colectiva, son, como los cantos rusos, una intencionada protesta, más o menos disfrazada, contra la opresión.

No es extraño que, como reacción a este poso popular de inconformismo, los gobernantes y las clases dirigentes rusas busquen un derivativo en las obras literarias y artísticas del extranjero, aún a pesar del poco predicamento de que aquí goza la poesía importada. Entre los fenómenos eslavos curiosos hay el recelo que inspiran las emociones profundas provocadas por los sentimientos patrióticos, por considerar que todo cuanto tenga marchamo nacional, incluso la música, puede ser utilizado como instrumento de oposición al medio ambiente. ¡Cuando en los más apartados rincones de Rusia, se eleva al cielo una voz humana con sus cánticos, arrastra inflexiones vindicativas pidiendo al Altísimo aquella parcela de bienestar que les ha sido negada en la tierra!...

No me cansaría de escuchar estos cantos populares. La música redobla su significado en un lugar como éste[18], donde cien pueblos distintos se congregan por un interés común. Separados por sus lenguas y religiones, la palabra no les sirve más que para ahondar las diferencias; entonces es el canto aquello que les sirve para entenderse, como si la música fuera el lenitivo de la rivalidad entre los clanes, de la misma manera que en Europa se canta más cada día.

Cuando de lejos llegan a mis oídos los corales entonados por los mujiks, con su factura delicada y sus dulces e inspiradas melodías, mi admiración de hombre occidental advierte cómo la melancolía de las canciones armoniza con la decoración del escenario: la selva de mástiles de las tiendas, como si éstas fueran navíos, limita los horizontes y recorta el cielo; en el fondo se dilata la llanura solitaria encerrada entre plantaciones de pinos; las luces se apagan una tras otra para que la obscuridad señoree sobre los silencios augustos de estas regiones grisáceas, como si la noche llevara en su seno el manantial del que emanan sensaciones extraordinarias. Las formas que animaban el desierto se han ido borrando lentamente al caer el día, los recuerdos indecisos suceden al movimiento de la feria y el viajero se queda sin otra compañía que la policía rusa con cuya presencia se ensombrece aún más el aire y produce una más acusada sensación de espanto. Con aquella visión de ensueño tenemos compañía para regresar al hogar con el alma inundada de poesía, que contrasta con la visión que la realidad ofrece flotando entre temores y sobresaltos.

Telones interiores

Una historia prohibida

El primitiva palacio Miguel es un informe edificio cuadrado, sombrío y en todo distinto de la elegante y moderna mansión del mismo nombre.

En Rusia si los labios se callan las piedras hablan y lo hacen con acentos contundentes; por lo mismo no es de extrañar que los rusos teman y menosprecien sus viejos monumentos como testigos que son de una historia que las más de las veces quisieran olvidar. El palacio que he visitado, con sus sombrías escaleras, sus fosos profundos, sus macizos puentes, sus peristilos desnudos, me ha parecido aún más siniestro al recordar, a pesar mío, la tragedia en virtud de la cual Alejandro pudo escalar el trono. A la vista del lugar asaltan mi imaginación todo el cúmulo de circunstancias de la lúgubre escena que puso fin al reinado de Pablo I.

Por una sangrienta ironía, frente a la puerta principal han erigido con anterioridad a la muerte de este monarca y por mandato suyo, la estatua ecuestre de Pedro III, cuya muerte violenta el mismo emperador Pablo evocaba frecuentemente con el malicioso intento de desacreditar a su madre y la buena memoria que de la misma subsistía. ¡Cuántos dramas fríamente premeditados no ha engendrado en Rusia la ambición y el odio disimulados bajo formas en apariencias benignas! En los pueblos occidentales la pasión explica mu-

chas veces la crueldad, pero la calculada reserva y frialdad de las gentes del Norte, hace aún más repugnante el delito, al revestirse éste de un barniz de hipocresía. En definitiva la nieve es como una especie de disfraz, como lo es la impasibilidad con que se manifiesta aquí el hombre más reposado; una impasibilidad que provoca espanto, de la misma manera que produce más horror el homicidio a sangre fría que el asesinato vindicativo, de la misma manera que el instinto de venganza es más natural que la traición por soborno. Cuando en la maldad se acusa más acentuadamente la concurrencia de un impulso involuntario más atenuantes aprecio, pero, en la muerte de Pablo ha sido lamentablemente el cálculo y no la cólera, el motivo que ha originado el regicidio. Los rusos patriotas pretenden que los conjurados no se proponían otra cosa que recluir al emperador; yo he visto la puerta secreta que da al jardín cerca del gran foso y que conducía a la celda por una escalera excusada. Fue allí donde Palhen hizo subir a los asesinos, a quienes intimó la víspera con estas palabras:

—O mañana a las cinco de la madrugada habréis dado muerte al emperador, o, a las cinco y media os denunciaré yo mismo al emperador como conspiradores.

El resultado de tan diáfana advertencia y lacónica admonición, no deja lugar a dudas. Además, Palhen, quizá angustiado por tardíos remordimientos, salió de su casa para no volver a ella durante toda la noche, dedicándose a recorrer los cuarteles de la ciudad, ya sea que no quisiera entrar en contacto con los conjurados antes de que la ejecución tuviera lugar, ya sea que quisiera asegurarse de la fidelidad de las tropas.

Al día siguiente, a las cinco, Alejandro subía al trono con el tilde de parricida, a pesar de qué no había en verdad consentido otra cosa que la detención del emperador. No ha-

brían de faltar, como sucede siempre, numerosos pretextos como argucias para justificar lo acontecido, tales, como en este caso, el propósito de salvaguardar a la emperatriz hasta de la misma muerte; la precaución de evitar al nuevo monarca los más graves peligros; la necesidad imperiosa de salvar al país del furor y de los caprichos de un autócrata demente.

Hoy los rusos pasan por delante del palacio Miguel sin atreverse a mirarlo; en las escuelas, y en todas partes, está prohibido mentar la muerte del emperador Pablo, e incluso no está permitido creer en un acontecimiento que se reputa como si fuera una mera fábula. Lo que me sorprende es que no se haya adoptado la medida de arrasar un edificio de tan indeseable memoria, aún a trueque de privar al turista de la satisfacción de admirar aquella construcción venerable por su antigüedad y vetustez, condiciones más notables en un país donde el despotismo lo subvierte todo a su antojo y borra, si es preciso, a diario y sin contemplación alguna, la huella del pasado. Por lo demás, este caprichoso sistema de obrar explica el motivo de que el antiguo palacio Miguel continúe en pie: es que ha sido olvidado. Su mole cuadrada, sus fosos profundos, sus corredores secretos tan propicios para la emboscada, su extraordinaria elevación, fuera de lo normal en una región, en especial Petersburgo, donde todos los edificios parecen achatados, todo ello le da un aspecto imponente.

Es curioso observar, como procuro hacerlo a cada paso, la confusión producida entre dos artes tan distintas como la arquitectura y la decoración, hasta el punto de que Pedro el Graride y sus sucesores, han convertido su capital en un teatro.

He quedado muy sorprendido en mi visita ante la actitud adoptada por mi guía al preguntarle, de la manera más na-

tural que me ha sido posible, acerca de lo acaecido en el antiguo palacio Miguel. El azotamiento que ha demostrado aquel hombre parecía significar: «Se conoce que es usted nuevo en el país.» Porque aquí todo el mundo piensa lo que nadie se atreve a decir. La sorpresa, el temor, la desconfianza, la fingida inocencia de aquel viejo zorro difícil de engañar, su rostro desfigurado a pesar suyo por una mueca expresiva, eran indicios realmente dignos de observar con divertido entretenimiento.

El espía en funciones de guía, al ver que no teméis comprometeros aunque mantengáis vuestra estudiada indiferencia, se siente en apurado trance; es que en su complejo, el espía no cree más que en el espionaje y se figura que escapar de sus redes implica necesariamente caer en las vuestras.

El asesinato de Pedro III

Al abandonar el Palacio[19] he solicitado visitar el castillo del que sacaron a Pedro III para conducirlo a Ropscha donde fue asesinado. Me han llevado a una aldea lejana en la que se pueden ver unos fosos sin agua, vestigios de murallas y montones de piedras, testimonios todos de ruinas recientes en las que la política ha tenido participación más decisiva que el tiempo. En el solitario paraje reinaba un silencio total, como si fuera un elemento allí puesto exprofeso para mejor disimular aquellos despojos comprometedores; no caían en la cuenta de que, por el contrario, todo contribuía a poner de relieve lo que trataban de ocultar con tanto empeño. Así quedaba corroborado una vez más que aquí, como en todas partes, es una torpeza forjar mentiras oficia-

les que los hechos contradicen, unos hechos que, como avatares de la historia, se convierten en espejo mágico que refleja los subterfugios empleados por los estadistas. Esta ley permanente descubre además que los individuos pasan, pero que sus obras quedan grabadas indeleblemente en una realidad que no se entierra como a los muertos. La verdad triunfa siempre por encima de las deficiencias de los príncipes y de la adulación de las masas; triunfa siempre hasta por encima de las ergástulas y de las tumbas, en especial de las tumbas de los poderosos cuya memoria está salpicada con la evocación de crímenes ignorados que susurran no obstante las voces persistentes de la tradición. Ese es el caso del castillo de Pedro III; si yo no hubiera sabido que estaba en ruinas lo habría tenido que adivinar; lo que no llego a comprender es la razón en virtud de la cual se conservan los vestigios de todo cuanto se pretende ocultar; lo lógico sería que hasta los mismos nombres desaparecieran con los muros.

Al igual que con la fortaleza, el buen sentido aconsejaba demoler *también hasta los cimientos* el palacio de Oranienbaum que se levanta a un cuarto de milla de distancia; la historia de ambas construcciones está íntimamente ligada con la abdicación forzosa impuesta a Pedro III que ahora se califica de abdicación voluntaria. La firma del documento fue la sentencia de muerte del abdicante, pues después de ello se imponía a toda costa garantizar con un acto irreparable cualquier veleidad posterior del destronado.

M. de Rulhière en sus anécdotas sobre Rusia que son consecutivas a su *Histoire de Pologne*, relata el asesinato de Pedro III en la siguiente forma:

Los soldados estaban atónitos por lo que acababan de hacer, no concibiendo en virtud de qué juego malabar habían destronado al nieto de Pedro el Grande para dar la corona a una alemana. La mayoría de ellos, sin proyecto ni plan, habían sido arrastrados por la coacción y cada uno, consciente de su vileza, al desvanecerse la fatuidad de escribir en la historia, no sentían más que remordimientos. Los marinos, que no habían participado en la sublevación, no se recataban en acusar a los guardias de haber vendido al emperador por unos vasos de cerveza.

Fue en parte un sentimiento de adhesión a la emperatriz lo que originó la tragedia. Una noche, en efecto, una patrulla de soldados al servicio de la emperatriz, sobresaltados por la falsa alarma de creer «en peligro a su madrecita», se insubordinaron y fue preciso para tranquilizarlos despertar a la soberana a fin de que la vieran con sus propios ojos. A la noche siguiente sucedió un nuevo amago de rebeldía, esta vez más extenso por su alcance. Semejante estado de inquietud no podía persistir sin riesgo grave mientras el emperador viviera; por ello se creyó indispensable obrar en consecuencia para devolver la tranquilidad a los ánimos.

Fue uno de los conde Orlof, blasonado de primera hora, y conocido con el sobrenombre de «el de la cicatriz» quien se concertó con un denominado Teplof, hombre de baja extracción social, para secuestrar un billete de la princesa Aschekof e introducirse cerca del infortunado monarca. Una vez en su presencia, fueron invitados a comer y les sirvieron, antes de sentarse a la mesa —según costumbre rusa—, unos vasos de aguardiente. El líquido que dieron a beber al emperador había sido previamente envenenado. Con la impaciencia de una parte, y, de la otra, el horror del acto premeditado, en pleno aturdimiento, los asesinos quisieron forzar al emperador a beber un segundo vaso, que rechazó sospechando ya lo que ocurría debido al ardor que sentía en el estómago y observar el sobresalto pintado en el rostro de sus comensales. Iniciose entonces un forcejeo espantoso, unos para obligarle a beber, el otro para resistir la acometida; los gritos del monarca eran cada vez más fuertes, por lo que, para acallarlos, le asieron por el cuello y le derribaron, pero con cuidado de no producirle herida alguna demasiado visible. Como quiera que se defendía con todas las fuerzas de la desesperación, los asaltantes pidieron auxilio a dos oficiales del cuerpo de guardia de servicio junto

a la puerta. Eran el menor de los príncipes Baratinski y un tal Potemkin, de diecisiete años de edad; ambos habían sido escogidos para aquellos menesteres a pesar de sus pocos años, visto el celo desplegado en los preparativos de la conspiración. Acudiendo a la llamada, tres de los regicidas anudaron una toalla alrededor del cuello del infortunado emperador apretándolo sin compasión, mientras que Orlof, hincando las rodillas contra el pecho se lo oprimía hasta ahogarlo; la lucha terminó con la muerte por estrangulación.

Es difícil decir con certeza la participación que tuvo la emperatriz en el suceso; pero es lo cierto que en el mismo día, cuando empezaba a comer, hizo irrupción en el comedor aquel mismo Orlof, despeinado, cubierto de sudor y de polvo, los vestidos rotos, el rostro ensombrecido, como presa de espanto y perdida la serenidad. Hizo señas a la emperatriz con guiños y miradas expresivas, para darle a entender que quería hablarle a solas; pasaron al gabinete contiguo y poco después era llamado el conde Panin ya nombrado primer ministro. Fue ella quien le comunicó la muerte del emperador. Panin aconsejó esperar el día siguiente para anunciar la nueva, simulando que había sido recibida durante la noche. Aceptado el consejo, la emperatriz volvió a la mesa con el rostro impasible y continuó comiendo sin perder su buen humor. A la mañana siguiente, al comunicarle la muerte de Pedro, a consecuencia de un cólico hemorroidal, se deshizo en un mar de lágrimas y ordenó la publicación de un edicto en el que reflejaba un dolor sin medida.

Schluselburgo

El día de la fiesta de Peterhoff pedí al Ministro de la Guerra que me informara acerca de los trámites a seguir a fin de obtener autorización para visitar la fortaleza de Schluselburgo.

Ocupaba a la sazón tan importante cargo el conde Tchernicheff, apuesto ayuda de cámara primero y, después, elegante plenipotenciario de Alejandro en la Corte de Napo-

león, actualmente ejerciendo funciones de sesudo ministro y figurando entre los hombres más importantes del imperio. A mi pregunta contestó:

—Haré saber a S. M. los deseos de usted.

Tan precavida respuesta denunciaba una cierta sorpresa, circunstancia que me hizo comprender toda su significación, es decir, que mi propósito por anodino que pareciera, tenía, a juicio del ministro, un alcance especial. ¡En realidad visitar una fortaleza considerada histórica por haber sido encarcelado y muerto en su recinto Iván VI *durante el reinado de la emperatriz Isabel*, era por lo visto un enorme atrevimiento!..., por lo que, dándome cuenta de tocar sin pensarlo una cuerda sensible, creí más prudente no insistir en mi propósito.

Unos días después, es decir, anteayer, precisamente cuando me disponía a partir para Moscú recibí una carta del Ministro de la Guerra y adjunto a ella la autorización para ver las *esclusas* de Schluselburgo.

Esta antigua fortaleza sueca, denominada por Pedro I llave del Báltico, está situada precisamente junto a las fuentes del Neva, en una isla del lago Ladoga del cual el río es en realidad el canal de desagüe y por el que circulan las aguas que el lago vierte en el golfo de Finlandia. Pero aquel canal, que es el Neva, se alimenta además del caudal de una copiosa cascada, tenida como la primitiva fuente del río; brota del fondo de las aguas que la cubren, precisamente bajo los muros de la fortaleza de Schluselburgo, entre el río y el lago, para mezclar luego las olas formadas en el canal de desagüe con las de las fuentes en su curso. Es ésta una curiosidad natural de las más notables que existen en Rusia, y el lugar, aunque llano como el país entero, es uno de los más pintorescos de los alrededores de Petersburgo.

Gracias a las esclusas, los barcos costean el lago sin tener que atravesarlo; así evitan el peligro de pasar cerca de las fuentes del Neva y pueden llegar al río distante una media legua aproximadamente de dicho lago. Era éste el célebre dispositivo que estaba autorizado a visitar detalladamente. Había solicitado ver una prisión de Estado y acceden a que vea unas compuertas. La carta del ministro de la Guerra terminaba anunciándome que el ayudante del general había recibido la orden de darme toda clase de facilidades en mi excursión.

He ido a saludar al ayudante del general, al director de Obras Públicas, etc., etc., con el fin de cumplir todos los requisitos que hagan posible mi intento. Me dijeron que el director no recibía o que estaba ausente, procurando con tales excusas aplazar toda decisión hasta el día siguiente; como que no podía perder otra fecha, insistí y obtuve que me citaran para el atardecer. Acudí a la hora fijada, consiguiendo por fin llegar a tan alto funcionario, el cual me recibió cortésmente según costumbre en tan encopetadas personalidades; un cuarto de hora después pude salir de su despacho provisto, nótese bien, ¡de órdenes dirigidas al ingeniero de Schluselburgo, pero no al director del Castillo! Me acompañó hasta el antedespacho y me aseguró que un suboficial estaría en la puerta de mi residencia a las cuatro de la madrugada.

A mi llegada a Schluselburgo, donde ya me esperaban, fui recibido por el ingeniero encargado de dirigir la maniobra de las compuertas. Esta interesante construcción está destinada a igualar la diferencia de nivel existente entre el canal Ladoga y el curso del Neva, cerca de su nacimiento, al extremo occidental del canal de salida que desemboca en el río por diversos brazos.

Cuando creí haber dedicado suficiente tiempo y bastantes elogios a las grandes obras que venía obligado a contemplar, volviendo al verdadero tema de mi excursión y disimulando mi intento para mejor conseguirlo, solicité ver el nacimiento del Neva. Mi propósito, a pesar de su aparente inocuidad, fue en un principio sorteado por el ingeniero diciéndome:

—El Neva surge a la salida del lago Ladoga en el fondo del canal que separa el lago de la isla donde se eleva la fortaleza.

Ya lo sabía.

—Es ésta una de las curiosidades naturales de Rusia, —repliqué—. ¿No habría forma de visitar este manantial?

—El viento es demasiado fuerte y no podríamos percibir nada que valiera la pena debido a los remolinos de las fuentes; sería preciso que viniera una bonanza para poder divisar a simple vista una cascada que cae al fondo del torbellino. Sin embargo, haré lo posible para complacerle.

Dicho esto, el ingeniero ordenó avanzar una potente y bien construida embarcación, tripulada por seis remeros muy bien vestidos, y partimos, aparentemente para ir al nacimiento del Neva, en realidad para acercarnos a los muros de la fortaleza, o mejor, de la prisión cuyo acceso me era tan amablemente dificultado. Los obstáculos no tenían otro resultado que excitar aún más mi amor propio, hasta el punto de no haber sido mayor la excitación sentida de tratarse de cumplir mi palabra empeñada en la liberación de algún prisionero.

La fortaleza de Schluselburgo se levanta sobre una isla plana que parece un escollo surgido por encima del nivel de las aguas. La isla es rocosa y divide el río en dos así como le separa del lago propiamente dicho, ya que sirve para señalar la confluencia de las corrientes. Dimos vuelta alrededor

de las murallas a fin, digamos, de aproximarnos lo más cerca posible del nacimiento del Neva. La embarcación llegó pronto hasta el torbellino; los remeros eran tan hábiles en cortar el oleaje que a pesar del mal tiempo y lo exiguo del esquife apenas sentíamos el balanceo causado por unas aguas tan agitadas como si fuera en mar libre. Sin posibilidad de distinguir las fuentes a causa de los remolinos, discurrimos al principio sobre el gran lago; después, al regreso, el viento en calma nos permitió apreciar a mucha profundidad algunos festones de espuma: navegábamos sobre las fuentes del Neva.

Cuando hube contemplado a placer el emplazamiento de Schluselburgo, ensalzando ponderativamente esta curiosidad de la naturaleza, observado detenidamente con el anteojo la posición de la batería emplazada por Pedro el Grande para bombardear la fortaleza de los suecos, en fin, cuando terminé de elogiar hasta lo que en realidad carecía de interés, dije en el tono más indiferente posible:

—Sería interesante recorrer el interior de una fortaleza emplazada en un lugar tan pintoresco.

El ruso me lanzó una mirada escrutadora a la que di el debido alcance y el técnico, convertido en diplomático, replicó:

—Esta fortaleza, señor, no tiene para el extranjero interés alguno.

—No importa, todo es curioso en un país tan sugestivo como el vuestro.

—Pero si el comandante no nos espera no le dejarán entrar.

—Usted le pedirá autorización para introducir a un extranjero en la fortaleza; además, creo que nos esperan.

En efecto, nos admitieron sin dificultad a la simple indicación del ingeniero, lo que me hizo suponer que mi visita había sido anunciada como segura o al menos indicada como probable.

Recibidos con etiqueta castrense, por debajo de una bóveda y a través de una puerta bastante mal conservada, cruzamos un patio donde crecía la hierba, para ser introducidos en... ¿la prisión?... no, en el despacho del comandante. Éste no hablaba una palabra de francés, pero me dispensó excelente recibimiento; afectó tomar mi visita como un cumplido para su persona e hizo traducir por el ingeniero las gracias que no podía expresarme directamente. Tan taimada cortesía se me figuró más significativa que satisfactoria. Después fue preciso prolongar la visita conversando con la esposa del comandante —que no sabía mejor el francés que su marido—, saboreando el chocolate, es decir, dilatando la visita a la celda de Iván a costa de subterfugios, cortesías y molestias. Nunca el acceso a un palacio de hadas ha sido tan vivamente deseado como el que me impelía a entrar en aquel calabozo.

Cuando me pareció razonable poner punto final a tal cúmulo de hipocresías, solicité de mi guía ver el interior del castillo. Entre el comandante y el ingeniero se cambiaron rápidamente palabras y guiños, con lo que salimos del despacho.

Creía llegado el momento de ver premiados mis esfuerzos al entrar en la fortaleza de Schluselburgo, pero ya en ella observé que no tenía nada de pintoresca. Es un recinto cercado de murallas de poca altura, construidas al estilo sueco, en cuyo interior se extiende una explanada en la que se esparcen diversas construcciones, generalmente bajas, tales como una iglesia, la residencia para el comandante, un cuartel y diversas dependencias destinadas a calabozos disi-

mulados por torres cuya elevación no excede de la de los baluartes. Si bien no se puede colegir signo alguno visible de infligir un régimen de torturas, el misterio flotaba alrededor de cada uno de los componentes del lugar para ensombrecer aquella prisión de Estado y excitar la imaginación de los visitantes en contraste con la tranquilidad reinante. Las rejas, los puentes levadizos, las almenas, el conjunto, en fin, un poco teatral que condicionaba los siniestros castillos medievales, no encontraba aquí remedo bajo ningún aspecto. Al salir del salón del gobernador me mostraron *¡unos magníficos ornamentos del culto!* Las cuatro capas pluviales que me Rieron desplegadas valen treinta mil rublos, según tuvo manifiesto interés en hacer constar el comandante en persona. Cansado de tantas piruetas para despistarme, aludí con toda intención al sepulcro de Iván VI; por toda respuesta me mostraron una brecha producida en la muralla por el cañón del zar Pedro cuando asediaba en persona la fortaleza sueca, llave del Báltico.

—El sepulcro de Iván —insistí sin desconcertarme—, ¿dónde se halla?

Esta vez me condujeron a la iglesia y luego cerca de un rosal de Bengala. Me anunciaron:

—Aquí está.

Ante tal afirmación he concluido que las víctimas no tienen sepultura en Rusia.

—Y la celda de Iván —proseguí con insistencia que debía parecer tan extraña a mis huéspedes como a mí me lo parecían sus escrúpulos, sus reticencias y sus tergiversaciones.

El ingeniero me contestó que no era posible enseñarme la celda de Iván porque se hallaba en una de las alas de la fortaleza actualmente ocupada por los detenidos políticos.

La excusa, que ya preveía, me pareció atendible, pero lo que me resultó incomprensible fue la ira del comandante de la plaza manifestada en forma tal que deduje, o bien que entendía el francés mejor que lo hablaba o que había pretendido engañarme diciendo que lo ignoraba o que hubiera adivinado el sentido de la explicación que me acababan de dar; lo cierto es que dirigió a mi guía una verdadera reprimenda, acusándole de indiscreción y pronosticándole que algún día podría serle funesta tal forma de proceder. Sofocado por tal catilinaria, mi guía aprovechó un instante propicio para decirme que el gobernador le había advertido de manera inequívoca que en lo sucesivo se abstuviera de hablar de *asuntos públicos* ni introdujera extranjeros en una prisión del Estado. Por lo visto este ingeniero está dotado de todas las condiciones necesarias para ser un buen ciudadano ruso, pero, debido a su juventud, desconoce lo que exige el sentido íntimo de su misión.

Me di cuenta de que era preciso ceder y, como que era el más débil, me declaré vencido y renuncié a visitar la celda donde murió el desdichado heredero de la corona rusa después de haber sido declarado incapaz, por considerar que era más cómodo declararle imbécil que coronarlo emperador. No podía manifestar abiertamente mi sorpresa por la manera que el régimen ruso está servido por sus agentes. A este respecto recordaba la mueca del ministro de la Guerra la primera vez que osé formular mi deseo de conocer un castillo que ha llegado a ser histórico por un crimen cometido en tiempos de la emperatriz Isabel; admirativo e inquieto comparaba el vacío producido entre nosotros cuando tenemos la sensación de carecer de ideas, de opinión personal, y la sumisión ciega que es norma de conducta tanto de los altos funcionarios rusos como de los empleados subalternos; admiraba desconcertado la unidad de acción que todo esto

supone, así como sentía temor ante la tácita unanimidad reinante entre superiores y subordinados para combatir las ideas y hasta los hechos. Sentía en aquel instante tantas ansias de abandonar aquel lugar como impaciencia había experimentado anteriormente para entrar; ya no era posible que satisfaciera mi curiosidad una fortaleza de la que no habían querido enseñarme más que la sacristía; incluso sentí el escalofrío de llegar a ser uno de los habitantes de aquellos recintos donde se prodigan las lágrimas resignadas y los ignorados dolores. En mi angustia creciente, experimentaba la sensación de placer físico al alejarme y poder respirar libremente. Olvidaba que el país entero que recorría era una cárcel, un presidio, tanto más espantoso cuanto que es tan vasto que no es fácil alcanzar y franquear sus límites.

¡Una fortaleza rusa! Esta palabra produce en la mente una impresión distinta de la que se experimenta visitando los castillos de las Estados civilizados, que son los auténticamente humanos. Las pueriles precauciones que adoptan en Rusia para amagar lo que califican secretos de Estado, con un ahinco que no ponen para disimular los actos de barbarie a plena luz, me confirman en el convencimiento de que este régimen no es más que un régimen de tiranía hipócrita; la visita a esa prisión rusa con las dificultades opuestas al extranjero que quiera conocer aquel lugar, afianza además mi convencimiento de que tanta simulación debe servir de antifaz a un profundo sentido de inhumanidad, porque nunca será laudable el prurito que esconde tan redomado afán.

Manía persecutoria

Al llegar a este pasaje de mi carta, una persona conocida mía, merecedora de entero crédito, salida de Moscú unas horas después de haber yo partido, acaba de llegar al parador de Troitza. Sabiendo que yo debía pasar aquí la noche, ha solicitado una entrevista mientras efectuaban el relevo de caballos. Me ha confirmado lo que ya sabía: que han sido recientemente incendiados *ochenta* pueblos pertenecientes al departamento de Sembirsk a consecuencia de una revuelta de campesinos. Los rusos atribuyen tales disturbios a las intrigas de los polacos.

—Pero ¿qué interés pueden ellos tener en perturbar a Rusia? —dije yo a la persona que relataba el hecho.

—Ninguno —me respondió—, si no es que obrando así confían atraerse la cólera del gobierno ruso y servirse de la persecución para mantener latente el espíritu de rebeldía.

—Usted me recuerda —exclamé— las bandas de incendiarios que, al principio de nuestra revolución, acusaban a los aristócratas de pegar fuego a sus propios castillos.

—Podrá usted no creerme —replicó el ruso—, pero observo las cosas de cerca y sé por experiencia que cuando los polacos son tratados con blandura por el emperador, urden nuevos complots, se sirven de agentes provocadores y simulan conspiraciones a falta de atentados reales, todo ello únicamente para encender la cólera de los rusos y provocar nuevos conflictos entre nosotros y ellos. En una palabra: lo que más temen es la política de benevolencia ante la perspectiva de que la suavidad de procedimientos gubernamentales rusos pudiera seducir el ánimo de los labriegos y acabaran éstos por adherirse a sus *enemigos* si se sentían favorecidos por ellos.

—Todo lo que me dice me parece puro maquiavelismo —dije yo— en el que no puedo creer. De otra parte, ¿qué no

les perdonarían ustedes para castigarlos? Serían al mismo tiempo más hábiles y más nobles que ellos. Pero ustedes les odian y me inclino a pensar que para justificar este rencor acusan a la víctima buscando algún pretexto para estrechar el yugo sobre unos adversarios cuyo glorioso pasado es un crimen imperdonable, siendo como es indiscutible que ha sido brillante la historia de Polonia.

—No más que la historia francesa —afirmó malignamente mi amigo... (le conocí en París)—, pero usted juzga erróneamente nuestra política por desconocer a los rusos y a los polacos.

—Es esta la frase comúnmente empleada por sus compatriotas cuando alguien se atreve a decir verdades que no les son agradables; los polacos son fáciles de conocer como impenitentes parlanchines que son; me inspiran más confianza los hombres locuaces que no se recatan que los taciturnos que sólo dicen aquello que a uno no interesa.

—No obstante, usted no puede dejar de creerme.

—En usted personalmente creo, pero cuando me acuerdo de que es ruso y a pesar de conocerle hace más de diez años, me reprocho mi imprudencia, es decir, mi franqueza.

—Preveo que usted nos tratará mal al regresar a su patria.

—Si escribiera, quizá sí, pero, como usted dice, no conozco a los rusos y me guardaré muy mucho de improvisar el tratar de tan impenetrable nación.

—Usted es demasiado satírico y perspicaz para vivir entre unos bárbaros como nosotros.

—Está bien, pero no olvide que cuando se conoce a los que disimulan es como si los tales se hubieran decidido a quitarse la careta.

En esto mi antiguo amigo subió a su carruaje que desapareció al galope de sus caballos y yo volví a mi habitación

para transcribir este diálogo. Escondo mis cartas entre mis papeles de embalaje, pues siempre temo algún registro inesperado cuando estoy ausente, o bien sin recato alguno oficialmente, llevados por el propósito de conocer el fondo de mis opiniones; me imagino, quizá ilusoriamente, que no encontrando nada sospechoso encima de mi escritorio y en mi cartera, se darán por satisfechos y no profundizarán más en sus pesquisas. Antes me he referido a la precaución adoptada de alejar a mi *feldjaeger* cada vez que me propongo escribir; además le he prohibido entrar en mi habitación sin antes tener la aquiescencia de Antonio. Un italiano puede competir en ingenio con un ruso; mi doméstico hace más de quince años que está a mi servicio como ayuda de cámara, tiene la viveza de imaginación de los modernos romanos y los elevados sentimientos propios de los antiguos. Jamás me hubiera aventurado en este país con un sirviente escogido al azar, o sin él, me hubiera abstenido de escribir. Antonio ejerce un contraespionaje tal sobre el *feldjaeger* que me asegura muchas horas de libertad.

Moral colectiva

Crisis de formación

Rusia es el imperio de las apariencias. Como colección de ordenaciones no tiene rival; pero es inútil ir más allá de lo que significan los meros titulares. Veamos algunos casos: si abrís un libro, no halláis nada de lo anunciado, los capítulos que figuran en el índice están todos por escribir; muchos de sus bosques no son sino marismas en las que no es posible recoger un haz de leña; los regimientos de las guarniciones lejanas, carentes de efectivos, son cuadros en el papel; las ciudades, los caminos, son simples esquemas; la nación entera es un colosal anuncio enfrentado a Europa a la que quiere obnubilar construyendo una temeraria ficción diplomática[20]. Hasta ahora aquí no he encontrado sinceridad más que en el emperador y vida propia más que en la Corte.

Los comerciantes, que formarían una clase media, son tan escasos que no pueden gravitar de modo alguno en la vida pública; además la mayoría de ellos son extranjeros. Los escritores son tan escasos que sólo se cuentan uno o dos en cada generación; los artistas son en número tan reducido como los escritores; la escasez de intelectuales les hace más estimables y si ello beneficia su renombre diluye su influencia social. En un país sin estructura judicial no hay abogados. ¿Dónde, pues, encontrar aquella clase media que forta-

lece los Estados y sin la cual el cuerpo colectivo no es más que un rebaño a la merced de algunos mastines hábilmente amaestrados?

Existe además una clase de ciudadanos que no pueden clasificarse ni entre los grandes ni entre los pequeños. Me refiero a los hijos de los clérigos, casi todos ellos empleados subalternos que forman el ejército de los burócratas, constituyendo una verdadera plaga. Forman una especie de cuerpo de pequeña nobleza muy hostil a los grandes señores; una nobleza cuyo espíritu antiaristocrático en la verdadera acepción política de la palabra, no implica que actúen menos despiadadamente en sus depredaciones contra los siervos. Este estamento, que es un producto cismático a causa de la autorización del matrimonio de los clérigos, está predestinado a ser el germen futuro de la inevitable revolución.

El cuerpo de esta nobleza secundaria se recluta también entre los administradores, artistas y empleados de todo género, venidos del extranjero y de sus hijos ennoblecidos. En tal amalgama, ¿es posible discernir el elemento auténticamente ruso, digno y capaz de justificar, de apreciar, la popularidad del soberano?

Repitámoslo una vez más: en Rusia todo es decepción; la afabilidad campechana del zar acogiendo en palacio a sus súbditos y a los siervos de sus cortesanos, no es más que otra farsa que entenebrece la realidad.

Las mujeres y la política

El reinado de Catalina ha dejado profundas huellas en el recuerdo de algunas damas de la alta sociedad, aspirantes al título de mujeres de Estado por su capacidad para el ejerci-

cio de la política activa. Fueron ellas, —uniendo algunas a una frivolidad muy siglo XVIII una desenvoltura rayana con el cinismo—, las que recorrieron Europa disimulando un propósito político de información. Gracias al genio de intriga de estas Aspasias del norte, no hay apenas ninguna capital europea que no tenga dos o tres embajadores rusos: uno político, acreditado, reconocido e investido de todos los atributos del cargo; los otros, secretos, innominados, irresponsables, jugando con faldas y con el doble papel de embajador independiente y de espía del embajador oficial.

De siempre las mujeres rusas han sido utilizadas con éxito en las negociaciones políticas y diversos revolucionarios modernos se han servido de ellas para conspirar más eficazmente, con menor riesgo y con mayor secreto. España ha tenido mujeres que han sido heroicas por el denuedo con que han sufrido persecuciones en aras de su desinterés amoroso, pues la galantería entra siempre por mucho en el valor de la mujer española. Entre las mujeres rusas, por el contrario, el amor es un accesorio. Esta diplomacia rusa organizada ha actuado siempre intensamente, sin que Europa se haya dado cuenta de su existencia ni comprendido la influencia que ejercía.

Con este ejército de agentes anfibios, amazonas políticas de carácter expedito y masculino, pero dotadas de ingenio y astucia femenil, la corte de Rusia recoge noticias, recibe informes y avisos que de ser un día descifrados explicarían muchos misterios, darían la clave de muchos contrasentidos y pondrían al descubierto un sinfín de casos aparentemente inexplicables.

Este prurito de actividad política, determina que la mayoría de las mujeres rusas más cultas y distinguidas no sepan amenizar la conversación al desdeñar los temas frívolos por la atracción que sobre ellas ejercen los temas trascendenta-

les. Hablando con ellas, el interlocutor se da cuenta en seguida de que se distraen fácilmente, que no hay concordancia entre lo que piensan y lo que dicen, y que cuando hablan piensan precisamente aquello que no dicen. Se produce entonces una situación incómoda por falta de naturalidad en el diálogo y por la disparidad de tono entre los interlocutores. Las conversaciones sobre temas políticos son generalmente áridas y premiosas, sólo soportables cuando intervienen hombres cultos y experimentados que saben atraer por la facundia de su palabra o por la profundidad de sus opiniones; todo al revés de lo que sucede cuando la discusión se sostiene entre personas acostumbradas a la baja política clandestina y de entre bastidores. En definitiva, es un hecho cierto, aplicable a las mujeres rusas dedicadas a hacer política, que el ejercicio de menesteres mercenarios envilece la actividad y desmerece espiritualmente, sin dar en contrapartida una equivalencia suficiente ni hallar una razón válida como disculpa.

Orgías

Me han presentado un personaje que me había sido indicado como un tipo muy curioso y digno de ser observado. Se trata de un joven de nombre ilustre, el príncipe X, hijo único de una familia muy rica y que derrocha a manos llenas lo que posee; como ocurre muchas veces en semejantes casos el interesado sabe hacer gala de su ingenio y desenvoltura. La vida de cabaret le toma la mayor parte del día y de la noche. En los lugares de diversión y frivolidad que frecuenta despliega, con la mayor naturalidad y sin alarde alguno, el fastuoso tren de sus maneras de vivir. Dotado de un

físico atractivo y empleando un trato encantador, halla abiertas todas las puertas y se gana todas las simpatías, incluso en aquellos medios donde el sentido de lo bello no es atributo predominante; además, jovial e irónico, se cuentan de él rasgos de una rara delicadeza no exentos de ternura y sensibilidad.

Ordinariamente se rodea de gente joven, amigos y compinches que sin llegar a ser lo que él vale por su viveza de inteligencia, tienen aquel algo que les asemeja como si fueran miembros de una misma familia; rusos en fin, sin que puedan ser en definitiva otra cosa que rusos. Por esta circunstancia, más que por otra alguna, me interesa dar cumplida referencia de las cosas que hacen estos libertinos, sin que ello quiera suponer que abone su proceder en los más mínimo o que me complazca en aventuras que de antemano repruebo. Los excesos a que me refiero se salen del cuadro vulgar con mujeres de costumbres livianas, para entrar en otros cercados respetables, como lo son los de clausura religiosa, para cometer actos abominables carentes de pudor y de recato. El relato de estos hechos me recuerda de nuestra literatura revolucionaria de 1793, cuando evoco el ambiente de las Visitandinas de Feydeau. Quizá alguien dirá que no es recomendable levantar el velo que ha de cubrir cuidadosamente tales desórdenes; pero mi pasión por la verdad me domina hasta el punto de haber tenido siempre la persuasión de que el mal triunfa fácilmente cuando permanece oculto, mientras que el que surje a la superficie se ataja mejor y disminuye sus efectos por mitades; de otra parte, me he propuesto describir a este país tal como le veo y no como debiera ser, por lo que mi narración no es una fantasía sino el reflejo de la misma realidad.

Un joven, después de haber pasado un mes entero escondido en el recinto conventual de las monjas de..., acabó por

aburrirse del exceso del bienestar que gozaba al extremo de malquistarse de aquellas pías doncellas a las que era acreedor del placer de sus sentidos de una manera tan intensa que llegaba a la saciedad. Enfermó el mozo hasta llegar a las puertas de la muerte, visto lo cual por las monjas maquinaron deshacerse de él sin escrúpulos; empero, temerosas de provocar escándalo si lo sacaban del convento, viendo que su mal no tenía remedio, decidieron que lo más hacedero era rematarlo sin tardanza y enterrarlo en clausura. Así pensado y pronto hecho: a los pocos días el cadáver del desdichado era cortado a pedazos y éstos echados a un pozo. Aunque no se supo cómo se denunció lo sucedido, es lo cierto que la autoridad en sus pesquisas halló los restos del asesinado en el fondo del pozo.

Según públicamente se reconoce en la ciudad, la regla monacal está lejos de ser fielmente observada en Moscú. Uno de los amigos del joven príncipe..., mostraba ayer en mi presencia a la cohorte de libertinos allí congregados, los rosarios de una novicia que, decía, los había olvidado en su habitación. Otro presentaba como un trofeo el breviario de una de las profesas que aseguraba era tenida por la congregación en olor de santidad.

A medida que estas revelaciones eran hechas, el auditorio las acogía con manifestaciones estentóreas y exclamaciones de regocijo.

No acabaría nunca si me imponía la obligación de repetir todos los relatos del mismo género referidos durante la comida ofrecida por el anfitrión. Cada uno tenía a punto su anécdota escandalosa para ser añadida a las anteriores; todas las ocurrencias provocaban grandes risotadas y la alegría, siempre más excitante que el vino de Aï que se derramaba de las anchas copas, se iba transmudando en borrachera. En medio del general jolgorio, sólo el príncipe X. y

yo manteníamos la serenidad; él, porque tiene para la bebida una gran capacidad de resistencia; yo, porque, siendo abstemio, no había probado el vino.

Desfachatez

El parador de accesible a todos, está situado en una de las plazas públicas de la ciudad, a dos pasos de un cuartel de cosacos cuyo porte rígido, triste y severo da a los extranjeros la idea de un país en el que nadie osará reír espontáneamente.

Habiéndome impuesto el deber de dar de Rusia la idea que de ella me haya forjado, he de añadir algunas nuevas pinceladas a las que llevo trazadas sobre la manera de ser y de comportarse de la buena sociedad masculina.

He oído a uno de aquellos mozalbetes vanagloriarse de ser sus hermanos y él mismo hijos de los jeduques y de los cocheros de su padre. Decía estas cosas entre copiosas libaciones e insistentes convites a los comensales para que brindaran a la salud de sus antepasados... desconocidos. He oído a otro que reclamaba el honor de ser el hermano... (de parte de padre) de todas las doncellas de su madre...

Naturalmente que estas indecencias están a veces muy distantes de responder a la verdad y que es preciso conceder su parte a la fanfarronada, pero, al solo hecho de que se puedan inventar tales infamias por pura vanagloria, es ya prueba de bajeza de alma suficientemente reveladora de un profundo mal, peor, a mi parecer, que los mismos insensatos desafueros cometidos por estos depravados.

De dar crédito a la maledicencia de tales sujetos, los burgueses de Moscú no practicarían una moral más estricta que

las gentes de la alta sociedad.

Se cuenta que durante los meses en los que los maridos van a la feria de Nijni, los oficiales de la guarnición tienen sumo interés en permanecer en la ciudad; es la ocasión propicia de las entrevistas fáciles, a las que ellas acuden acompañadas de alguna pariente respetable a cuya custodia las han confiado los ausentes. Se ha llegado hasta a estipendiar las complacencias y el silencio de esta especie de dueñas para favorecer los devaneos de una galantería que nada tiene que ver con el amor. Porque amor sin pudor no es amor verdadero, por lo que yerran las mujeres que desviándose del recto camino se degradan en lugar de dignificarse mediante la pureza de sentimientos. Una vez más los apologistas rusos nos desorientan al pretender que en Moscú las mujeres casadas no mantienen relaciones clandestinas; posiblemente sea así, si nos contentamos en designar con la palabra *amigo* a los que se benefician de la ausencia de los maridos.

Repito una vez más que soy reacio a creer en habladurías inventadas por este género de la maledicencia, aunque me sorprenda el prurito de poner en antecedentes al primer venido con no disimulada complacencia y gesto de desenfado, que corresponde a aquel *ed anch'io, son pittore...* que viene a significar: ¡también nosotros somos civilizados!...

A medida que observo más atentamente la manera de ser de esta alta sociedad rusa, menos comprendo el hecho de poder conservar su posición social, usando una frase de actualidad, a pesar de excesos que en otras partes bastarían para cerrarles todas las puertas. Ignoro el trato que las respectivas familias reservan en su seno a estos despreocupados sujetos; lo que salta a la vista es que se les dispensa favorable acogida, celebrándose sus aventuras, sus singularidades e incluso personas de edad, en la imposibilidad de imitarlos, los estimulan con sus condescendencias; en fin,

todos procuran hacerles patente su admiración si no les otorgan su estima.

La cordialidad con la que esta clase de gente es acogida, me induce a preguntarme los abusos que se habrían de cometer aquí para llegar a perder la consideración. A diferencia de los pueblos libres, en los que la moral si no es más pura es cada día más puritana a medida que la democracia gana terreno en la vida pública, en Rusia se confunde la corrupción con las instituciones liberales y los pervertidos de alto copete son admirados como lo es la minoría selecta que en nuestros climas ha ganado a pulso su prestigio.

Anticipaciones

Anticipación de 1941

He aquí un hecho generalmente ignorado cuya autenticidad garantizo, que viene en apoyo de mi opinión sobre el error imperdonable cometido por Napoleón cuando decidió el avance sobre Moscú. El punto de vista aludido no es original, pues lo comparten hoy los más ilustrados e imparciales historiadores de diversos países.

Smolensk era tenido por los rusos como su principal baluarte y creían que nuestro ejército se contentaría con ocupar Polonia y Lituania sin aventurarse más allá; pero cuando se supo la toma de aquella ciudad, llave del imperio, cundió una ola de pánico que sembró la consternación en la Corte y el país entero; se temía que toda Rusia cayera irremisiblemente en poder de los Invasores. Fue en Petersburgo donde el emperador Alejandro recibió tan desastrosa noticia.

Su ministro de la Guerra participaba de la opinión general y queriendo salvaguardar del enemigo los objetos de mayor valor, encerró en una pequeña caja una cantidad considerable de oro, documentos, joyas y diamantes, haciéndola transportar a Ladoga por el único secretario de confianza a quien poder entregar tal depósito; le ordenó esperar allí hasta recibir nuevas instrucciones y le anunció la posibilidad de que él mismo le daría la orden de trasladarlo

todo al puerto de Arcángel y, más tarde, a Inglaterra. Todos esperaban con ansiedad las noticias de guerra, sobre todo después de varios días de carecer de ellas debido a la irregularidad del correo; por fin, el ministro recibió comunicación oficial del avance de nuestro ejército sobre Moscú. Sin vacilar un sólo instante, el ministro ordenó a su secretario que regresara de Ladoga con su cajita. Ésta ya en su poder el ministro se presentó a Alejandro con aires de triunfo; al verle el emperador adivinó en seguida el objeto de la visita:

—Señor —dijo el ministro—, Su Majestad puede dar gracias a la Providencia, ya que, si se decide a seguir el plan trazado, Rusia será salvada. Estamos en presencia de una expedición a lo Carlos XII.

—Pero ¿Moscú? —replicó el emperador.

—Hay que abandonarlo, Señor; combatir sería tan arriesgado como si fuera un juego de azar, mas si nos retiramos dejando arrasado el país destruiremos al enemigo hasta su pérdida total sin comprometer nada por nuestra parte. La devastación y la carestía harán la obra por nuestra cuenta; el invierno y el incendio la consumarán. Que arda Moscú para salvar al mundo.

El emperador Alejandro modificó este plan en su ejecución. Exigió se intentara un postrer esfuerzo para defender su capital.

Es conocido el derroche de valor desplegado por los rusos en Moskowa. Esta batalla, bautizada por el zar con el nombre de Borodino, fue tan gloriosa para ellos como lo fue para nosotros, puesto que, a pesar de sus abnegados esfuerzos, no pudieron impedir nuestra entrada en Moscú.

Dios quiso suministrar una gesta épica a los gacetilleros de la época más prosaica de entre todas las que el mundo ha conocido. Moscú fue sacrificado voluntariamente y las lla-

mas de este holocausto fueron la señal de la rebeldía que había de estallar en Alemania y preludiar la liberación de Europa.

El camino de Siberia

La carretera de Yaroslaf a Nijni, en la mayor parte de su recorrido, se parece a la amplia avenida de un parque; trazada casi en línea recta y de mayor anchura que la gran explanada de los Campos Elíseos de París, se halla bordeada por otras dos avenidas tapizadas de césped y flanqueadas de álamos. El piso de hierba hace suave la marcha en contraste con lo que se experimenta cuando se atraviesan los puentes colgantes suspendidos sobre los pantanos; dichos puentes, más curiosos que seguros, son una especie de plataformas flotantes formadas con la unión de piezas de madera desiguales y son tan peligrosos para las caballerías como para los vehículos. Una carretera en la que la hierba está tan bien conservada hace pensar que, por no verse concurrida, su cuidado no debe acarrear mayores dificultades ni gastos.

Ayer, antes de producirse la rotura de una de las ruedas, avanzábamos por un camino tan pintoresco que *no pude menos que* ensalzar sus encantos a mi *feldjaeger*. Este hombre, de contextura delgada y cintura de avispa, se erguía con rigidez militar; sus *ojos* eran grises, su mirada penetrante, su boca fina y su piel naturalmente blanca estaba curtida y era *rojiza por el hábito* de vivir al aire libre en sus viajes en carruaje descubierto. No obstante su porte, a la vez tímido y atrevido, toda su persona tomaba la expresión del odio reprimido por el miedo. A mi elogio respondió:

—Ya lo creo que es bonito. Es la gran carretera que conduce a Siberia.

La palabra me produjo un escalofrío. No apartaba de mi mente el contraste existente entre la despreocupación moral con que yo lo recorría por mera diversión y el estado de ánimo que dominaba a los infortunados que marcaban en el mismo las huellas de su tragedia, y esta evocación me obsesionaba…

¡Siberia!… El infierno ruso que sacude la imaginación y la puebla de fantasmas horripilantes, con el poder de fascinación que provoca en el pajarillo la mirada desconcertante del basilisco… ¡Qué país!… ¡En él la naturaleza carece de formas al escapar a los sentidos y ofrecerles una llanura sin límites, siempre igual, trazada por el círculo *plomizo* del cielo sobre la superficie parda de la tierra!…

En estas *reflexiones* estaba mientras recorría la gran carretera que conduce a Siberia, cuando apercibí a lo lejos un tropel de hombres armados que se hallaban parados en una de las verdes avenidas adyacentes.

—¿Qué hacen allí aquellos soldados? —pregunté a mi conductor.

—Son —me respondió— los cosacos que conducen a los desterrados a Siberia.

Así, pues, no es un sueño, ni una página de literatura periodística: tenía ante mis ojos a los desdichados que en carne y hueso, lejos de sus madres o de sus esposas con las cuales quizá me había encontrado o encontraría algún día, marchaban penosamente a pie hacia el exilio, hacia las remotas regiones donde les esperan el dolor y la muerte, olvidados del mundo, lejos de todo cuanto han querido y a solas con un Dios que no les ha creado precisamente para sufrir tales privaciones.

¿Quiénes eran aquéllos hombres? ¿Quizá eran delincuentes comunes? No, ciertamente: eran, por el contrario, o polacos, o militantes de una causa o ideólogos de una doctrina. Ante su desdicha las lágrimas se agolparon a mis ojos con la doble agravante de mi impotencia reflejada en el hecho de no atreverme a acudir a ellos por miedo de hacerme sospechoso a mi guardián, y la pena de no poder obrar según los dictados de mi compasión; al impulso de estos sentimientos la ira substituía en mi espíritu a la ternura. En aquel momento hubiera ansiado estar muy lejos de un país en el que hombre tan insignificante como el guía que me habían proporcionado, fuera bastante poderoso para que con su sola presencia me viera obligado a ahogar los sentimientos más humanos de mi corazón.

Comparaba la suerte de aquellos desventurados con la suerte que corren nuestros forzados y pesaba cuanto pudiera alegarse para afirmar que estos últimos son más dignos de conmiseración que los colonos de Siberia. Sin tener en cuenta el vaho de retórica con que ha querido ocultarse la severidad del trato infligido a los deportados de Siberia, nuestros penados a cadena perpetua tienen como suprema contrapartida la de haber sido juzgados con todos los requisitos legales, que son otras tantas garantías, al paso que, después de unos meses de estancia en Rusia, he podido persuadirme hasta la evidencia de que la legalidad es aquí pura entelequia.

Acercándome al grupo me di cuenta de que los seis reos estaban custodiados por doce jinetes cosacos y que iban maniatados; a pesar de todo continué considerándolos como inocentes, fuerte en mi convencimiento de que en un régimen despótico los sentenciadores son los verdaderos criminales. A medida que nos acercábamos, no obstante estar cerrada la capota del vehículo, veía como mi cochero me mi-

raba de hito en hito como para escrutar con mayor detenimiento las reacciones que en mi rostro se reflejaran. Luego me chocó el empeño que ponía en convencerme de que la gente que teníamos delante eran simples delincuentes comunes, sin que hubiera sombra de razón política en sus condenas. Ante tales propósitos yo guardaba silencio obstinado, no solamente debido a la porfía tan significativa de mi guía, sino porque con ella agravaba la profundidad de mis reflexiones, cuando ante mi mente surgía tenazmente este dilema: o mi guía lee en mi rostro mis pensamientos o los suyos le hacen adivinar los míos.

¡Espantosa sagacidad ésta de los servidores del despotismo! Porque es la sagacidad de los eternos espías, que son los que actúan por movimiento espontáneo y sin percibir retribución alguna.

Precedencia

Al subir al carruaje, con el comerciante que tuvo la amabilidad de hacerme de *cicerone* y su hermano, ordené a mi *feldjaeger* que nos acompañara. Sin vacilación alguna y sin pedir permiso mi sirviente subió a la calesa y, luego, con un aplomo que no dejó de sorprenderme, se sentó al lado del hermano de N... En cuanto a éste, a pesar de mis ruegos, quiso de todas maneras sentarse en el banquillo delantero de mi coche.

No es extraño ver en este país cómo el dueño de un carruaje toma asiento en el banquillo trasero incluso cuando no va a su lado una señora, mientras sus amigos se sitúan en el banquillo delantero. Entre nosotros tal proceder cons-

tituiría una verdadera incorrección si los viajeros no eran amigos íntimos.

Temeroso de que la proximidad de mi guía no resultara desagradable a mis amables acompañantes, creí del caso ordenar en buena forma al *feldjaeger* que dejara libre el sitio que ocupaba para subir al pescante y sentarse al lado del cochero.

—Dispense usted, señor —me respondió con imperturbable aplomo—, pero no puedo obedecerle.

—¿Por qué razón? —repliqué yo con acento pausado, pues sabía que entre esas gentes semiorientales es preciso mostrarse impasible a fin de conservar la autoridad.

Hablábamos en alemán.

—Porque sería humillante para mí —aclaró el ruso usando el mismo tono de voz.

La respuesta me recordó las disputas sobre cuestiones de precedencia sostenidas entre los boyardos, disputas cuyas graves consecuencias llenan en el reinado de Iván abundantes páginas de la historia de Rusia de la época.

—¿Qué entiende usted por humillarse? —insistí—. ¿Este sitio no es el que ha ocupado desde nuestra salida de Moscú?

—Cierto, señor, que es mi lugar durante el viaje, pero en plan de paseo he de entrar dentro del coche. Yo llevo uniforme.

He descrito ya el tal uniforme y he señalado que se parece mucho al de un cartero.

—Visto uniforme, señor, tengo mi rango en el *tchinn*, no soy un criado sino un servidor del emperador.

—Me importa poco lo que sea usted y además note que no le he dicho que fuera un criado.

—Sería como si lo fuera de sentarme en este sitio cuando el señor se pasea por la ciudad. Llevo muchos años de servicio y para recompensar mi buena conducta me han prometido la nobleza; aspiro a obtenerla porque soy ambicioso.

Una tal confusión entre nuestros viejos principios aristocráticos y la nueva vanidad imbuida por déspotas taciturnos a pueblos enfermos de envidia, me causaba espanto. Tenía ante mi presencia una muestra de la peor especie de la emulación, la que es propia de un advenedizo que se quiere arrogar aires de personaje.

Después de unos instantes de silencio, proseguí:

—Si el motivo que alega es razonable no dejaré de aprobarlo, pero, poco conocedor de las costumbres del país, antes de autorizarle para sentarse en el interior del coche, quiero conocer la opinión del señor Gobernador. No pretendo pedir a usted cosa alguna que no corresponda a las instrucciones que le hayan dado al ponerle a mi servicio. En la duda puede usted retirarse. No le necesito.

Pronunciaba estas palabras en un tono de tal suficiencia que me venían unas ganas locas de reír, pero creía conveniente seguir hasta el fin una farsa que me había de ser útil durante el resto de mi viaje. Es que no hay ridículo que no encuentre excusa entre las circunstancias y las consecuencias propias del complejo creado por el despotismo.

Aquel aspirante a la nobleza, tan meticuloso cumplidor de la etiqueta vigente en los servicios de transportes por carretera, me *cuesta a pesar* de su vanagloria trescientos francos de estipendio por mes. Le vi enrojecer al escuchar mis últimas palabras, pero sin chistar bajó al fin del coche y del lugar donde hasta entonces había permanecido como clavado con sobrada impertinencia, regresando a casa sin pronunciar palabra.

* * *

Esta mañana el Gobernador, que me ha dispensado toda clase de atenciones, ha venido a buscarme para hacerme conocer lo más notable de la ciudad. Le acompañaban sus servidores, circunstancia que me ha evitado someter a una segunda prueba la docilidad de mi *feldjaeger*. En cuanto a las pretensiones manifestadas por éste, una vez expuestas al gobernador, éste me ha demostrado acogerlas con gran favor y después de considerarlas detenidamente ha dado su total aquiescencia al punto de vista del *feldjaeger*. Así pues, un tan elevado funcionario como el Gobernador no se atrevería a obligar a mi jactancioso guía a ocupar un asiento en el pescante. Como consejo final se ha limitado a recomendarme hacer buen acopio de paciencia.

Se ve, por tanto, que los prejuicios de clase son aquí los fundamentos primarios de la estructura social.

El sepulcro de Mínimo

Mínimo fue enterrado en Nijni; su sepulcro se halla en la catedral entre los de los grandes duques titulares de la ciudad.

Mínimo era un campesino que se comportó heroicamente y adquirió gran renombre con posterioridad a la invasión francesa. Sus gestas le han valido el título de Libertador de Rusia. Fue de Nijni que partió al grito de independencia, en los tiempos de la ocupación del imperio por los polacos.

Mínimo, simple siervo, fue a encontrar a Pojarski, noble ruso, pronunciando un discurso tan fervoroso como contundente, hasta el punto de electrizar a Pojarski con su ruda

elocuencia patriótica y decidirle a la acción. El primer grupo de adictos fue engrosando tan rápidamente que pronto reunió fuerzas suficientes para iniciar una marcha sobre Moscú, adueñarse de la ciudad y culminar con la liberación de Rusia entera.

Después de la retirada de los polacos, la bandera de Pojarski y de Mínimo fue siempre tenida en gran veneración entre los rusos; los habitantes de Yaroslaf y Nijni la conservaban como una reliquia nacional. Cuando la guerra de 1812, la urgente necesidad de elevar la moral de los soldados mediante la evocación de las gestas históricas del pasado, sobre todo la de Mínimo, decidió a los custodios de la bandera a acceder a los ruegos de los nuevos libertadores de la patria y secundar sus propósitos de hacerla figurar a la vanguardia de los ejércitos. Los depositarios de aquel trofeo nacional consintieron en entregarla creyendo cumplir con un deber patriótico, pero no sin antes asegurarse con juramento solemne de que la bandera, aureolada con nuevos triunfos, les sería restituida. Mediante esta concesión la bandera de Mínimo pudo desempeñar el papel que se le asignó y perseguir a nuestros soldados en retirada. Más tarde, llevada a Moscú, en lugar de ser restituida a sus legítimos poseedores, fue depositada en el museo del Kremlin con desprecio total de las solemnes promesas hechas. No obstante, a fin de complacer en parte a los antiguos poseedores y satisfacer sus justas reclamaciones, se acordó confeccionar una copia de tan memorable enseña para ser remitida a su lugar de origen y exhibida en substitución de la auténtica. Por cierto que, por una ironía sutil, se hizo constar en el acta de la entrega que la tal copia era fiel reproducción de la bandera primitiva.

He aquí otra lección de moral y buena fe dada por el régimen ruso a su pueblo. A decir verdad en todas partes un ré-

gimen similar se valdría de idénticos procedimientos, que no en vano, a fuer de solapados, estos sistemas son tan parecidos entre sí que establecen una perfecta analogía entre el que engaña y el engañado. La fuerza es la sola cosa que establece entre ellos diferencia.

Hay más: en este país se maltrata, como se verá, a la verdad histórica sin ningún miramiento, de la misma manera que se maltrata a la ética del juramento. Es la misma autenticidad de las piedras la que está en entredicho ante la posibilidad de establecerla autorizadamente con la palabra o los documentos. En cada nuevo reinado los edificios se reconstruyen, e incluso se desplazan de donde los levantó el antecesor, como si fueran materia maleable supeditada al capricho del soberano. La vanagloria de éste radica en poder bautizar con el pomposo título de movimiento progresivo a tan absurda manía. Hasta los mismos sepulcros no escapan a los vaivenes del antojo imperial y los muertos en Rusia están sometidos a iguales arbitrariedades que lo están los vivos bajo la férula del hombre que gobierna. Actualmente el emperador Nicolás actúa en Moscú como arquitecto, siguiendo la afición manifestada en Nijni y, por tanto, en una actividad en la que está muy lejos de ser un debutante.

Esta mañana, visitando la catedral me ha impresionado el aspecto vetusto de la construcción, suponiendo que, por contener el cuerpo de Mínimo, habría de haber sido respetado de más de doscientos años. Tal creencia fue causa sin duda de que encontrara más solemne su conjunto.

El gobernador me llevó hasta la sepultura del héroe, confundida con los sarcófagos de los antiguos príncipes de Nijni. En ocasión de la visita de Nicolás I, éste quiso bajar al panteón donde reposa el cuerpo, para dar ejemplo de patriotismo.

—Es ésta una de las iglesias más bellas y más interesantes que haya visitado en vuestra tierra —dije al gobernador.

—Soy yo quien la hizo construir —me respondió el señor Buterlin.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir? Usted, sin duda, la habrá hecho restaurar.

—No, no. La antigua iglesia había caído en ruinas; el emperador ha preferido edificarla de nuevo más que repararla. Así, su emplazamiento dos años antes estaba *cincuenta metros más lejos* y formaba un saliente que hacía irregular el interior de nuestro Kremlin.

—Pero ¿qué se han hecho del cuerpo y de los huesos de Mínimo? —exclamé.

—Fueron exhumados con los de los grandes duques que fueron sepultados con posterioridad y todos están guardados en el nuevo cenotafio cuya losa tiene usted ante sus ojos.

Con lo dicho se demuestra el concepto que se tiene aquí de la veneración a los muertos, el respeto a los monumentos históricos y el culto de las bellas artes. Por encima de todo, el emperador, sugestionado por la venerabilidad de las cosas antiguas, se obstina en que una iglesia construida ayer sea tenida como de antigua fecha. Para realizar tal obra de magia no tiene más que querer, que calificarla de antigua. La nueva iglesia de Mínimo en Nijni es la antigua; quien se atreva a poner en duda tal aserción será tenido por un sedicioso contumaz.

Tergiversaciones

Ha llegado a mi conocimiento una descripción de las maniobras de Borodino que parece haber sido redactada en términos exprofeso para incitar mi indignación.

El desarrollo de la batalla de la Moskowa, hoy perfectamente conocido, ha permitido concluir que aquel hecho de armas fuera considerado definitivamente como una victoria de nuestras armas. Nadie ignora que la batalla fue empeñada por el emperador Alejandro contra el parecer de sus generales y como un supremo intento para salvar la capital; no obstante ella, la ciudad fue tomada cuatro días después. Lo que sucedió luego es el producto de diversas circunstancias que decidieron nuestros desastres, tales como el famoso y heroico incendio de la urbe, el frío mortal para hombres acostumbrados a climas más benignos, en fin, la imprevisión de nuestros jefes cegados por un exceso de confianza en su buena estrella.

¡Sin tener en cuenta nada más que el resultado final, vemos hoy cómo el emperador de Rusia no se recata de adjudicarse como una victoria la batalla perdida por su ejército a cuatro jornadas de su capital! Constituye tal versión el colmo de las tergiversaciones y es un exponente del desenfado que entraña el despotismo. Para confirmar la ficción inventada, el emperador acaba de desfigurar la escena militar mediante una imaginaria reproducción de la batalla, queriendo con ello dar, con miras a Europa, un mentís a la historia.

Vivo aún el recuerdo del asalto a las baterías rusas, efectuado por los franceses con el éxito de todos conocido pues se apoderaron de los cañones que los diezmaban, el emperador Nicolás, en lugar de presentar la ejecución de una maniobra célebre, desviándose de la verdad y sin respeto a su propia dignidad, busca adular a su opinión pública y para dar una explicación que satisfaga al más incrédulo hace re-

troceder tres leguas al cuerpo de ejército que llevó el peso de la acción y permitió el avance y la sucesiva toma de Moscú. ¡Ante tal falta de escrúpulos doy gracias a Dios de no haber querido asistir a una tan burda pantomima!...

La comedia de estas maniobras ha dado pie a una orden del día imperial que provocaría escándalo en Europa de ser publicado literalmente el texto que conocemos. Ya no es posible desmentir más descaradamente los hechos consagrados, ni burlarse más audazmente del buen sentido, empezando por el propio. Según esta curiosa exposición del pensamiento de un hombre, no de los sucesos de una campaña, «los rusos han retrocedido voluntariamente hasta más allá de Moscú». La invención de esta retirada les permite concluir que no perdieron la batalla de Borodino (pero, entonces, ¿por qué la libraron?), «y *las osamentas* de sus *presuntuosos enemigos* —dice el documento— sembradas desde la ciudad santa hasta el Niemen, testifican el triunfo de los defensores de la patria».

Mea culpa

Hace ya algunos años que un hombre esclarecido por su saber, bienquisto de todo el mundo, de noble familia y agradable trato, pero, desgraciadamente para él insobornable amante de la verdad —pasión que si es expuesta siempre en todas partes es en Rusia un peligro de muerte— se permitió decir por escrito que la religión católica favorece más el desarrollo de la inteligencia y el progreso de las artes que la religión bizantina rusa, con lo cual coincidía con el punto de vista que llevo expuesto, anteriormente. Sostener en Rusia un tal parecer constituía un verdadero delito.

La vida del sacerdote católico —decía el autor—, nutrida de un fondo sobrenatural o que cuando menos así debe ser, constituye un sacrificio voluntario y cotidiano de los groseros apetitos de la carne; con lo cual se da la prueba efectiva y permanente a los ojos de los creyentes de la superioridad del espíritu sobre la materia, y para los incrédulos es la demostración palpable, renovada sin cesar, de que ante el altar de la fe el hombre no está en manera alguna esclavizado por las pasiones al recibir de un poder superior la fuerza necesaria para poder escapar de la servidumbre física. Transcribimos del libro lo siguiente: «Gracias a las reformas debidas a la acción del tiempo, la religión católica se esmera empleando su dinamismo para practicar el bien.» En una palabra, sostiene que el catolicismo, si había estado ausente de los grandes destinos de la raza eslava, era porque en aquella religión se conjugan a la vez entusiasmo sostenido, caridad perfecta y discernimiento puro.

Apoya su opinión en un gran acopio de argumentos y se esfuerza en demostrar las ventajas de una religión independiente, es decir, universal, sobre las religiones locales, es decir, influidas por la política. En una palabra, profesa la misma opinión que he venido proclamando con todas las fuerzas de mi convencimiento.

El mencionado escritor pasa en revista cuestiones tales como el carácter de las mujeres rusas, cuya formación atribuye a la religión griega, acusándola de insuficiente; sostiene que si dichas mujeres son frívolas, si no han sabido conservar en el seno de la familia la autoridad que corresponde a una esposa y a una madre cristiana es debido a no haber recibido nunca una verdadera enseñanza religiosa.

El libro a que aludo, escapado no se sabe por qué milagro o por qué subterfugio a la vigilancia de la censura, provocó en Rusia los efectos de la explosión de un volcán: Petersbur-

go y Moscú la santa, lanzaron gritos de rabia y de alarma; los fieles, perturbada su conciencia, pedían de una punta a otra del imperio sanciones severas contra el imprudente abogado de las Iglesias cristianas al que acusaban de innovador. Es un hecho probado —como expresión de una de las mayores inconsecuencias del espíritu humano tantas veces en contradicción consigo mismo en la comedia representada — que la consigna de los sectarios y cismáticos es el respeto de la religión bajo la cual han nacido; esta premisa ha sido olvidada por Lutero y Calvino quienes han hecho de la religión aquello que los partidarios de la república querían hacer de la política; un ejercicio del poder en provecho propio. ¡En fin, no había bastante *knut*, bastante Siberia, bastantes galeras, minas, fortalezas y desiertos en todas las Rusias para tranquilizar a Moscú y a su ortodoxia bizantina contra la ambición de Roma, servida por la doctrina impía de un hombre traidor a Dios y a su país!

Se esperaba con ansiedad el decreto que había de decidir de la suerte de un tan temerario personaje; en la sentencia emitida con un retraso que ya hacía dudar de la justicia suprema, el emperador, en sus inescrutables designios, declaró que no había lugar a condenar pues no existía criminal alguno merecedor de castigo, sino simplemente un loco a encerrar, por lo que prescribía *someter al enfermo a tratamiento facultativo.*

Esta sanción de un nuevo género fue aplicada sin dilación alguna y con una severidad que el supuesto loco tuvo que acusar en sus resultados. En efecto: la decisión del jefe absoluto de la Iglesia y del Estado, tuvo en la salud del reo tal repercusión que estuvo a punto de hacerle perder la razón de acuerdo con el dictamen de las alturas. Hoy, al término de tres años de un riguroso tratamiento, tratamiento tan embrutecedor como cruel, el desgraciado teólogo empieza a

gozar de un poco de libertad... pero ¡no se trata de un milagro!..., ahora, ¡dudando de su propio equilibrio mental y bajo el peso del diagnóstico imperial, él mismo declara que está demente!... ¡Oh, abismos insondables de la miseria humana!...

Dicen que actualmente el supuesto loco puede relacionarse con sus allegados; incluso me propusieron durante mi estancia en Moscú ir a visitarlo en su asilo; decidí, empero, no hacerlo por un sentimiento de compasión hacia el infortunado y ante el temor de que mi curiosidad no fuera contraproducente para la salud del recluso. Por más que he intentado no me ha sido posible averiguar cuál fue la pena impuesta a los censores del libro publicado.

Éste es un ejemplo reciente de la forma con que se trata en Rusia la libertad de pensamiento. Una vez más, en consecuencia, me preguntó si el viajero que tiene la suerte o la desgracia de conocer tal estado de cosas, ha de consentir que se ignore. Una vez más me decido sin ambages a cumplir con el deber de publicar para conocimiento de todos cuanto veo y observo, no sólo para aclarar la verdad sino para inducir a aceptar aquello que se ignora.

Contrastes

Rusia y Francia

Había salido de París en la creencia de que sólo una alianza entre Francia y Rusia podía ser la solución para los asuntos de Europa; pero, desde que conozco de cerca a esta nación y el verdadero sentir de su gobierno, tengo la sensación de su definitivo aislamiento del mundo civilizado; tal distanciamiento es el resultado de un móvil político implacable en connubio con un acendrado fanatismo religioso. Por todo esto opino que Francia debe buscar sus alianzas en otras naciones cuyas características armonicen mejor con las nuestras. Las alianzas no pueden basarse en opiniones contra intereses y en Europa la analogía se da entre franceses, alemanes y los pueblos que como satélites están dentro de la órbita de estas dos naciones. El destino de una civilización progresiva, sincera y razonable se decidirá en el corazón de Europa; todo cuanto tienda a apresurar el perfecto acuerdo entre la política alemana y la francesa es deseable, como todo cuanto retarde esta unión, por comprensible que sea la causa, es pernicioso.

Corrobora la bondad del sistema de alianza por el que propugno, el hecho de que llegará un día en que no habrá opción para decidirse. No hace mucho una dama de alta alcurnia me hizo una espontánea confesión que intentaré relatar fielmente aún cuando por el efecto que me hizo pudie-

ra ser que olvidara algún detalle. Propósitos como los intercambiados son comunes entre hombres, pero es ya más raro escucharlos de labios de una mujer que con mayor recato cuida los conceptos que expone.

«No sabríamos en Rusia comprender —me dijo— un estado social como el que rige en vuestra patria, síes cierto, como me aseguran, que hoy en Francia aún el más poderoso señor podría ser encarcelado por una deuda de doscientos francos. Caso tan sorprendente es imposible entre nosotros porque aquí, por el contrario, nunca se admitiría que un proveedor, un tendero, pudiera atreverse a reusarnos crédito por tiempo ilimitado. Con las maneras aristocráticas de usted —añadió— debe encontrarse muy a gusto en nuestro país. Es evidente, pues, que hay más analogía entre los franceses de antaño y nosotros que con ninguna otra de las naciones de Europa.»

Al oír estas palabras he tenido que hacerme violencia a mi mismo para no protestar airadamente ante las conclusiones establecidas por esa dama sobre las afinidades entre nuestros pueblos. Sin embargo, no me fue posible evitar por encima de la obligada corrección, el hacer constar que hoy en Francia un hombre considerado como aristócrata del antiguo, régimen pasaría en Petersburgo cómo un liberal avanzadísimo, y terminé declarando: «Cuando usted me asegura que entre los de su clase no se considera necesario pagar las deudas, he de admitirlo para hacer honor a su palabra.»

—Usted se equivoca —replicó—. Muchos de los nuestros, incluso los más ricos, quedaríamos arruinados si tuviéramos que pagar lo que debemos.

Para convencerme del grado de afrancesamiento a que ha llegado la alta sociedad rusa, esta misma dama me contaba

lo sucedido en casa de uno de sus familiares en ocasión de representarse un *vaudeville*. El anfitrión, para hacer gala de sus dotes lingüísticas, contestó con unos versos improvisados y en la misma tonadilla a otros versos cantados anteriormente en su honor.

—Ya ve usted hasta qué punto somos franceses terminó la dama con una inflexión de voz que me hizo sonreír interiormente.

—Sí, indudablemente, más que nosotros mismos —no pude menos que responder.

Y cambiamos al instante de conversación.

* * *

Este país, tan distinto del nuestro en muchos aspectos, se parece sin embargo a Francia en una modalidad: la de carecer de jerarquía social. Debido a esta laguna en el orden político, la igualdad ciudadana existe en Rusia como existe en Francia; en uno y otro país el espíritu público está inquieto; en Francia se agitan con ruido, en Rusia las pasiones políticas viven concentradas; en Francia todos pueden alcanzar la cima con el impulso de la opinión, en Rusia con el favor de la Corte. Así el más humilde de los rusos, si sabe obtener el favor del patrón puede llegar a ser mañana el primero después de él. Su patrocinio, como el de un dios, es el cebo que atrae a los ambiciosos con sus audacias, de la misma manera que el afán de popularidad produce en Francia metamorfosis singulares. Podría decirse que en Petersburgo es provechoso ser adulador sin escrúpulos, como lo es en París ser tribuno grandilocuente. ¡El ingenio de los cortesanos rusos nunca se ha demostrado más exagerado en sus propósitos de agradar al emperador, que cuando en invierno no han vacilado en pasear sin abrigo por las calles de Petersburgo!

Esta inconcebible lisonja, desafiando al clima en homenaje al amo, ha costado la vida a más de un ambicioso, si es éste el calificativo aplicable a una predisposición que si es servil no deja de ser desinteresada.

España y Rusia

En Rusia la vida es tan monótona como es alegre en Andalucía. El pueblo ruso es taciturno tanto como el español rebosa vivacidad.[21]

En España, si bien no hay libertad política, esta carencia está compensada por un grado de independencia personal desbordante, no superado en parte alguna, al paso que en Rusia aquella libertad y esta independencia son cosas totalmente desconocidas.

El español vive de amor, el ruso vive de cálculo. El español es dicharachero y no se recata al hablar; cuando calla es para pasar por discreto, no porque su silencio sea premeditado o habitual. España está infestada de bandoleros que sólo asaltan en los caminos; los caminos de Rusia son seguros pero se roba indefectiblemente en las casas. España vive repleta de recuerdos y ruinas que datan de siglos; Rusia es de ayer con una historia sólo rica en promesas. España está erizada de montañas que dan diversidad de paisajes; en Rusia no hay más que un panorama abarcando toda el área del país. Mientras el sol en Sevilla y la península entera irradia esplendores, las nieblas velan los dilatados horizontes de Petersburgo y disminuyen el encanto de sus mejores días estivales.

Los dos países son como dos polos opuestos; entre ellos hay las mismas diferencias que existen entre el día y la no-

che, el fuego y la nieve, la brisa y el cierzo.

Imperialismo ruso

Una causa profunda

En los tiempos en que los grandes duques de Moscú soportaban el yugo ominoso que les imponían los mongoles, el espíritu caballeresco florecía en Europa, sobre todo en España donde la sangre corría a borbotones en aras del honor e independencia de la cristiandad. Yo no creo que, a pesar de la barbarie de la Edad Media, se hubiera encontrado en la Europa occidental un solo rey capaz de deshonrar su soberanía consintiendo gobernar bajo las condiciones impuestas a los grandes-duques de Moscovia, en los siglos XIII, XIV y XV, por sus amos los tártaros. Un príncipe francés, español o de cualquier otro país de Europa, hubiera preferido perder la corona antes que envilecer la realeza. En Rusia el honor es atributo de fecha reciente, pues la invasión ha dividido la historia de esta nación en dos épocas distintas: la historia de los esclavos independientes y la de los esclavos modelados por la tiranía en tres siglos de esclavitud; estos dos pueblos en relación con las antiguas tribus reunidas en un mismo régimen por los Varegas, no tienen en realidad otro vínculo común que el del nombre.

El mismo Karamsin relata las desastrosas consecuencias de la invasión de los mongoles sobre el carácter del pueblo ruso. Importa tener presente que tan severos juicios tienen

el aval de un autor reputado entre los más graves pero también entre los más benévolos para con su patria.

«El orgullo nacional ruso —dice— sucumbió cuando fue substituida la fuerza por la astucia en el estado de sumisión en que cayó el país. *Hábiles para engañar a los tártaros, los rusos llegaron a agudizar su ingenio en el arte de engañarse recíprocamente. ¡Habiendo comprado a los bárbaros su seguridad personal fueron más ávidos de dinero y menos sensibles a las injurias, a la vergüenza, a la insolencia constante de los tiranos extranjeros!*»

He aquí otra transcripción:

> *Podría darse el caso de que la actual manera de ser de los rusos conservara algunos estigmas de los adquiridos bajo el yugo de la barbarie mongólica...*
>
> Era visible que entre otros sentimientos patrios elevados, *iba debilitándose en nosotros el valor*, alimentado especialmente por el orgullo nacional...
>
> La autoridad popular sostenía la de los boyardos, quienes a su vez, con la ayuda ciudadana, podían haber influido sobre el príncipe, o viceversa, mediante el príncipe cerca de los ciudadanos. Desaparecido este sostén fue necesario obedecer al soberano bajo pena de ser tenido como traidor o como rebelde. *Hoy no existe ya procedimiento legal alguno para oponerse a su voluntad, es decir, entonces nació entre nosotros la autocracia.*

Esta serie de confesiones de Karamsin tienen doble valor en la pluma de un historiador que pasa por adulador y pusilánime en sus juicios. Las citas podrían aún multiplicarse, pero las que anteceden me parecen suficientes para avalar mi convencimiento con la opinión de un escritor más bien tenido por parcial.

No podrá causar extrañeza que en un país como Rusia, donde los hombres desde la cuna tienen como móviles la simulación y la astucia, características básicas de la política oriental, se viva privado de espontaneidad y se desconozcan

sus excelencias cuando se practica. He conocido en Rusia a hombres que son lo suficientemente sensibles para enrojecer hasta la raíz al sentirse oprimidos por los rigores de un régimen del que no pueden liberarse y en el cual ni siquiera la queja es admisible. Ante esta situación se comprende que haya, algunos hombres de éstos que decidan ir al Cáucaso a combatir, o a algún otro punto del imperio, a fin de sentirse libres ante el enemigo y así, luchando con las armas en la mano, redimirse del yugo que en la vida normal se les impone.

Revelación del plan

Una ambición desordenada, sin límites, una de esas ambiciones imposible de germinar más que en el alma de los oprimidos y nutrirse del infortunio de una nación entera, fermenta en el corazón del pueblo ruso. Esta nación esencialmente conquistadora, ávida a fuerza de privaciones, expía de antemano en su casa, por una sumisión ominosa, la esperanza de ejercer la tiranía en casa ajena. La gloria, el botín que ansía, la distraen de la vergüenza que la invade, y para lavarse del impío sacrificio de toda libertad pública y personal, sueña, esclava arrodillada, en dominar el mundo.

Al postrarse ante el emperador no lo hacen para ensalzar al hombre, sino que adoran al amo ambicioso de una nación más ambiciosa que él. Las pasiones rusas, cortadas bajo el mismo patrón que las de los pueblos antiguos, encuentran ecos parecidos a los de las pasiones descritas en el Antiguo Testamento; como en aquellos pueblos, las esperanzas y los sufrimientos de los rusos adquieren dimensiones tan vastas como la extensión de su imperio. Por ser así, todas las cosas

carecen allí de límites; no los tienen ni los dolores, ni las recompensas, ni los sacrificios, ni las promesas. Su poder puede alcanzar mañana proporciones desmesuradas, pero para comprarlo habrán tenido que pagar el mismo precio que pagan las naciones asiáticas para lograr la estabilidad de sus regímenes: él precio de su felicidad.

Rusia ve en Europa la presa que le será librada tarde o temprano a causa de nuestras disensiones; fomenta entre nosotros la anarquía con la esperanza de aprovecharse de la corrupción favorecida por ella; es la historia de Polonia en mayor escala y desde hace años en París se publican periódicos revolucionarios en todos sentidos, pagados por Rusia. «Europa —dicen en Petersburgo— sigue el mismo camino que Polonia ha seguido; se enerva con un liberalismo vano, mientras que nosotros continuamos siendo fuertes precisamente porque no somos libres. Tengamos paciencia bajo el yugo que ya haremos pagar a los demás nuestro oprobio.»

El plan que denuncio parece quimérico a los que viven alegres y confiados, pero será aceptado como verosímil por todos cuantos estén iniciados en la marcha de los asuntos de Europa y en los secretos de los gabinetes en los últimos veinte años. En dicho plan encontraremos la clave de muchos misterios, por él se explicará en pocas palabras la extrema importancia de que personas solventes por su condición y posición pongan empeño en pasar desapercibidas ante los extranjeros y no se muestren más que por el lado que les es favorable.

Si dominasen a Occidente...

La civilización rusa está tan próxima a su fuente que se parece mucho a la barbarie. Rusia no es más que una sociedad conquistadora que pone su fuerza no en el pensamiento sino en la guerra, es decir, en las males artes y en la ferocidad.

Si alguna vez los rusos llegaran a dominar a Occidente, no la gobernarían desde su tierra a la manera de los antiguos mongoles, sino que, por el contrario, les faltaría tiempo para abandonar en masa sus heladas estepas tan pronto como las rutas hacia otros países les fueran abiertas. Que no en vano los tártaros, al invadir a los moscovitas y convertirlos en tributarios, renunciaron a vivir en aquellas regiones por no poder soportar las inclemencias de su clima.

Ahora los rusos hablan con moderación, protestan contra la conquista de Constantinopla, temen —dicen— todo cuanto pueda ensanchar su imperio ya de límites excesivos; hasta temen... ¡juzgad a dónde les lleva su prudencia!... ¡hasta temen los países cálidos!... Esperad y veréis a qué se reducen estos temores.

Ningún designio oculto me lleva a señalar tantos retruécanos, tantos peligros, tantas calamidades... No, prefiero equivocarme y hablar a acertar y callarme. Si hay temeridad en decir lo que he observado, ocultarlo sería un crimen.

Los rusos no argüirán para refutarme. Ellos dirán: «Cuatro meses de viaje no es suficiente... No sabe nada.»

Será verdad: he visto mal, pero he observado bien.

De todo cuanto llevo dicho resulta que este futuro tan prometedor con el que sueñan los rusos, no depende de ellos, pues los pueblos que por carecer de ideas no pasan de ser serviles imitadores de otros pueblos, no deciden nunca por sí mismos y dependen siempre de la voluntad de los pueblos que tienen ideas propias. Si las pasiones se calman

en Occidente, si la unión se hace entre sus naciones, la esperanzada avidez de los eslavos será pura quimera.

Cuando vuestros hijos se quejen de tener que vivir en Francia, acordaos de mi consejo y decidles: «Id a Rusia.» Es un viaje provechoso para los extranjeros, pues quien haya conocido este país se resignará fácilmente a vivir en cualquier otra parte. Bueno es saber que existe una nación donde, por contravenir una ley de la naturaleza, el hombre no puede ser feliz porque no tiene libertad.

Con tal convencimiento, el viajero que se repatría, está mejor dispuesto a la indulgencia y puede decir de su patria lo que un hombre de ingenio decía de sí mismo: «Soy modesto cuando me juzgo, cuando me comparo me siento orgulloso.»

Frases sueltas

De entre las digresiones del autor a lo largo de su relato, entresacamos las frases sueltas que a continuación ofrecemos. (Nota del Traductor.)

Rusia es el país donde es posible hacer las cosas más descomunales para obtener resultados más insignificantes.

Los rusos aseguran que es preciso vivir dos años en su tierra antes de permitirse un juicio sobre ella, por ser la más difícil de comprender.

El libro que tuviera por título «Los rusos juzgados por ellos mismos», estaría impregnado de graves juicios críticos. El amor que sienten por su patria no es más que el instrumento para halagar a su dueño. En cuanto creen que éste no se halla al alcance de su voz hablan con una franqueza más temible cuando los que escuchan son más responsables.

Si alguna vez equivocáis en Rusia un nombre es seguro que os encontraréis con un príncipe.

Hay pueblos que adoran la luz; los rusos, en cambio, adoran las sombras. ¿Cuándo se abrirán sus ojos?

Aquí el hombre parece dulce porque es impasible. La muerte sin odio causa más horror que el asesinato vindicativo.

Los rusos se empeñan en convertir en santos a sus héroes. Les place confundir las virtudes de sus señores con el

poder bienhechor de sus patronos y se esfuerzan en cubrir sus crueldades con la capa de la fe.

La afectación de los rusos es una forma de la resignación.

En Rusia la tolerancia no tiene por garantía ni la opinión pública ni la constitución del Estado. Todo reside en el libre arbitrio de un hombre que puede abolir mañana aquello que ha dado hoy.

Este pueblo envilecido bajo la conquista se sentía suficientemente dichoso, bastante independiente, con tal de que su tirano llevase un nombre ruso en lugar de un nombre tártaro.

La Siberia empieza en el Vístula.

En Rusia cuando el poder religioso es insuficiente el desorden es temible.

En presencia del, soberano (en el teatro por ejemplo) no está permitido aplaudir.

Ni la Naturaleza ni la Historia juegan ningún papel en la civilización rusa. No ha habido progreso porque cierto día todo se importó del extranjero. En esta empresa de imitación hay más artesanía que arte, y la diferencia es la misma que la existente entre un grabado y un dibujo. El talento del grabador no se ejerce más que sobre las ideas ajenas.

Lo repito una vez más: en Rusia es preciso destruirlo todo para hacer un pueblo.

En Rusia hasta el pobre es un cortesano.

Los rusos no son dichosos.

Un proverbio popular dice que para entrar, las puertas de Rusia son anchas pero que son estrechas para salir.

Si el poder absoluto no es más que una ficción para halagar el amor propio de un solo hombre a expensas de la dig-

nidad del pueblo, es preciso abolido; si es una realidad cuesta demasiado caro mantenerlo.

Madame Stäel: «Moscú es la Roma del Norte.»

La familia imperial puede obrar como se le antoje, siempre será demasiado alemana para gobernar tranquilamente a los rusos y débil para sojuzgarlos. Los domina, pero no los gobierna.

Copiar eternamente a las otras naciones a fin de pasar por civilizada antes de serlo: he ahí la tarea impuesta por Pedro el Grande a Rusia.

El arte en el que los rusos sobresalen es sólo en el de imitar la arquitectura y la pintura de Bizancio.

En Rusia no se puede gozar del espectáculo de la naturaleza.

Llorar sobre la propia víctima es rasgo peculiar de la psicología rusa.

Moscovia tendrá siempre más de asiática que de europea. El genio de Oriente domina en Rusia, la cual abdica de ella misma cuando marcha en pos del Occidente.

El estado político de Rusia es el del país donde el gobierno habla como quiere porque sólo él tiene derecho a opinar.

Este despotismo monstruoso ha fascinado a Rusia hasta el punto de hacerle admirar el poder desvergonzado de los príncipes que gobiernan; para los rusos la obediencia política es como una especie de culto, como una religión. Sólo en este pueblo, al menos así yo lo creo, se ha visto a las víctimas en estado de adoración ante sus verdugos.

En Rusia es el secreto el que manda; secreto administrativo, político, social; discreción útil e inútil, silencio superfluo para garantizar lo necesario; tales son las inevitables consecuencias del carácter primitivo de estos hombres, agravadas

por la influencia de su gobierno. El forastero es un indiscreto, precisa vigilarle lo más cortésmente posible, pues hay el peligro de que él no vea las cosas tal como son, lo que sería la mayor de las inconveniencias.

Me diréis que exagero si os digo que Rusia no se vé desde Petersburgo mucho mejor que desde Francia; si se rebaja lo que esta paradoja tiene de exageración, tendréis la debida proporción de la verdad. Lo cierto es que no basta venir a este país para conocerlo.

La pena de muerte está abolida en Rusia, excepto para el delito de alta traición, a pesar de lo cual hay condenados que son ejecutados. La estratagema para conciliar la benignidad del código con la ferocidad tradicional de las costumbres, consiste en que el verdugo mate por humanidad al sentenciado a más de cien golpes de *knut*, procurando tocar algún órgano vital al dar el tercer golpe. ¡Y dirán que la pena de muerte no existe! ¿Mentir así contra la ley, no es peor que practicar la tiranía más odiosa?

En Rusia se puede decir que la amistad misma tiene ciertas concomitancias con la policía.

Él no es políticamente responsable, pero responde providencialmente de todo como consecuencia natural de la usurpación de los derechos de Dios.

Santiguarse por todo en la calle, delante de una imagen, al sentarse y levantarse de la mesa, es lo que enseña la religión griega. Lo restante se adivina.

He salido de Francia asustado de los abusos de una falsa libertad; ahora regreso a mi país persuadido de que el régimen representativo si no es el más moral, es en la práctica, lógicamente hablando, el más inteligente y moderado.

Notas

[1] Las referencias que siguen, así como la mayoría de los datos recogidos en la *Nota biográfica* que se publica a continuación, han sido tomados de la *Introduction* escrita por Henri Massis en *Lettres de Russie* (Librairie Pión, París, 1946). <<

[2] *La pasión que Eléonore de Sabran sintió por Chateaubriand no tenía límites. Por su parte, éste, en una carta que escribió a aquélla, terminaba con esta frase*: «Ne croyez pas que je vous oublie et que vous n'êtes dans ma vie au nombre de mes plus doux et de mes plus impérissables souvenirs». <<

[3] Se refiere el autor a una anécdota anteriormente relatada del tiempo de Iván el Terrible relativa a la condena de flagelación impuesta a un oficial de alto rango, el príncipe Miguel Nostrovoty, por un error de etiqueta en el orden de colocar a los invitados a un banquete imperial. *(N. del T.)* <<

[4] El autor se refiere a las iluminaciones anunciadas como uno de los espectáculos de las fiestas imperiales celebradas en Peterhoff. *(N. del T.)* <<

[5] Entonces regente, más tarde rey bajo el nombre de Jorge IV. <<

[6] Es el título que los rusos han dado largo tiempo a los grandes duques de Moscú. <<

[7] El embotamiento característico de los eslavos es la consecuencia de estos siglos de esclavitud, especie de tortura política que desmoraliza a todos: a los pueblos así como a los reyes. <<

[8] El príncipe K... era católico. Todos cuantos en Rusia son liberales y practican el espíritu evangélico, profesan en el seno de la Iglesia romana. <<

[9] No hace mucho un ruso, de viaje entre Petersburgo y París, fue preguntado por un compatriota suyo acerca de cómo había encontrado al emperador. «—Muy bien, —contestó el otro—. ¿Y al hombre?, —inquirió de nuevo—. No he visto al hombre, —obtuvo por respuesta». Es lo que no ceso de repetir: los rusos opinan lo mismo aunque sean incapaces de confesarlo. <<

[10] Se refiere a la que estalló a raíz de la ascensión al trono de Nicolás I, reprimida por éste con habilidad y dureza. *(Nota del Traductor.)* <<

[11] En Polonia. <<

[12] Hijo primogénito de Pedro el Grande y su heredero al solio imperial. El autor transcribe los pasajes que siguen de la historia de Rusia del Conde de Ségur. *(N. del T.)* <<

[13] M. de Segur relata los siguientes hechos: «Pedro en persona ha interrogado a estos inculpados (los Strelitz) usando de la tortura; después, imitando a Iván el Terrible al investirse a la vez de juez y verdugo, ha obligado a sus fieles edecanes a cortar la cabeza a los nobles rebeldes recién condenados. Cruel, asiste sentado en su trono y con ojo impasible a estas ejecuciones; más aún, mezcla el placer de los festines al horror de los suplicios. Ebrio de vino y de sangre, en una mano la copa en alto, el hacha en la otra, veinte libaciones sucesivas marcan sólo en una hora la caída de veinte cabezas de Strelitz, que ruedan a sus pies, enorgullecido de su

espantosa maestría. Al año siguiente, sea debido a la revuelta de sus janíseros, sea a la atrocidad de los suplicios, se produce el desquite con otras revueltas que estallan y que encuentran eco en apartadas regiones del imperio. Ochenta Strelitz, cargados de cadenas, se arrastran de Azof a Moscú, y sus cabezas van cayendo al filo del hacha del zar.» (*Histoire de Russie et de Pierre-le-Grand*, por el general conde de Segur, págs. 327 y 328. París, Baudoin, 1829, 2.ª ed.) <<

[14] Pierre-Charles Levesque: *Histoire de Russie et des principales nations del Empire rttsse.* Malte, Boun y Depping, París, 1812, 4.ª edición, Vol. V, páginas 89 y ss. <<

[15] El autor pone esta opinión en boca de un personaje ruso, de elevada cultura, expuesta en una conversación sostenida con él en el club inglés de Moscú. *(N. del T.)* <<

[16] Esta adhesión de la víctima para con el tirano es ciertamente una especie de fanatismo propio de los asiáticos y de los rusos. *(Nota del viajero.)* <<

[17] En la corte del emperador Nicolás se puede ver a diario a un gran señor denominado *el envenenador* haciendo alarde de este sobrenombre. <<

[18] El autor se refiere a los cantos corales que tuvo ocasión ele oír en la famosa feria de Nijni-Novgorod. *(N. del T.)* <<

[19] El autor alude al de Oranienbaum que acababa de visitar. *(N. del T.)* <<

[20] El autor, al incurrir en este exabrupto, no atribuye a su frase otro alcance que el que ha de tener. Su malhumor, producto de tanta ficción observada, le lleva a sublevarse contra un estilo de cosas decepcionante y tanto más nocivo cuando que ha podido engañar a hombres mejor informados. <<

[21] Recuérdese que el Marqués de Custine visitó España en 1831, relatando sus impresiones de viaje en cuatro volúmenes; tituló su obra *L'Espagne sous Ferdinand VII. (N. del T.)* <<

ÍNDICE

Rusia, ayer como hoy 2
Prólogo del traductor 4
Nota biográfica 15
Progenitores del autor 19
- El general Custine y su nuera 19
- El embajador Custine y su esposa 23

Anecdotario 30
- La opinión del posadero 30
- Círculo vicioso 31
- Negocio macabro 33
- Reverencias y golpes 34
- Las sogas rotas 36
- Conformismo 37
- El pie del general 38
- El prestigio de las barbas 39
- Visita accidentada 40
- La iniquidad condecorada 42

La tierra rusa 44
- El paisaje estepario 44
- Impresión de Petersburgo 46
- Impresión de Moscú 48
- El Kremlin símbolo 50

Métodos policíacos 54
- Mi entrada en Rusia 54
- Interrogatorio minucioso 55
- Misterio y sevicias 58

La conspiración del silencio 61
Autocrítica 66
Una opinión liberal 66
Aristocracia y autocracia 73
La majestad de cerca 76
Entrevista con Nicolás I 80
Páginas de crueldad 84
Un Barón atroz 84
Un Zar parricida 90
Otro zar parricida 92
La venganza de Nicolás I 95
En aras de la vanagloria 98
Prototipos 101
Pedro el Grande 101
El «tchinn» 104
La iglesia ortodoxa 106
Los siervos de la gleba 111
Los IDÓLATRAS 115
Los cosacos 118
Rasgos colectivos 121
Despotismo 121
Desconfianza 124
Amor propio 128
Xenofobia 132
Melancolía 136
Telones interiores 140
Una historia prohibida 140
El asesinato de Pedro III 143
Schluselburgo 146
Manía persecutoria 154

Moral colectiva 158
Crisis de formación 158
Las mujeres y la política 159
Orgías 161
Desfachatez 164
Anticipaciones 167
Anticipación de 1941 167
El camino de Siberia 169
Precedencia 172
El sepulcro de Mínimo 175
Tergiversaciones 178
Mea culpa 180
Contrastes 184
Rusia y Francia 184
España y Rusia 187
Imperialismo ruso 189
Una causa profunda 189
Revelación del plan 191
Si dominasen a Occidente… 192
Frases sueltas 195
Notas 200